



ANEXIÓN Y GUERRA

DE SANTO DOMINGO



QUIÉN no recuerda, aun teniendo que aplicar la memoria á hechos coetáneos de la infancia, aquellas apasionadas discusiones, mantenidas desde la prensa periódica y la tribuna parlamentaria y reflejadas en las conversaciones de los círculos políticos, en las polémicas de café, en las expansiones familiares del hogar doméstico?....

Dos partidos se disputaban á la sazón con rudo é incesante encarnizamiento la preponderancia, que sucesivamente obtenían, en las más altas esferas de los destinos del Estado:—el moderantismo, aún pujante y valeroso, y la unión liberal, afortunada y halagadora, espléndida á favor de la desamortización eclesiástica que utilizó rumbosamente, gloriosa en Africa, donde del interés de un Gobierno acertó á deducir un problema nacional, que renovó los entusiasmos bélicos de cristianos contra moros, y en fin, suficientemente expansiva y tolerante con las ideas avanzadas, que por entonces alboreaban entre nosotros, para ganar apoyo y simpatías de los devotos de todo sol naciente.

Digámoslo, sin embargo, en una sola frase: no eran dos partidos los que luchaban por alcanzar el poder á cualquier precio, que jamás se ha exagerado de tal suerte el apetito del mando; eran dos caudillos laureados los que personifica-

ban, cada cuál desde su campo, la causa á la cuál prestaban el concurso de su dirección y su prestigio, haciendo de sus nombres bandera y razón social de las agrupaciones respectivas.

Desde que O'Donnell anuló á Espartero, empezando por servirle de auxiliar para prepararse después á sucederle, puede decirse que el bando progresista quedó relegado á la condición de lo anacrónico, porque se le hizo entrar en la categoría de lo inútil.

El turno para el disfrute del poder aparecía establecido entre moderados y unionistas, entre O'Donnell y Narváez. El héroe de Luchana hubo de retirarse á la apacible tranquilidad de la vida de provincias. Prim emprendió los derroteros de la conspiración y la rebeldía...

Pocas veces en la historia de los pueblos se eslabonan los sucesos tan ventajosamente para un hombre ó un partido, como en torno de la unión liberal brotó el dinero, florecieron los timbres de nuestras armas, prosperó el crédito, renació el comercio, ofreciéronse anchas perspectivas al desarrollo de los más altos intereses nacionales.

Si algo faltaba á alegrar las tintas de este cuadro, exuberante de vida y de promesas, el nuevo mundo se encargaba de completar sus magnificencias devolviendo á la Reina de Castilla uno de los más preciados florones de la corona que brilló en las sienes de Isabel I: la República de Santo Domingo rendía pleito homenaje á la soberana de su antigua Metrópoli, y solicitaba humildemente reingresar en los dominios españoles. El hijo pródigo volvía, arrepentido y acaso escarmentado, á llamar á la puerta de la casa solariega. ¿Qué madre es insensible á un espontáneo arranque de filial ternura? España abrió los brazos amorosa y confiada... El General Serrano, primera autoridad militar de la grande Antilla, se apresuró á visitar la vecina isla española, á recibir unos cuantos agasajos oficiales de nuestros nuevos compatriotas, y unas cuantas sonrisas, quizá benévolas, del dictador Santana, por cuya iniciativa se realizaba le anexión. La anexión estaba consumada, aun antes de lo que el Gabinete O'Donnell podía imaginar...

¡Qué timbre para aquella administración! ¡Qué honra para nuestra bandera! ¡Qué beneficio para el país! ¡Qué satisfacción para el Trono!

No hubo voz que no elogiara, ni mano que no aplaudiera... La unión liberal nos había conducido al pináculo del engrandecimiento y la bienandanza.

Entretanto, el Conde de Lucena era ya Duque de Tetuán; el Conde de San Antonio obtenía el Ducado de la Torre. ¿Cómo no compartir la nación en masa tantas enhorabuenas?

*
* *

La estrella del partido moderado, de suyo temerón y fastuoso, habíase eclipsado con este último golpe de la habilidad unionista. El reto era hartamente arrogante para que pudiera pasar inadvertido: los moderados se aprestaron, no ya á la defensa, sino al ataque, al ataque violento, sañudo, sin cuartel. Todo astro tiene su poniente, y la cuestión de Santo Domingo les facilitó bien pronto la suspirada represalia. Es difícil determinar cuál resonó antes bajo el cielo dominicano: el grito anexionista ó el separatista; el de ¡viva España! que aquí nos deslumbraba y enternecía, ó el de ¡viva Santo Domingo! que allí arrebatava los ánimos y ponía un fusil al alcance de cada ciudadano.

Aquella decantada reconciliación había sido el amaño de un cacique; aquellos ponderados sentimientos de cariño redivivo no existían sino en el papel, redactado y suscrito por sorpresa. La guerra entre ambos pueblos surgió tan luego como pactaron los más estrechos vínculos de cordialidad inalterable.

¡Gran ocasión para que el partido moderado la explotara á costa de sus odiados enemigos! La unión liberal había cometido una ligereza; había comprometido la representación y los intereses más importantes del Estado: lo que se anunció como medro y lisonjero regocijo no era sino catástrofe y aciaga desventura. ¡Cuántos tesoros y cuántos hombres iba-

mos á malgastar en la funesta empresa de defender una dominación que ni ambicionábamos ni nos hacía falta! ¡Cuán tremenda la responsabilidad de los que nos habían precipitado á tan absurda y malhadada aventura!

La opinión pública, eterno girasol del éxito, censuraba y requería entonces como había elogiado y aplaudido antes. El moderantismo triunfaba al fin de la unión liberal; la obra de O'Donnell quedaba á merced de los enconos de Narváez. El Ministerio constituido en 1864 bajo la presidencia de este insigne estadista se ocupó muy principalmente en promover el abandono de la isla.

De aquí las polémicas, de aquí las discusiones, de aquí el vaivén continuo de las pasiones políticas exaltadas. ¿Había derecho para condenar como error la anexión de Santo Domingo? ¿Debíamos renunciar á ella sin luchar? ¿Convenía vencer primero y abandonar después? ¿Qué papel se reservaba á nuestro ejército en el drama de Santo Domingo? ¿Cómo lo desempeñó?

Tal era la situación en aquellos críticos momentos. Tal es la materia del libro que acaba de dar á luz el Teniente General D. José de la Gándara, Capitán general de la Antilla y en jefe de las tropas y reservas que allí pelearon durante la última etapa de la accidentada campaña suspendida en cumplimiento de una ley, con el fin de alejarnos para siempre del territorio dominicano.

El interés del asunto, la trascendencia de los juicios que origina, se destacan desde luego con sólo enunciar el contenido de esta importante producción, y el respetable nombre de su ilustre autor.

*
* *

Mucho debió padecer física y moralmente el Sr. General Gándara desde la brillante posición oficial á que sus méritos le encumbraron en la isla de Santo Domingo. Las páginas de su historia destilan hiel y acíbar por todas las letras de su texto. No sin motivo ciertamente.

Oficial bizarro y pundonoroso, tras una envidiable carrera, más larga en servicios prestados á la patria en el campo de batalla que en años de edad malgastados en la inacción ó en los solaces de la paz, llegó, joven aún, á las primeras jerarquías de la milicia. Mozo imberbe, era ya comandante del regimiento de Luchana.

No mucho más tarde ostentaba un entorchado en la bocamanga de la levita. Al verificarse la anexión y estallar la guerra de Santo Domingo, mandaba, como Mariscal de campo, el departamento Oriental de la grande Antilla, el punto más cercano de la costa cubana al lugar donde tan precipitada y desastrosamente se desarrollaban los sucesos, de infausta resonancia para España.

Su primer anhelo fué volar al sitio del peligro, al lugar del combate, allí donde podía reverdecer los laureles conquistados en las montañas vascas y navarras á las inmediatas órdenes del Duque de la Victoria. «Aumenta la gravedad de los sucesos de Santo Domingo. Murió el coronel Arizón. No hay jefe de graduación que mande la fuerza. Yo estoy cerca y podría trasladarme á tomar el mando»—dijo, con la elocuencia del sentimiento patrio enardecido, al Capitán general de Cuba, de cuya autoridad dependía, en 5 de setiembre de 1863.

El 17 desembarcaba en Puerto-Plata. Desde entonces, su concurso fué tan eficaz como constante en la defensa de los intereses españoles. Aunque pretendió llevar la guerra al Norte de la isla, adoptando por base de operaciones los puertos de Montechristi y Manzanillo para dejar á su espalda la frontera haitiana, tuvo que renunciar á este propósito y dirigirse al Sur por imposición expresa del General en jefe, don Felipe Rivero, quien así lo dispuso desacertadamente. Muy en breve se encargaron los hechos de probarlo.

Y no porque en el Sur fuera la suerte adversa á las armas mandadas por el Sr. General Gándara, antes al contrario, allí logró señaladísimos triunfos, que son otros tantos timbres conseguidos por nuestro ejército en aquellos apartados confines en lucha con los aguaceros que encharcaban el piso, haciéndolo materialmente intransitable, con el sol, con

la sed ó el cansancio, con los accidentes naturales de un terreno fragoso, casi inaccesible á la huella del hombre en ciertos puntos, con el clima y las enfermedades por él ocasionadas y con el tiroteo, en fin, más que de frente y á cara descubierta, invisible, intermitente, alevoso, tan pronto en la vanguardia, al volver un recodo del camino encajonado, como en la retaguardia, al salir de un desfiladero, como en los flancos siempre. Todo honra y enaltece al señor General Gándara en aquel primer período de su mando en Santo Domingo. Su asombrosa marcha á San Cristóbal, de cuya excelente posición se apoderó, dando á los rebeldes tan duras lecciones como el golpe de D.^a Ana, que tendió en el campo á los más bravos; su arribo á Baní, condenado al incendio por una horda de facciosos, según frase de los habitantes de la plaza, compatriotas de tales bandoleros; su victoria del Guanal de Paya; la de Matanzas, donde quedó justificado el nombre del lugar en que se libró el combate; la reñida toma de Azua, importante población de la costa; la posesión del Maniel, vértice de un triángulo, cuya base describen Azua y Baní, asegurando así una posición estratégica grandemente favorable para nuestra causa; la entrada en Barahona, tras sangrientos encuentros con el enemigo, patente valiosísima de la abnegación de aquellas fuerzas, modelo de arrojo y disciplina, y de aquel denodado capitán que las dirigía, y que desde el primer momento de su intervención en el empeño dió á la guerra un giro y un aspecto completamente satisfactorios, gracias á su pericia, á su actividad, á su indomable brío.

Tal fué la campaña del Sur, emprendida por el Sr. General Gándara, contra su dictamen y sus opiniones; pero realizada con tanto acierto, con tanta intrepidez, con tanto entusiasmo que, una vez terminada, pudo creerse sometida la isla á las armas españolas. ¡Cuán lejos estaba de ser esto una verdad! ¡Inútiles habían sido las bajas de nuestro ejército, los actos de sufrimiento y de heroísmo llevados á cabo con reiteración tan admirable!

El plan de guerra se había equivocado. La política de Madrid se encargaría de sumar nuevos elementos para perpe-

trar el total fracaso de la empresa. Aquí debieron empezar los desencantos del Sr. General Gándara. Otros más graves le estaban reservados.

*
* *

A D. Felipe Rivero había sucedido en el mando de las tropas el Mariscal de campo D. Carlos Vargas, quien ejerció tales funciones corto tiempo. Para reemplazarle fué designado el vencedor de Azua y Barahona, ascendido á Teniente general por sus notables servicios en el suelo dominicano.

D. José de la Gándara entró á ocupar aquel puesto en circunstancias harto críticas y desafortunadas. Cuando la revolución había tomado tal incremento, que la dominación española en Santo Domingo no contaba ya creyentes, ni aun entre los más optimistas dentro ni fuera de la isla. Allí como aquí, la anexión estaba juzgada; por todos estilos representaba un mal negocio.

El 31 de marzo de 1864 inauguraba su mando el nuevo general en jefe y en seguida reanudaba sus antiguos proyectos sobre Montechristi, desbaratados, á su tiempo, por Rivero. Lo que en el momento oportuno hubiera podido aplastar la cabeza de la insurrección, desalojándola de sus mejores posiciones, ahora no sería sino todo lo más un paliativo al imponente mal que se había enseñoreado del país. Antes los partidarios de España eran aún muchos y de valer; un año más tarde, Santana, el gran anexionista, veía pasar á las filas enemigas sus confidentes íntimos en quienes había depositado toda su confianza y todo su cariño. Nuestros soldados encontraban desiertas las ciudades; la idea de que el Gobierno de D.^a Isabel II trataba de restablecer la esclavitud en Santo Domingo, aunque desmentida oficialmente, había logrado sublevar á los más pacíficos, atrayéndolos á las huestes de la insurrección, generalizada en proporciones alarmantes.

El Sr. General Gándara no desmayó, sin embargo. Era ya dueño de sus acciones, podía plantear sus planes, hasta en-

tonces subordinados á otro criterio, que los había rechazado impremeditadamente, y dando la cara á las contrariedades, las abordó sin más tregua y con ánimo resuelto.

Bellas por todo extremo, palpitantes de vida é interés, son las páginas de su obra en las que relata los variados incidentes de la expedición á Montechristi, coronada por el triunfo más completo, después de una lucha cuerpo á cuerpo, que costó grandes pérdidas de hombres por una y otra parte; sus desabrimientos con el Marqués de las Carreras, iracundo y porfiado, como el Sr. General Gándara, firme de voluntad y recio de carácter; las lucidas operaciones verificadas en el Seybo; los terribles efectos del *vámpano*, llaga corrosiva que destruyendo rápidamente los tejidos y emponzoñando la sangre del desgraciado á quien atacaba, hizo numerosas víctimas entre nuestros soldados; sus diferencias con el Almirante inglés de las fuerzas navales en el golfo de Méjico, decididamente hostil al bloqueo de la costa dominicana, que al fin hubo de respetar... El General en jefe imprimía dirección á los movimientos de las tropas, proveía á todas sus necesidades, acudía á dominar los contratiempos que se le suscitaban á su alrededor y á sortear los que emanaban de la inestabilidad de los Gabinetes constituídos y derribados con vertiginoso desconcierto en la metrópoli.

En corto espacio sucediéronse los Ministerios Miraflores, Arrazola, Mon y Narváez, una vez derrocada la unión liberal. Los tres primeros alentaron el denuedo de los defensores de España en Santo Domingo, enviando refuerzos y prometiéndolos todavía más abundantes y eficaces. Aquéllos se agotaron y las promesas no llegaron á convertirse en hechos al empuñar las riendas del poder el genuino representante y supremo director del partido moderado.

La batalla de Puerto Plata, ganada por entonces y mandada por el mismo ilustre jefe en quien residía la primera autoridad de la Antilla, fué un acontecimiento tan próspero y venturoso, que con él hubiera podido considerarse definitivamente terminada la guerra, si en España no hubiese conspirado la política contra tan apetecible resultado.

Los dominicanos empezaron á pensar seriamente en la

necesidad de procurarse la paz á todo trance. Era sabido que en otoño se reanudaría la campaña con las fuerzas de refresco que había ofrecido repetidamente el Gobierno de S. M., y la previsión de semejante porvenir no podía menos de inquietar gravemente á los rebeldes. Montechristi, el Seybo, Puerto Plata, eran recuerdos harto expresivos para que cupiera duda acerca de la suerte reservada en adelante á la insurrección.

¡Cuántos plácemes recibió con aquel grato motivo el señor General Gándara! El mismo Duque de Tetuán le felicitaba cordialmente por su buena suerte. Los jefes enemigos le enviaban emisarios para recabar una inteligencia que pusiera fin á la contienda.

*
* *

Y surge aquí una de las más importantes fases del mando del Sr. General Gándara en Santo Domingo. El caudillo se convierte en diplomático; el hombre de guerra en estadista.

Las negociaciones que entabló con el Gobierno provisional de la isla, revelan las más felices disposiciones del que supo vencer en la pelea, para conquistar análogos ruidosos triunfos en la práctica de la política.

Su conducta noble, elevada y patriótica con Salcedo, víctima de la ambición de sus mismos parciales; el buen acuerdo de las instrucciones con que envió á Haití al coronel de ingenieros D. Francisco Van-Halen, de quien logró un concurso discretísimo y valioso, siquiera estéril bajo el punto de vista de la paz, por la mala fe de Geffrad, el más decidido auxiliar de la rebelión, y por la torpeza de nuestro cónsul en aquella República; la energía con que rechazó todo acto que pudiera acusar el reconocimiento por nuestra parte de la beligerancia de los dominicanos; el afán con que procuró remediar las penalidades de nuestros desgraciados prisioneros, logrando rescatarlos todos, en un principio por hábiles gestiones, y á la postre por un valiente rasgo de entereza de carácter, todo abona y recomienda las singulares dotes perso-

nales que distinguen al último Capitán General de la antigua Isla Española.

Su situación, á medida que el tiempo avanzaba y sus fuerzas decrecían, no podía ser ni más difícil ni más comprometida.

¡Tristes días para el Sr. General Gándara aquellos que siguieron á las gallardas victorias de Montechristi y Puerto Plata! Con su perspicaz inteligencia; con su experto conocimiento del arte de la guerra y del gobierno de los hombres; con su incansable perseverancia en el cumplimiento de los deberes asignados á su alto cargo, había conseguido destrozar al enemigo, arrebatándole la posesión de las plazas que constituían su mejor defensa, y poniéndole en el trance de pedir cuartel y someterse á las condiciones de una paz, que era ya la única salvación de vidas é intereses dominicanos; había llegado á concertar á este efecto un tratado que dejaba á salvo nuestro crédito y concluía una guerra en la que no ventilábamos otra cosa que el prestigio moral del pabellón de España... ¿Qué más pudiera pedirle el más descontentadizo y exigente? Él se mostró fuerte en la batalla, y digno al deducir sus consecuencias; incontrastable en el esfuerzo, diestro en la transacción, generoso con el vencido.....

A los ofrecimientos de hombres y dinero que Lersundi, el Marqués de la Habana y Marchessi le habían prodigado, realizándolos el segundo en la medida de las circunstancias, sucedieron la indiferencia oficial primero, la prohibición de emprender nuevas operaciones después, el abandono á toda costa, el abandono sin limitaciones por fin. ¡Triste días aquéllos en que, poco á poco, iba penetrando en la convicción de nuestro representante en Santo Domingo la amarga abrumadora idea de que habrían de tornarse inútiles, quizá irrisorios, todos sus buenos propósitos, todos los plausibles resultados por él obtenidos en una lucha trocada en guerra de independencia y de defensa nacional, y como todas las de esta índole con tesón sostenida y sin tregua exacerbada por los naturales del país, donde hacía armas nuestro ejército á la vez contra ellos y contra el clima que á su lado peleaba, contra el desdén de nuestros gobernantes, y contra las inju-

rias de la opinión, falseada aquende por los que debieran ilustrarla y dirigirla!

Cuando el Sr. General Gándara atinó á descubrir la tendencia al abandono de la isla, que aquí multiplicaba prosélitos y detenía ó anulaba el prometido envío de tropas á la insurrecta Antilla, no dudó en aceptar las proposiciones de paz que en ella se le brindaban. Notorio resalta el celo con que se condujo para arribar á puerto. No eran las suyas meras tentativas de impotente náufrago, que busca desesperado la perdida tabla, ganada para su salvación en los insondables dominios de las olas..... Se trataba de un convenio, solemnemente autorizado por ambas partes contratantes. Hubiéramos salido de Santo Domingo, dice el Sr. General Gándara, pero con la cabeza erguida, con la altivez del vencedor, que tras del vencimiento por la fuerza se aparta de su adversario, sin violentar su voluntad, y hasta sin odios ni rencores.

El Gabinete Narváez empezó por declarar que iba al abandono incondicional, sin trabas para los dominicanos... Ellos lo supieron antes que el General español, y ya no hubo tratado posible. ¿Cómo haberlo, si en Madrid se les daba graciosamente lo que en Santo Domingo se les quería exigir con restricciones?

*
* *
*

Vencer y abandonar: tal había sido la fórmula propuesta por el Sr. General Gándara, por la primera autoridad de Cuba, D. Domingo Dulce, por el diputado á Cortes D. Manuel Silvela en una notable y bien intencionada enmienda que presentó en el Congreso, con motivo de la discusión de la ley de abandono. Todo inútil.

Ni la caracterizada opinión del Capitán General de la Grande Antilla, ni la voz razonadora y persuasiva de un hombre público, ya entonces distinguido y respetado, ni el informe concienzudo y decisivo del caudillo victorioso sobre el campo de batalla, informe en el cual descuellan por igual la prudencia del político, la alteza de miras del patriota, el ar-

dor fervoroso del soldado, nada bastó para impedir que el plan del moderantismo, que la saña de Narváez contra O'Donnell continuaran su premeditado designio de abandonar el territorio anexionado por la unión liberal. La condenación de ésta no podía ser más completa y denigrante. Eso se buscaba en primer término.

¡Mártires de Guayubin y Guayacanes, héroes del Jaina, de Montechristi y Puerto-Plata, bravo Arizón, arrogante Suero, el Cid negro americano, sufrido Velasco, bizarro Ferrari, denodados Buceta, Alberola, Hungría, todos los que sacrificasteis la vida ó la arriesgasteis valerosamente, excediéndoos en el glorioso cumplimiento de los deberes militares (1), vuestra hidalguía, vuestro arrojo, vuestro heroísmo, no fructificaron en terreno fértil para el buen nombre de la nación á quien servíais: vuestra obra quedó esterilizada, vuestros sacrificios fueron, por desgracia, vanos!

La conveniencia de partido se sobrepuso á la razón de Estado. Era menester batir en la brecha á una agrupación política demasiado afortunada... Y el empeño se cumplió con rudo ensañamiento. La unión liberal quedó desautorizada y sometida. La pasión política estaba satisfecha. ¿Podía estarlo la honra nacional?

No todos aceptaron la afirmativa ni aun á raíz de los sucesos, que hubieron de extraviar el juicio público. En los debates de los Cuerpos colegisladores hubo de sonar á propósito de este asunto una nota, extremadamente aguda, que alguien estimó desafinada. Ella da, de cualquier modo, la medida del concepto que en aquéllos militó frente á frente de la solución apadrinada por el partido moderado. Hablaba un ilustre poeta, D. Ramón de Campoamor, y lanzando un epigrama á los autores de la ley de abandono, exclamaba entre zumbón y lacrimoso:

«Figuraos que sois espectadores de la siguiente escena: se van á marchar los últimos españoles, se quedan en la playa

(1) El Teniente general, entonces Brigadier, D. Rafael Primo de Rivera, recibió en Montechristi dos graves heridas, luchando en las guerrillas con abnegación verdaderamente heroica.

las madres de los infelices dominicanos, á quienes vamos á abandonar para que los asesinen sus enemigos, después de habernos prometido lealtad, y que dicen los españoles al marchar: «adiós, leales,» y que contestan las madres de los dominicanos: «adiós...» ¿Qué? ¿Qué nos dirán?...

La *Dolora* produjo una tempestad. ¿Qué?... Narvaez sacó el Cristo de Arlabán; González Brabo condenó las *elipses* del aplaudido vate. ¿Había éste pretendido tachar de *cobardes* á los soldados de Santo Domingo? El se apresuró á negarlo rotundamente. Su censura era dardo flechado contra el Gobierno. ¡Cómo criticar á los que después de haber derrochado su salud y su vida en defensa de la Patria, tenían que circunscribir sus deberes al deber supremo de acatar las instrucciones que se les imponían!

No pudo resentir aquella frase al Sr. General Gándara, ni á los que á su lado combatieron en las ásperas gargantas de la tierra dominicana. Pero en sus oídos hubo de repercutir sin duda como nuevo dato para que el mundo saldara cuentas con su resignación, acaso aun más heroica que su acreditado arrojo.

Ellos habían personificado la causa española á través de las inmensidades del Océano; ellos, siempre vencedores y jamás vencidos, abandonaron sumisos la escena de sus hazañas, cuando se les puso en la alternativa de obedecer, humillados, ó seguir peleando, inobedientes. Los leales de Santo Domingo no podían insultar á los leales de España... El Sr. Campoamor... El Sr. Campoamor ya había cantado para aquella fecha á la Reina de Troya,

que más que vivir fea y venturosa,
prefirió ser ahorcada, siendo hermosa.

*
* *

La defensa que de sus actos hace el Sr. General Gándara en la última parte de su obra es un verdadero alegato en de-

recho. Allí los documentos oficiales que justifican las órdenes comunicadas por el Gobierno de Madrid; allí los atestados de los jefes, á quienes la primera autoridad de Santo Domingo encargó del cumplimiento de esas órdenes, á las cuales se ciñeron escrupulosamente. Que destruyera la artillería, con la cual el enemigo podría hostilizarnos en lo sucesivo; que dejara establecido el bloqueo de la costa; que cuidase preferentemente de recuperar á nuestros prisioneros, todavía en poder de los insurrectos, se le dijo; y en efecto, los cañones de las plazas fuertes quedaron clavados y atorados; el bloqueo fué un hecho, y ante la imposibilidad material y legal de ir á sacar á nuestros prisioneros de las garras de sus verdugos, para obligar á éstos á entregarlos se apoderó en rehenes de algunas personas principales de la capital: el recurso fué tan abonado, que en seguida se verificó el cange... Razón tiene el Sr. General Gándara para enorgullecerse de una precaución que así correspondió á su buen deseo y á las miras del Gobierno.

Esto no obstante, el bloqueo y la toma de rehenes fueron desaprobadas por el Ministro de Ultramar, en cabeza del señor General Gándara, como si éste no se hubiera atendido á los preceptos acordados. Gráfica y exactamente arguye sobre este particular el autor de aquellas medidas: lo que palpitaba en el fondo de tales contradicciones es que un Gobierno enmendaba la plana á otro; la desaprobación del Gabinete O'Donnell se refería á las órdenes del Ministerio Narváez. Esta es la verdad. El Duque de Valencia extremó su venganza política hasta obligar al de Tetuan, que hizo la anexión, á ser él mismo el que cumpliera la ley de abandono, que tan bochornosamente la desahacía. La unión liberal en semejante lance *pasó por encima de la personalidad del Sr. General Gándara, como hubiera atropellado otras de mayor significación*, frase con que el Sr. Posada Herrera le dió en Madrid la bienvenida y la clave del inexplicable rigor con que fué tratado por los gobernantes y por la prensa de partido.

No basta tener razón cuando ésta se revuelve contra el interés de una colectividad omnipotente. He aquí por dónde se oscurecieron los merecimientos del General invicto, del nego-

ciador discreto, del consejero prudente é ilustrado. En otro país el Sr. General Gándara, realizado el abandono y todo, abandono en el que no le cupo otra misión que la de consumir un hecho obligatorio, con el que estaba en desacuerdo, pero que ajustó puntualmente á los moldes que se le prepararon, realizando á este efecto una de las operaciones militares que más deben lisongear á un General, ostentaría hace veinte años, á par del blasón de su apellido, el galardón consiguiente á cualquiera de los hechos con que lo engrandeció en Santo Domingo. Aquí..... ha devorado en silencio durante ese largo período, las injusticias con que le agravió la ignorancia ó le ultrajó el egoísmo de los hombres. Fuerza es reconocer que cuando ha hablado, la verdad y la razón han resplandecido con rayos que le sirven de aureola. Su historia es el mejor testimonio de su gallardo proceder, y la más elocuente condenación de sus apasionados detractores.

*
* *

Todo el que pretenda formar cabal idea de lo que fué la cuestión de Santo Domingo, de los elementos que á su espalda ventilaron sus querellas respectivas, debe leer y meditar con maduro examen la importante producción de quien hoy aparece ante la crítica, ya imparcial y sosegada, con envidiable ejecutoria de soldado, político é historiador.

La cuestión de Santo Domingo no es conocida por lo común en los diversos aspectos de su complicada trama. Quien la conozca habrá de juzgarla como la juzga el Sr. General Gándara; como la juzga, en el fondo, el perspicuo criterio, la cincelada palabra de D. Cristino Martos, á cuya pluma pertenece el prólogo de la obra; como la juzga el severo raciocinio, el profundo pensar de D. Antonio Cánovas del Castillo. «Miré—dice en *El Solitario y su tiempo*, y el Sr. General Gándara acota la cita con satisfacción legítima,—miré con sumo disgusto la anexión de Santo Domingo, y opiné siempre que *debía abandonarse, aunque no sin dominar antes á toda*

costa la insurrección, porque una vez allí, el reconocernos incapaces de luchar y vencer bajo el sol de las Antillas, en aquel caso, nos obligaría pronto á demostración más sangrienta y onerosa de nuestro poder en Cuba.»

No es otro el sentido del magistral informe emitido de orden del Gobierno por el Sr. General Gándara en 9 de enero de 1865. Aquel informe fué desatendido. Los hechos y la opinión de los estadistas más eminentes le han vindicado en términos bien cumplidos. ¡Ojalá que esta vindicación no hubiera sido tan costosa para la seguridad y el porvenir de nuestros destinos en América!

JAVIER UGARTE.





CURIOSIDADES NATURALES

CARÁCTER SOCIAL

DE LOS ESTADOS UNIDOS (I)

VII.

LOS ÁRBOLES GIGANTES Y EL VALLE DEL YOSEMITE.

1. Las fondas norte-americanas. Arte culinaria. Las comidas *yankees*.—2. De Lathrop á Merced. Los campos de trigo. Fertilidad del suelo de California.—3. La diligencia de Clark y el Yosemite. Los masticadores de tabaco.—4. Camino de la Sierra Nevada. Los *árboles gigantes* de Clark.—5. En marcha para el *Yosemite*. Llegada al hotel *Black's*. El conjunto del valle y sus grandes cascadas. Impresiones que causa el *Yosemite*.—6. Regreso á Lathrop. Proyectos de nuevas excursiones. Los *árboles gigantes* de Calaveras.

I. Poseído el norte-americano del frenesí de la locomoción, el hotel es tan necesario para los *yankees* como el mismo alimento; así es que apenas se levantan las primeras casas de sus improvisadas poblaciones, surge en seguida entre ellas, al lado de la escuela, la iglesia, el Banco y la imprenta, la indispensable fonda ó albergue, dispuesto irremediabilmente

(I) Véase la pág. 279 de este tomo.

bajo un mismo plan y sujeto á la distribución de un mismo modelo. Cambia la capacidad, el número de habitaciones, el decorado y la riqueza del servicio y adorno; pero en todos halla el viajero un *parlor* ó salón de recibo común á entrambos sexos, y donde pasan las señoras sus ratos de ocio, leyendo periódicos ó tocando el piano; un *smoking-room*, ó salón de fumar para los hombres, en cuyo sitio se entregan éstos libremente á las dulzuras de una democrática independencia, sentados los más con la cara mirando á la pared y las piernas en alto; un *bar room*, ó despacho de bebidas, donde el *whisky*, el *brandy*, la jinebra, el jengibre, el *lager beer* y mil bebidas compuestas, atraen á los *sedientos* con más frecuencia de lo que fuera de desear; un espacioso *dining-room*, ó comedor que se abre y se cierra á horas fijas, sin que la consigna se rompa por nada ni por nadie; una sección de baños de agua fría y caliente, siempre muy aseados; un departamento para el telégrafo, del cual tanto uso se hace allí, y cómodos y pulcros retretes, que acusan la gran limpieza de las gentes de aquel país, nunca bastante encarecida. En el *office*, ó despacho, hay un gran libro abierto, donde los viajeros escriben al llegar sus nombres y procedencia. Hotel hay que reúne al cabo del año un número de libros capaz por sí solo de llenar un estante de regulares dimensiones, sin contar con las falsas inscripciones con que, sin duda para que aparezca mayor la clientela del establecimiento, consignan en dicho registro, como he visto yo más de una vez, algunos officiosos amigos del dueño ó algunos desocupados.

Para las señoras hay una entrada especial de su exclusivo uso. Los cuartos son cómodos, limpios y todos están provistos de los caloríferos necesarios, siendo esta una de las necesidades que mejor y con más amplitud se satisfacen en todas las viviendas norte-americanas, sean de la clase que quieran, sin excluir de este número los edificios públicos profanos y los templos. Por esto se resisten allí, sin grandes molestias ni accidentes, los fríos tan intensos que se sienten en toda la parte Norte del territorio, durante sus largos inviernos.

En los grandes hoteles de las poblaciones de primer orden hay ascensores (*lift*) para todos los pisos, cuya invención,

aceptada luego en Europa, creo que sea debida á los Estados Unidos. No faltan salas para banquetes y regias estancias de un lujo inusitado, destinadas al alojamiento de los novios, que como es común en el país, suelen pasar los primeros días de su luna de miel en algunas de estas espléndidas fondas. En Nueva York hay cámaras imperiales de esta clase (*Weeding Room*), por las que se pagan cien dollars por día.

En nuestro humilde hotel de Lathrop no había, como es de suponer, todas estas magnificencias; pero no faltaban, aunque en pequeño, la mayor parte de las dependencias indicadas.

Antes de entrar en el comedor, los perezosos, tomando por tales los que viniendo de la calle no quieren subir á su cuarto para arreglar su traje, acuden al indispensable lavabo que hay cerca de aquel departamento, donde unos tras otros se lavan las manos y cara, secándose con una larga toalla fija sobre un cilindro giratorio, y atusándose el pelo con un peine sujeto á la pared por medio de una cuerda ó cadena. El uso de los mismos adminículos por varias personas, no acusa ciertamente mucha pulcritud; pero si el peine se gasta se sustituye por otro, y cuando la toalla se ensucia, se reemplaza en seguida por otra limpia. Estos detalles son para el *yankee* secundarios; lo que á él le importa es entrar lavado y peinado al comedor, costumbre harto descuidada en los países meridionales de Europa.

En la mesa se sirve á cada cual en pequeños platos todo lo que elige de la lista que está á disposición de todos los concurrentes. La moda norte-americana no admite el servicio á distintas personas con distribuciones de un plato general. Los fondistas necesitan, pues, una gran cantidad de vajilla. Fuera de la sopa y los postres, lo demás se sirve en una ó dos tandas á lo sumo, de manera que cada comensal tiene delante de sí una verdadera batería de pequeños platos con sus correspondientes manjares, que come aislados ó mezclados en el mismo plato, según las exigencias del gusto. Hombres y mujeres se entregan al placer de la comida, con verdadera fruición, desconociendo los remilgos y las *inapetencias del buen tono*. El no comer ó comer poco, es de mal gusto entre los *yankees* y se atribuye siempre á enfermedad. La conserva-

ción de la salud es su primera preocupación, porque dicen, y dicen bien, que el que está enfermo no puede trabajar, y sin el trabajo no hay fortuna. *Tripas llevan pies*, que decimos en nuestra tierra de garbanzos. Los más exigentes tienen siempre alimento de sobra para saciar su apetito, porque en esto de raciones las fondas norte-americanas las sirven con tal cantidad de manjar, que pudieran muy bien satisfacer al mismo Heliogábalo. En ningún país del mundo encaja mejor la bienaventuranza de los que tienen *hambre*, porque entrando en un hotel norte-americano, de seguro que cualquiera se verá en seguida *harto*.

De la cocina *yankee* hay bastante que decir, pero como las cosas del paladar, cuestiones de gusto son, y sabido es que *sobre gustos nada hay escrito*, me parece que no andan acertados los que proclaman la supremacía del arte culinario de los italianos y franceses sobre el de los descendientes de los puritanos, porque la *cocina nacional* nunca se creó para satisfacer paladares ajenos, sino para regalar los propios, aparte de que lo que á uno le parece excelente puede parecerle á otros detestable, según sea el grado de sensibilidad y finura de *educación* del sentido que en tanta estima tenía el sibarita Brillat-Savarin, doctor excelso en filosofía gastronómica. Lo que no admite duda es que la base de la alimentación de los norte-americanos es muy sólida y nutritiva. Abundante carne, muchas ostras, maíz, arroz, huevos y leche, de todo esto comen pobres y ricos, y á esto atribuyo yo la salud y el vigor de que gozan aquellas gentes. ¡Lástima grande que el abuso de las bebidas alcohólicas venga á destruir en parte los efectos de tan sana y nutritiva alimentación! Las listas de manjares ó *menús*, hablando á la francesa, giran todas sobre los pies forzados del *roast-beef*, *beef-steak*, *mutton-chop*, ostras crudas y cocidas donde las hay, *lobster*, esto es, langostas y cangrejos, huevos bajo todas las formas de condimentación conocidas, arroz cocido, maíz en panoja, en grano, machacado y en puches, patatas comunes y dulces, y luego diversos apetitillos ó sainetes y no pocas salsas, de las cuáles hay algunas que por su fuerza obran como verdaderos cáusticos, porque, eso sí, el *yankee* necesita estimulantes fuertes, y así emplea él la

mostaza, la pimienta y la nuez moscada, como nosotros el inofensivo azafrán ó la aromática canela. Son platos populares también los arándanos (*Cranberries*) cocidos ó en dulce y la batata de Málaga, y entre los de repostería, el *Plum Pudding*, *Apple Tarte* (tarta de manzana), *Apple Pie*, *Custard Pie*, que vienen á ser nuestros pastelillos de aquella fruta, y el *flan* que todos conocemos. El pan es de muy escaso consumo. Agua se bebe muy poca, pero se consume bastante té y grandes tazas de café al terminar la comida. El buen vino es caro, y no lo beben por lo general la generalidad de las personas, más que como regalo de postre, si es que lo hacen. Los hombres dejan para el *bar-room* las delicias de las bebidas fuertes, á partir de la cerveza.

Como se ve, pues, no se tratan tan mal los *yankees* como muchos creen, prescindiendo de ciertas rarezas culinarias, de que no están exentos tampoco los demás países. Á mí me han servido más de una vez sopa de *cebada* perlada, tomate crudo con azúcar, postre de *ruibarbo*, tostadas con leche y *sal* y lechuga con *vinagre* y *azúcar* sin una gota de aceite; pero esto es *pecata minuta*, defectillos disimulables contra los que no es justo desatarse en improperios. Con iguales contrastes de dulzura y acidez, se comen en nuestra tierra el melón y la naranja sazonados con sal, y á nadie se le ocurre lanzar contra este procedimiento anatema alguno.

Cuatro ó cinco comidas, que comienzan por la mañana con un abundante almuerzo (allí no se conoce el chocolate ni ninguna otra ligera refacción de este jaez) y acaban al entrar la noche con un té bien provisto de repostería y algo más sólido, constituyen el cuadro gastronómico diario de los *yankees*, al cual honran todos con esforzado ánimo y clástico estómago. En resumen; aquellas gentes comen mucho y á menudo, consistiendo en esto, según ellos dicen, el secreto de su robustez, vigor y larga vida.

El cortesano y sagaz Príncipe de Talleyrand ha dicho no sé en qué parte, con su maliciosa agudeza, que en América había encontrado treinta y dos religiones y *un solo plato*. En lo de las religiones yo pienso que se quedó corto, como creo también que esta multiplicidad ha influido grandemente en el

adelanto y progreso de la república norte-americana, impidiendo el desarrollo de las fuerzas absorbentes, despóticas, egoistas y esquilmadoras que nacen siempre bajo el imperio de una sola creencia religiosa, pero en cuanto á lo del *plato único*, no me lo explico más que como un dicho ligero, inspirado por el deseo de lucir su ingenio epigramático, á no ser que se refiriese á la generalización del consumo de la carne y del maíz, atendiendo sólo á la alimentación de las clases pobres, y en este caso hubiera podido decir lo mismo de Francia y otras naciones europeas, donde el proletariado come, no lo que quiere, sino lo que puede según sea el valor de las sustancias alimenticias.

2. Veinticuatro horas de descanso en el hotel de Lathrop fueron bastantes para que cobrásemos el brío que exigía la excursión al monte de los árboles gigantes, *Big Trees Grove*, de Clark y al valle del Yosemite, que está próximo á aquel bosque.

Hasta hace unos diez años esta excursión tenía que hacerse toda en diligencia y á caballo; pero abierta con posterioridad al público la línea férrea de Visalia, que remonta hacia el Sur la cuenca del San Joaquín, se puede aprovechar esta vía hasta Merced, á cuyo punto llega el tren á las diez y cuarenta y cinco minutos de la mañana. La salida de Lathrop tiene lugar dos horas y veinte minutos antes. Este tren fué el que nosotros tomamos, pasando por siete estaciones intermedias que subdividen en ocho trozos los 91 kilómetros que hay de Lathrop á Merced. En este trayecto se cruzan sucesivamente los ríos y arroyos de Stanislaus, Toulumne, Merced y Bear, que van todos á engrosar el San Joaquín por su margen derecha.

En el fondo del valle, el calor era insoportable; pero el aspecto de la campiña, con sus dorados campos cuajados de mieses próximas á caer bajo las cuchillas de las segadoras, sus verdes vides extendiéndose por las faldas de los oteros, y sus robustos árboles ostentando abundante fruto próximo á su maduración, hacían olvidar las molestias de aquella temperatura tropical. De cuando en cuando veíamos á lo lejos un tren de máquinas de segar y trillar tirado por catorce y diez y seis

pares de mulas, acompañado de varios conductores montados á caballo y provistos de sus obligados *revolvers*. Era lo que los *yankees* llaman *Prairies Schooner*, goletas de las praderas, con las cuales se hace la recolección, trasportándolas sin cesar de un punto á otro, según las necesidades de las faenas á que se aplican. En estos trenes van también dos ó tres carros con comestibles, agua y útiles para poner en función las máquinas, de modo que no hay necesidad de tocar en población ninguna. Así preparados, los conductores emprenden su campaña veraniega á través de aquellos campos sin fin, abatiendo en breves días las mieses de grandes cosechas y dejando luego recogido el grano, con una rapidèz asombrosa. En la extensión de un centenar de hectáreas de terreno, es común ver allí la mies en pie, por un extremo, y el grano ensacado, por otro, conducido por las carretas á las trojes, funcionando en el espacio intermedio con una especie de furor insaciable la máquina que siega las cañas del trigo, el aparato que lo trilla, y el mecanismo que recoge y amontona la paja por separado. Así se comprende como, siendo escasos y caros los jornales con relación á la gran superficie que se cultiva, se pueden recoger aquellas enormes cosechas con tan gran economía de tiempo y dinero.

El cielo estaba sereno y despejado. Sobre su fondo de un hermoso y límpido azul, se destacaban en diferentes puntos del horizonte, y á diversas distancias, las elevadas columnas de denso humo despedidas por las locomóviles que ponían en movimiento á las trilladoras, lo cual imprimía al paisaje un carácter de novedad muy agradable.

Me llamó mucho la atención el gran desarrollo que adquieren allí todas las plantas y frutos; por más que ya había oído hablar y había visto también soberbias muestras de la fertilidad del suelo de California. Recordé entonces los trigos con cañas de *dos metros* de altura, los maices de *cuatro y cinco metros* de alto, los espárragos de *cuatro centímetros* de diámetro, las patatas de *tres decímetros* de largo, grandes, por lo tanto, como pequeños melones, y por fin, una calabaza de *un metro* de larga, *ciento trece kilogramos* de peso, y con un tallo rastrero de cerca de *¡mil metros!* de longitud, presentado

todo en la Exposición internacional de Filadelfia del año 1876 por el Estado de California, para dar una muestra de la fecundidad de su suelo. Tuve ocasión de ver estos *inverosímiles* productos, que á no verlos, hubiera creído que eran ficciones de algún visionario. Ante semejantes monstruos del reino de Ceres y Pomona, ya no parecían exagerados aquellos tremendos racimos de uvas que de la tierra de promisión trajeron los exploradores enviados por Moisés, y que yo he visto representados en un lienzo, colgando de una gruesa barra llevada á hombros por dos robustos israelitas.

Por lo demás, inútil es decir que los trigos, maíces, espárragos, patatas y calabazas que se cosechan en California, no son de las dimensiones antes indicadas, que si esto fuera, se necesitarían hombres del fuste de *Gargantúa* para consumirlos; pero he hecho la cita para dar una idea de la excelencia de las tierras de cultivo, y también para que se vea el afán con que el norte-americano trata de singularizarse, presentando siempre *cosas muy grandes*. ¡Cuántas labores, cuántos riegos, cuántos abonos, cuántos cuidados, y también cuántas reproducciones por selección, representarían aquellos gigantescos productos vegetales!

3. Hicimos en Merced nuevo descanso, porque la diligencia que nos había de conducir á la sierra no salía hasta las seis de la mañana del día siguiente. Este servicio lo hacían entonces los coches de la acreditada empresa de Washburn, Champenan y compañía, la cual advertía á los pasajeros en sus anuncios, que desde Clark en adelante, se *regaría* diariamente el camino durante el verano, atención que yo hubiera deseado que hubiesen tenido también en el primer trayecto, ó sea desde Merced á aquel lugarejo, porque en dicho trozo, el polvo se levantaba en tan espesas nubes, que no nos dejaba disfrutar de la alegre vista de la campiña por que atraviesa. Pero como allí los particulares lo tienen que hacer todo, porque el Estado no se cuida de estas cosas, bastante hacía la empresa con matar el polvo de una parte del camino, que es por cierto la más importante, puesto que penetra en el valle del Yosemite, objeto del viaje de todos los excursionistas.

A las cinco y media de la mañana, todo estaba dispuesto

para la partida, viajeros y coche, porque en aquella tierra, la puntualidad es de rigor. Fuimos todos tomando posesión de nuestros asientos en el *Stage-Coach* (diligencia), apoderándonos del imperial y del pescante para gozar mejor de las vistas del paisaje. Las señoras, desafiando el polvo y el calor, del que se resguardaban con sus lindos sombreros de paja, y sus velillos blancos, tomaron también por asalto aquellos lugares, abandonando el interior á la gente del país, que no se mostraba ansiosa de las emociones que nosotros presentíamos ya al dirigir nuestras miradas á los nevados picos de la alta sierra que teníamos enfrente. Los compañeros de viaje del *piso bajo* del *Stage*, eran tres chinos pobremente vestidos que se dirigían á las minas de oro, provistos de la conocida vasija de hoja de lata en la que lavan, con paciencia sin igual, las arenas auríferas. Estos hijos de Confucio fumaban incesantemente *su opio* y dejaban oír de continuo su atiplada voz, modelándola al tenor de las inflexiones, no exentas de armonía, propias de su difícil idioma. Había también dos ó tres norteamericanos, de aspecto rudo, con la indispensable piqueta minera al lado, á la que daban carácter de arma de combate, más bien que de utensilio de trabajo, un ancho cuchillo y un revólver que cada uno de estos personajes llevaba pendiente del cinto. Estos atrevidos y robustos exploradores de las minas no decían una palabra, contentándose con mascar tabaco, mordiendo de cuando en cuando el paquetillo que llevaban preparado en el bolsillo del pantalón, y escupiendo con brutal indiferencia la negruzca y nauseabunda saliva que la masticación del tabaco produce. Es este un vicio muy generalizado en toda la clase obrera de los Estados Unidos. No puede darse cosa más asquerosa ni repugnante. Yo no sé, cómo prohibiéndose el uso del cigarro en todos los sitios y lugares donde concurren señoras, no se prohíbe también en los carruajes públicos la masticación, que por su mal olor y por los verdaderos charcos de hedionda saliva que van formando los que á tal vicio se entregan, hace verdaderamente insoportable la sociedad de tales gentes. He aquí un contrasentido que no me explico tratándose de las *ladies* norteamericanas, tan cultas, tan limpias y tan exigentes en materia de

costumbres atildadas. Condenan el humo del tabaco, que al fin y al cabo, tiene más de aromático que de ofensivo, y se resignan á sufrir los vapores hediondos y el aspecto repugnante de las salivaciones que produce el *chewing tobacco*, capaces de volcar el estómago más robusto. ¡Cuándo querrá Dios que el obligado cartelillo de los ómnibus y tranvías norte-americanos, donde se lee la estereotipiada frase de estar prohibido el uso del cigarro, diga de este modo: *Smoking and CHEWING not allowed!*

A mediodía llegamos á Mariposa, nombre que trae á la memoria el abolengo colonial español de aquellas comarcas, y después de una, si no frugal, al menos rápida comida, continuamos la marcha hasta Clark, donde nos apeamos á las ocho de la noche para cenar y dormir. Aquí nos abandonaron los mineros, y nosotros tomamos nuestras disposiciones para visitar muy temprano el bosque de los árboles gigantes.

4. Aun no asomaba el sol por el horizonte cuando estábamos ya todos á caballo, hombres y mujeres. Nuestro guía, mejicano ingerto en *yankee*, era de tez cobriza, ojos negros y vivos, miembros delgados y nerviosos, ágil y diligente. Su sombrero de anchísimas alas, su chaquetón holgado, su faja y sus botas altas, á la vez que la ligera y pintada manta que colgaba por entrambos lados de la silla de su caballo, y su indispensable revolver y cuchillo, le daban aspecto de bandido más bien que de pacífico acompañante. Pronto nos acostumbramos todos, sin embargo, á esta figura, y aun he de decir que aquel aire de bandolero, en medio de las breñas y espesuras por donde marchábamos, parecía como que aumentaba el encanto del abigarrado cuadro que formábamos los excursionistas todos.

Dista el bosque de los árboles gigantes unos diez kilómetros de Clark, distancia que recorrimos en unas dos horas, tomando por el difícil sendero que se llama allí *Saddle Trail*, ó sea camino de herradura. Rocas agrestes, arroyos tortuosos y bullidores, verdes praderas y grupos irregulares de pinabettes, cedros y cipreses, todo esto se iba presentando á nuestra vista á medida que ascendíamos por las faldas de la Sierra Nevada, donde sentíamos ya la influencia frigorífica de sus

eternas nieves de las cumbres. En menos de veinticuatro horas habíamos pasado de una temperatura canicular á un temple propiamente hibernal.

Embebecidos estábamos con la contemplación de aquel paisaje, que me traía á la memoria las pintorescas perspectivas de los valles de nuestros Pirineos y los salvajes panoramas de las gargantas del Atlas africano, cuando al revolver de un alto y escarpado peñasco, refrenó su caballo nuestro guía, y exclamó sonriente, tendiendo su diestro brazo en dirección de un vallejo que daba la vuelta al enorme peñasco: «Hemos llegado ya. He aquí los árboles gigantes.»

Eran en efecto los famosos titanes del reino vegetal. Allí, á unos cuantos pasos de nosotros se levantaban soberbios, imponentes, majestuosos, desafiando las iras del tiempo y de los elementos, con sus robustos y colosales troncos y con sus grandiosas, vastas é intrincadas copas, á cuya sombra podría reposar toda una tribu de pieles-rojas. Todos nos quedamos anonadados de tanta grandeza. La vista alcanzaba con dificultad á la cima de aquellos seculares árboles, al pie de los cuales nos hallábamos nosotros confundidos y estáticos, no abultando más, en comparación con su descompasado tamaño, que un humilde insecto respecto del matojo á cuyo pie busca abrigo y alimento. La menor de las ramas de aquellos colosos, desprendida repentinamente, hubiera sido bastante para aplastarnos á todos. Con razón exclama el Conde de Beauvoir, ante tan grandioso espectáculo: «*nos chênes les plus majestueux, les sapins les plus élevés des Alpes et des Pyrénées, les arbres á gomme de l'Australie, sembleraient des NAINS accroupis sous leur ombre.*»

En el suelo se encontraba derribado uno de estos árboles, por cima del cuál paseamos con toda holgura cuatro personas, de frente. Tenía consumido el sistema leñoso, á causa del fuego, conservándose intacta toda la corteza, la cual formaba una especie de galería, cuyas paredes tenían algunos pies de grueso. Dentro de este singular *tunnel* penetramos á caballo algunos de los expedicionarios, sin que, apesar de la gran talla de caballeros y cabalgaduras, pudiese ninguno tocar la bóveda con la mano, extendiendo el brazo.

Los árboles gigantes se conocen en la ciencia con el nombre de *Sequoia gigantea*, con que los designó el famoso botánico Endlicher. Los naturalistas ingleses les aplicaron primero el nombre genérico de *Wellingtonia*, al paso que los norte-americanos, por celos nacionales, sin duda alguna, les dieron el de *Washingtonia*, pero la severidad glosológica y taxonómica se ha impuesto á unos y otros, conociéndose hoy los *Big Trees* con el apelativo antes indicado, por ser el género *Sequoia* al que realmente corresponden estos vegetales, según sus caracteres botánicos.

El número de árboles que comprende el monte de Clark no pasa de unos pocos centenares, estando bajo la salvaguardia del Estado de California, por el carácter nacional que se les ha dado.

De los datos publicados por la comisión científica que el Estado envió para medirlos, resulta que el más grande de todos, el *Grizzly* (el Canoso) tiene 11 metros de diámetro y 110 de alto. El arranque de las ramas más bajas está á 70 metros del suelo. Son poco menores las dimensiones de los demás árboles que hay á su alrededor. Estos colosos, y especialmente el *Grizzly*, tienen, por lo tanto, mayor altura que la cruz de la cúpula de los Inválidos de París (100^m,70).

En la Exposición internacional de Filadelfia de 1876 se enseñó al público una sección del tronco de uno de estos árboles, con sólo la corteza armada. Tenía el tronco 25 metros de circunferencia y 9 decímetros de grueso la corteza. Procedía de un árbol que medía 83 metros de alto, y pesaba, según los cálculos hechos, ¡1.200 toneladas! inglesas. La base del tronco ocupaba un espacio de 40 metros cuadrados, y dentro de esta selvática y original estancia, adornada con varios muebles y banquetas en las que reposé más de una vez, cabían muy bien unas cien personas.

Son muy escasas las *Sequoias* jóvenes. Apenas si se ve allí alguno que otro arbolillo de corta edad. Esta falta de *repoblado*, como dicen los forestales, debé ser objeto de preocupación por parte del Gobierno norte-americano, si no quiere ver desaparecer con el tiempo aquellos hermosos árboles, cuya edad traspasa tal vez los límites de la cronología moderna.

Mis lindas compañeras de viaje y sus acompañantes grabaron sus nombres en el tronco de una de las *Sequoias*.

«.....*tenerisque meos incidere amores
arboribus.....*»

Y guardando cuidadosamente en sus carteras algún ramillo de los que el viento había acumulado al pie de los troncos, pusieron sus caballos al trote largo, siguiéndoles los demás sin objeción alguna, deseosos todos de nuevas emociones y nuevas aventuras.

5. Tomamos para regresar á Clark el mismo sendero por donde el guía nos había conducido á la ida, y apenas reposados de la excursión, volvimos á tomar la diligencia, que hasta allí nos había conducido, para continuar en ella nuestra excursión al valle Yosemite.

Ocupando estábamos todos ya nuestros respectivos asientos, cuando Mr. Steward, al cual habíamos perdido de vista al abandonar el monte de las *Sequoias*, apareció por un lado del camino, con su caballo de las riendas y escribiendo con febril actividad en su colosal cartera largas y sendas filas de guarismos. Al llegar junto al coche sacó su reloj: «Falta un minuto para la partida—dijo;—no había calculado mal.»

—Pero no va V. á tener tiempo de descansar—le dije,—y debe V. estar rendido, porque, según parece, ha venido V. á pie.

—He venido á pie para poder escribir por el camino; y en cuanto á la fatiga, en la diligencia tendré ocasión de reponerme de ella, á la vez que coma algún bocado, echando mano de las provisiones que llevo en mi saco de noche. Lo importante es que haya alcanzado la salida de la diligencia. *Time is money*, Mr. Jordana—añadió sonriente y enseñando la doble fila de sus magníficos y blancos dientes.

El *yankee* tenía razón; así lo reconocí, y por eso no prolongué más el diálogo, limitándome á dejarle un puesto á mi lado, que ocupó diligente en el preciso momento en que la diligencia partía de Clark en dirección al Yosemite.

Al anochecer paraba el vehículo á la puerta del *Black's Hotel*, situado en el mismo valle, objeto de la excursión. El

propietario Sr. Black, de quien toma nombre el establecimiento, nos recibió con mucha atención. Tiene esta fonda *parlors*, baños, telégrafo, oficina y cuantas comodidades pueden exigirse en los hoteles norte-americanos. Nos sentamos á la mesa muy pronto, y después de haber comido en paz y en gracia de Dios, nos retiramos todos á descansar, esperando con ansia la llegada del nuevo día, para admirar las bellezas de aquel afamado valle que, dirigido de NE. á SO. y cruzado por el río de Merced, se levanta á 1.240 metros sobre el nivel del mar, cerrando sus ámbitos colosales escarpes de una altura prodigiosa.

La del alba sería cuando emprendimos todos la marcha. No muy lejos de nosotros, los recónditos senos de algunas umbrías de la sierra, destacándose del fondo verde de las praderas, ostentaban extensos manchones de nieve que no derrite nunca el cierzó americano; las faldas escuetas aparecían cubiertas de verdaderos rodales de girasoles, planta especialmente característica de los eriales de California, y allá en las cumbres asomaban en apretada falanje masas de árboles corpulentos, cuyas copas, azotadas por las brisas matutinas, lanzaban dulces rumores, trayendo á la memoria el clásico concepto de nuestro San Juan de la Cruz, en su *Noche oscura*, cuando dice:

«I el ventalle de cedros, aire daba.»

Absortos en la contemplación de este espectáculo, relativamente lejano, no nos apercibimos del panorama que á nuestros pies se iba desarrollando. Fué preciso que el guía exclamase con potente voz: *The Yosemite Valley*, el valle del Gran Oso cano—que eso parece que significa aquel nombre en la lengua de los indios,—para que detuviéramos el paso y nos hiciésemos cargo del lugar en donde nos encontrábamos. Un grito de asombro se escapó de todos los labios. Cobijado por los altos escarpes del *Cloud's Rest* (descanso de las nubes), cuyos picachos se hallan á unos 2.000 metros sobre el fondo del valle, extendíase á nuestros pies como en el fondo de una profundísima sima, el curso del río que, mirado desde nuestro punto de observación, parecía un humilde y mísero

arroyuelo. Numerosas cascadas, cuyas aguas rebotaban por las peñas, deshaciéndose en nubes de hirviente espuma, brotaban de todas partes, y llevaban su caudal al curso del Merced, arteria principal de desagüe del Yosemite. Teníamos casi enfrente la más notable de todas estas caídas, la propiamente llamada de Yosemite, que, en abundosa corriente, si bien dividida en tres tramos ó saltos, cae de una altura de 800 metros, produciendo un ruido atronador y levantando verdaderas nubes de agua pulverizada, á cuyo través los rayos del sol determinaban la formación de varios arcos-iris de colores vivos y resplandecientes. No era posible sustraerse á aquel fascinador espectáculo. Más lejos, y apareciendo entre las cortadas de inextricables desfiladeros y altas cúpulas, veíase correr el arroyuelo bullicioso del *Sentinell Fall*, que, formado por numerosas caídas de desiguales tramos, determina un salto general, cuya altura se estima en la asombrosa cantidad de 997 metros. ¡Siempre manifestándose la naturaleza en aquellas regiones con accidentes y fenómenos de extraordinaria grandiosidad! La cascada de Gavarnie, en los Pirineos, no mide más que 411 metros; la tan celebrada de *l'Arche*, en Baviera, cae de una altura de 649, y por fin, las del Jotumfjeld, en Noruega, que se precipitan sobre el Sognefjord, al Norte de Bergen, en la costa del Atlántico, se despeñan de una altura de 500 y 600 metros respectivamente; es decir, que las más soberbias de Europa se quedan muy por bajo de la del Yosemite y del *Sentinell Fall*, que tal vez por su desnivel, ya que no por su caudal, sea la más grande del mundo.

¿Ha visto por casualidad alguno de mis lectores el *circo* granítico de nuestros célebres baños de Panticosa, donde toma nacimiento el río Caldarés? ¿Recuerda, en caso afirmativo, el bello conjunto de aquellas ruidosas y saltadoras cascadas, que desaguan en el *ibon* ó laguna, de donde toma origen el río? ¿Tiene presentes aquellos elevados muros ó escarpes de granito, cuyas cimas no alcanza la vista á descubrir? Pues agrán- de con la imaginación las proporciones de aquella agreste localidad, ensanche hasta diez veces la amplitud y tamaño de todos los accidentes y podrá formarse una idea de la grandio-

sidad del Yosemite, cuya exacta descripción se resiste á los giros y sutilezas de la pluma mejor cortada.

Los norte-americanos, parodiando la frase oriental tan conocida «ver la Meca y morir,» dicen, apropósito de esta localidad, con disculpable orgullo nacional: *See Yosemite the last of earth*, y no les falta razón para ello.

Abrazado en conjunto el aspecto del valle, fuimos recorriendo, por ásperos senderos, los puntos de vista más variados, descendiendo á veces hasta el fondo de las vaguadas, y subiendo otras á las cimas de muchos de los altos peñascos que circundan aquella sima de más de un kilómetro de profundidad. Pasamos sucesivamente por el pie del *North Dome*, *Cathedral Rock*, *Three Graces*, *South Dome*, *Three Brothers* y otros varios machones y acantilados, que arrojan á larga distancia sobre el fondo del precipicio su negra sombra, y cuyos remates se elevan sobre el nivel del río, en discordante alternativa, desde 700 á 2.000 metros, según los sitios.

Bella es, ciertamente, aquella localidad, pero á la impresión de asombro que causa, fuerza es decirlo, se une también un sentimiento de espanto indefinible, que hiere melancólicamente el ánimo, en vez de producir en él un movimiento de regocijo. El Yosemite carece del atractivo de la vegetación forestal. Seco, árido, desnudo, tiene más de austero que de risueño. La mano del Creador parece haber dejado sentir allí toda la grandeza de su severidad. La geología terrestre muestra al desnudo en el Yosemite la imponente magestad de los sacudimientos eruptivos, que durante el período genésico hicieron aparecer en la superficie aquellas inmensas y quebradas moles de granito, donde el reino vegetal no ha podido hallar aún asiento bastante para el desarrollo de los bosques. La vida orgánica parece como amortiguada, si no extinguida del todo, en aquellos lugares.

Cuando, después de un descenso de tres horas, llegamos al fondo del valle, parecíanos ocupar, no la cañada de un risueño monte de frondosos árboles, sino el piso áspero y desigual de un pozo gigantesco.

Al llegar de nuevo á las cumbres, sentíase el ánimo menos angustiado y el pecho latía con más libertad y viveza, como

si se le hubiera libertado de un gran peso. Era que abarcábamos casi en su conjunto todo el espacio del hermoso cielo azul de California y las pobladas faldas de la Sierra Nevada, que son el más bello adorno del territorio.

6. Nuestra expedición californiana había concluído, y como suele suceder, después de satisfecha la curiosidad, estábamos todos ya muy impacientes para trasladarnos á otros lugares, ávidos de nuevos espectáculos y nuevas emociones.

De regreso del valle, y siempre en la misma diligencia, seguimos el camino que va á la vista del río de Merced, pasando por Dudley's Mills, que está á 72 kilómetros de aquella villa, Coulterville y Snelling. En Merced tomamos el ferrocarril, que nos condujo á Lathrop, de donde habíamos partido pocos días antes, para visitar el monte de *Sequoias* y el Yosemite, que acabábamos de recorrer. La distancia que habíamos andado desde Merced al Black's Hotel era de 150 kilómetros.

Una vez en Lathrop, celebramos *consejo de familia*, para decidir el curso de nuestras futuras peregrinaciones. Querían unos visitar el monte de *Sequoias* de Calaveras antes de abandonar la California, y pretendían otros el abandono de este proyecto por ser de igual clase los árboles gigantes de aquel punto que los de Clark. El sexo femenino, siempre animoso y ávido de emociones, votó por la excursión á Calaveras; pero los hombres lograron hacerle desistir de este propósito, y como Mr. Steward conocía ya aquella localidad y no mostró empeño por recorrerla de nuevo, decidimos por fin, uniendo yo mi voto al de la mayoría, emprender el viaje del Yellowstone, del cual me ocuparé en seguida, con todo el detenimiento que reclama tan penosa y difícil excursión.

Por lo demás, diré aquí que el monte de Calaveras está situado entre los orígenes de los ríos de este nombre y del Stanislaus, afluentes á la derecha del río de San Joaquín. El viaje más corto se hace yendo de Stockton á Milton, por la línea férrea de Visalia, cuyos puntos distan entre sí 48 kilómetros, tomándose luego la diligencia que llega hasta el mismo monte, después de recorrer un trayecto de 50 kilómetros.

El valle se encuentra á unos 1.500 metros sobre el nivel del mar. Las dimensiones mínimas de los árboles que for-

man un solo rodal de 80 á 90 individuos, son de 80 metros de altura por 4 de diámetro. El llamado *Las Tres Gracias* mide 92 metros de alto por 28 de circunferencia á la altura del pecho. Pasan de 90 metros *La Chozza de los Mineros*, *El Viejo Doncel* y *El Ermitaño*. Más notable es el grupo de *La Familia*, compuesto de veintiseis árboles, distinguidos con el nombre de *Padre, Madre é Hijos*. El primero sobrepaja á todos por su extraordinaria circunferencia, que es de 33 metros, correspondiente á una altura de 137 metros. Dadas tan extraordinarias dimensiones, no es de extrañar que, como sucedió años atrás, se estableciese una sala de baile, un juego de bolos y un mirador sobre el tocón de una de las *Sequoias* derribadas.

«A la vista de tan fenomenales árboles, que no tienen rival en la creación, he dicho en otro lugar (1), el hombre no puede menos de sentirse humillado y confundido. Los monumentos más grandiosos de la humanidad apenas han podido sobrepasar su altura. Solo la gran pirámide de Cheops y los remates de la catedral de Strasbourgo exceden en unos seis ó siete metros la longitud del árbol mayor del grupo de *La Familia*, que es igual á la de la torre de San Esteban de Viena, mayor que la de la cúpula de San Pedro en Roma, y mucho más aún que la de la iglesia de San Pablo en Londres y de la catedral de Milán. La torre de porcelana de Nankin puede cobijarse holgadamente bajo las ramas de muchas de las *Sequoias* descritas. Se nivelan algunas con la Giralda de Sevilla y el cimborio del Escorial, y son varias las que pueden humillar la Torre nueva de Zaragoza y las cúpulas de la catedral de Burgos. ¿Qué más? El famoso Miguelete de Valencia apenas llega al arranque de las primeras ramas de varios árboles del rodal de Calaveras.

Nada grande, sin embargo, crea la naturaleza sin el trascurso del tiempo. Para producir tan extraordinarios árboles no han bastado ni los 2.000 años que cuentan los cedros del

(1) *Los árboles gigantes de la California*.—Revista de España.—Número 186.—28 noviembre 1876.

Líbano, ni los 2.150 que tiene la higuera santa de Java, ni aun los 3.000 que se suponen al tejo de Inglaterra según la opinión más corriente entre los autores. Mielk atribuye á la mayor de las *Sequoias* la edad de 5.000 años, es decir, 150 menos de los que tiene el famoso baobad ó árbol del pan del Senegal y aun no falta quien crea que dicha *Sequoia* ha vivido 6.000 años. ¡Sesenta siglos! Es decir, que allá, en aquellas apartadas regiones cuya existencia nos diera á conocer Colón, el reino vegetal conserva aún, como muestra de su poderosa vida, árboles gigantescos anteriores al diluvio universal.

¡A cuántas reflexiones se presta esta sencilla consideración, y cuantos insondables abismos se descubren á la sola idea de unos seres cuyo origen verdadero no puede medir nuestra cronología, y á cuya muerte no podemos fijar tampoco límites ciertos!»

JOSÉ JORDANA Y MORERA.

(*Se continuará.*)





EL MUNDO DE LO MARAVILLOSO



AGNETISMO, hipnotismo, ilusiones ayer, realidades hoy.

Mucho tiempo se ha necesitado para decidirse á estudiar de cerca estos hechos extraños; pero los fisiólogos más eminentes consideran ya fuera de toda duda los principales fenómenos del hipnotismo y magnetismo animal. El sistema nervioso puede hallarse influído por causas exteriores, aún mal definidas, hasta el punto de modificar por completo al individuo moral y físicamente transformándole en autómata.

En estos últimos años se han efectuado notables experiencias en Alemania y Francia. Mr. Liégeois, profesor de derecho de la facultad de Nancy, ha publicado una interesante Memoria sobre los hechos antes aludidos, insistiendo sobre las consecuencias que pueden tener para la medicina legal y sobre las aplicaciones de que son susceptibles bajo el punto de vista de los derechos civil y criminal. La tesis de Mr. Liégeois, nueva y atrevida como es, ofrece grandes apariencias de verdad.

Mr. Liégeois ha querido darse primero cuenta por sí mismo de la realidad de los fenómenos hipnóticos, y ver hasta qué límite extremo puede llegar el influjo del hombre sobre su semejante. Auxiliado por su compañero el profesor Bernheim,

hipnotizó á cierto número de personas completamente sanas de cuerpo y espíritu. El hipnotizado se convierte en un autó-mata inconsciente; pero lo más notable es que conserva durante días y aun semanas restos del automatismo, hasta el punto de que las sugerencias anteriores persisten largo tiempo y pueden excitarle á realizar actos independientes de su voluntad. El operador puede inspirar al sujeto la idea de actos criminales, que después de despierto, realiza fatalmente, acaso después de haber trascurrido semanas y meses, afirma Liégeois.

Así, por ejemplo, algunos sujetos han ido á declararse autores de crímenes imaginarios; otros han ejecutado ó creído ejecutar acciones terribles. Una joven, por ejemplo, asesinó á su madre disparándola un pistoletazo á quemarropa con la mayor sangre fría. Excusado es decir que la pistola no estaba cargada. Otros han reconocido deudas que nunca habían contraído. Quiénes, por último, provocando en ellos determinadas alucinaciones, han sostenido que tenían la certidumbre absoluta de haber visto, oído y tocado cuanto se les había sugerido.

Concluye diciendo Liégeois que por lo que respecta á la justicia civil, puede intervenir la sugestión en gran número de actos importantes para falsearlos ó dificultarlos; que puede intervenir también en la justicia criminal en actos que realizan irresistiblemente, ó, por último, en actos imaginarios cuya realidad se les ha hecho admitir. Los jueces tendrán que descubrir si hubo sugestión para conocer al autor de ésta, verdadero culpable. Con este motivo adquiere mayor importancia el papel del médico legista.

Parville, comentando la Memoria de Liégeois, observa que la sugestión no es un fenómeno que pertenezca exclusivamente al sonambulismo, sino un fenómeno más común de lo que se cree. Causas inconscientes actúan sin cesar sobre nosotros modificando nuestra personalidad. ¿No se dice á menudo que tal ó cual persona tiene determinado ascendiente sobre sus semejantes? ¿No se sabe que la influencia buena ó mala de tal ó cual individuo trasciende á los demás? ¡Cuántos fenómenos influyen sin que acertemos á comprender su

influencia! El medio en que se vive ejerce su acción; no se es al día siguiente lo mismo que se fué la víspera; los seres que nos rodean influyen también. El recuerdo inconsciente cambia las ideas, los actos tal vez, y el determinismo como resultante de recuerdos y combinaciones psíquicas, pudiera no ser una palabra vana. En el fondo, ahora, como antes de la tesis de Mr. Liégeois, el juez tiene que resolver el problema de descubrir cuál es el verdadero culpable. Pero el horizonte va ensanchándose, y los métodos de investigación se irán haciendo más precisos y seguros.

A manera de apéndice, tomaremos de una obra notabilísima, *L'homme et l'Intelligence* de C. Richet, algunos de los casos que cita, y en los cuales desaparece por completo la personalidad. Para que se efectúe la transformación, basta una palabra pronunciada con autoridad mientras el sujeto está dormido.

«Eres una vieja,» se dice á una joven hipnotizada, y de repente su andar y los sentimientos que expresa, son los de una vieja.—«Eres una niña,» y de pronto su modo de hablar, sus juegos y aficiones, son los de una niña. Se puede transformar á la hipnotizada en labradora, en actriz, en general, en sacerdote....

Puede sugerirse á un hipnotizado cuanto se quiera. Las imágenes sugeridas son tan precisas que el sujeto no duda de su realidad absoluta. «Así—escribe Richet,—decía yo á mi amigo R.: mira ese león; entonces R. se agitaba expresando su fisonomía vivo terror.—Viene, se acerca—decía—vámonos pronto, pronto.» Y se agitaba en el asiento, y su temor le producía casi una crisis nerviosa.

Es posible hacer que el sonámbulo pierda la memoria, y no solamente la memoria, sino una en particular, verbi gracia, la de los nombres. Cuando se le dice que no sabe cómo se llama, no puede probar lo contrario, porque en efecto, no recuerda su nombre. A veces se consigue este resultado sin que el sujeto hipnotizado se halle dormido.

Los hechos más curiosos son aquellos en que la sugestión persiste después de despertarse el individuo.

El que con mayor facilidad se obtiene es el sueño por or-

den. «Mañana á las tres se dormiré V.»—Al día siguiente al dar las tres se duerme el sujeto, hállese donde quiera. Se le ha dicho durante el sueño magnético «Duérmase V.,» ha olvidado la orden y, apesar de esto, cuando llega la hora se duerme. Ni el mismo operador se acuerda de la orden; pero ésta se halla grabada en el cerebro del hipnotizado, y el autó-mata obedece como un instrumento registrador, movido por un aparato de relojería, inscribiría un fenómeno en el momento indicado.

Véanse pruebas más claras todavía de la memoria inconsciente.

A. está dormida. Richet la dice: «Cuando se despierte V. coja ese libro que está sobre la mesa, lee V. el título y coloca dicho libro en mi biblioteca.» *A.* despierta; se restriega los ojos, mira á su alrededor con aire sorprendido, se pone el sombrero para salir, dirige después una mirada á la mesa; ve el libro, lo coge y lee el título. «Calla—dice,—estaba V. leyendo á Montaigne, voy á ponerlo en su sitio;» y lo coloca en la biblioteca. Preguntada por qué ha hecho eso, le maravilla la pregunta: «Pues qué, ¿no podía yo mirar ese libro?» responde tranquilamente. Hé ahí un acto realizado sin motivo conocido que resulta directamente de una sugestión.

B. está dormida. «Cuando se despierte V. quite la pantalla de la lámpara.» Se la despierta. «¡Qué oscuridad hay aquí!»—dice, y quita la pantalla. Otro día:—«Cuando se despierte V. eche mucho azúcar en el té.» Se sirve el té, y *B.*, que hace un cuarto de hora que está despierta, llena de azúcar su taza. «¿Qué hace V.?»—la dicen.—«Echo azúcar.»—«Echa V. demasiada.»—Y continúa añadiendo azúcar. Luego, encontrando mal el té, dice: «¿Qué quiere V.? ha sido una tontería. ¿No ha hecho V. nunca ninguna tontería?» Otra vez la dice Richet durante el sueño: «Coja V. el pañuelo del señor O. y échelo al fuego.» Cuando se despierta pide un pañuelo y no acepta más que el del señor O. Y en seguida arroja al fuego el pañuelo.

Entre las experiencias de Carlos Richet, es digna de mención la siguiente, por ser de las más características:

A. está dormida. «Vuelva V. tal día á tal hora.» Despier-

ta y lo ha olvidado puesto que pregunta: «¿Cuándo quiere usted que vuelva?»—«Cualquier día que V. pueda de la semana que viene.»—«¿A qué hora?»—«A la que V. quiera.»—Y con puntualidad sorprendente se presenta el día que se le dijo y á la hora indicada. Un día llega A. á la hora exacta con un tiempo malísimo. «Realmente no sé por qué vengo—dice,—tenía visitas en casa; me he empeñado en venir aquí y me corre prisa marcharme. Es absurdo, no comprendo por qué he venido. ¿Será también esto un fenómeno de magnetismo?»

Es evidente que la persona obedece sin acordarse de nada; ignora lo que se le ha mandado durante el sueño, y sin embargo obedece. El recuerdo inconsciente, ignorado, persiste en estado latente y determina el acto. Es preciso, como observa Liégeois, desconfiar de la *inconsciencia*; en estos fenómenos hay un campo inexplorado que demanda profundo estudio.

De todo lo anterior resulta que cualquier sujeto hipnótico es susceptible, bajo ciertas influencias, de perder su libre albedrío y obedecer á voluntades extrañas, á impulsiones exteriores. Conclusión capital que se desprende de los hechos observados.

ZARAVEL.





DIARIO PRIVADO

POLÍTICO-MILITAR

DEL ALMIRANTE C. DE PERSANO

EN LA CAMPAÑA NAVAL DE LOS AÑOS DE 1860 Y 1861.

Continuación (1).

OCTUBRE DE 1860.

I. A las once de la mañana llegamos á Bolonia, apeándonos en San Miguel del Bosque, sitio real, en donde S. M. residía.

Preséntome al punto á S. E. el Ministro Farini, con el cual tengo amistad desde el año 49.

Me recibe con los brazos abiertos y me obsequia muchísimo. Quiere introducirme sin espera á la presencia del Rey, seguro, dice, de complacerle; con cuyo objeto me deja un instante y vuelve al punto con la respuesta, *que pase*.

Entro con él á la presencia de S. M., y el Rey se digna darme la mano, que no me permite besar, antes bien, estrecha cordialmente la mía.

S. M. pronuncia sus felicitaciones á la marina real, por la bravura y pericia desplegadas en la toma de Ancona, y me dirige á mí palabras de especial complacencia.

(1) Véase la pág. 312 de este tomo.

Le expreso mi gratitud.

S. M. se detiene conmigo largo rato, entrando en los más minuciosos particulares acerca de todo lo que concierne á la rendición de Ancona; y después me despide dándome nueva prueba de su dignación, estrechándome otra vez afectuosamente la mano.

La hora de partida en el ferrocarril para Turín había transcurrido entretanto, y era menester esperar á la de la tarde; pero el Ministro Farini no quiere retardos, y ordena un tren especial para mí: no hay agasajo que no gaste conmigo.—Le quedo cordialmente obligado.

A las dos de la tarde salgo de Bolonia para Turín, adonde llego á las diez y media de la noche.

S. E. el Presidente del Consejo me esperaba en la estación, y apenas me ve bajar del coche, viene á mi encuentro y me abraza.

Cómo quedara yo con tanta cortesía, dejo que se imagine. Solamente que el hombre superior se enaltece con estos rasgos de exquisita hidalguía, evitados por las almas pequeñas, que siempre temen perder con ellos; y con lo que pierden realmente, es con su insulsa prosopopeya, lo cual les está bien empleado: tienen lo que se merecen.

S. E. el Conde de Cavour me ofrece conducirme á mi alojamiento en su carretela; y sin dejarme tiempo para darle gracias, ni oponerme con corteses excusas, me señala, sin más ni más, que tome asiento en ella; y después dice:

—Vamos á *Feder*, en donde se hospeda su hijo, ¿no es verdad?

—Como quiera, Excelencia; pero yo he teleografiado para que me guardasen habitación en la *Bonne Femme*.

—Bien, ¡á la *Bonne Femme*! cochero.

Y al punto salimos al trote en aquella dirección.

En aquel breve trayecto me asedia con preguntas. Quiere saberlo todo de todo. Procuro satisfacerle lo mejor que puedo. Dada una respuesta, viene al punto otra pregunta. El tiempo se le escapa, ya hemos llegado al alojamiento.—Adiós, Persano: mañana á las cuatro le espero en mi casa.—No encuentro palabras con qué responder á tanta confianza y

bondad; pero confío que penetrando como él penetra en los ánimos, habrá sabido leer en el mío, y comprender que soy devoto suyo para mientras viva.

No hallo habitación dispuesta para mí: mi telegrama había llegado cuando estaba ocupada toda la casa.

Tomo una carrocilla y corro á casa de Azeglio. No estaba aún en ella, y le espero á la puertecilla de su alojamiento en la calle de la Academia Albertina.

Viene después de las once, y nos abrazamos con efusión recíproca, permaneciendo así por algunos minutos sin proferir palabra.

¡Cuánto le amo, y cuánta veneración le profeso!

Las congratulaciones no se acaban nunca. Vislumbro que se goza en los honores tributados á una criatura suya; que me honro en llamarme así, pues se lo debo todo.—Nos hemos dicho un mundo de cosas y no habríamos acabado en un buen rato; pero apenas recordé que mañana muy temprano debo hallarme en casa del Conde de Cavour, ya no hubo nada que pudiera detenerme.—Modesto como es en su misma superioridad, ni aun por sueño se imaginaba que obrando yo así me privaba de un bien inefable; dado que para mí es suprema delicia siempre el escuchar sus razonamientos acerca de nuestras cosas, los cuales respiran á toda hora amor á la patria y á la justicia, celo por el bien y adhesión á la Italia y á la casa de Saboya. ¡Hombre digno é incomparable en verdad! (1)

Me traslado á casa de *Feder*, y vestido como estaba me dejo caer sobre el pequeño lecho de mi hijo, que aún está fuera. Entra tarde; y como le amo entrañablemente, se verifica á su vez con él otra escena de cariño.

(1) Azeglio, que leyó estos sentimientos míos, aunque expresados con menor expansión, porque me proponía darlos á la estampa en vida de él, escribió al lado de aquellos renglones míos: *no, querido mío. Parece una preocupación. No, no, no, no, no.* Y en un cuaderno de la primera parte de este diario mío escribió: *Si quieres decir bien de mí ¡amen!, pero es menester decirlo en otros términos.*—Así cada vez que me ocurría el tener que manifestar mi admiración hacia el hombre tan superior á la ordinaria condición de los demás, ó lo borraba todo de una plumada, ó escribía al lado admirables advertencias.

2. A las tres de la madrugada estoy en pie y á las cuatro entro en casa de S. E. el Conde de Cavour, en donde me reciben al momento.

Según la costumbre de sus audiencias matinales, está sentado delante de la mesa puesta en medio de su sala de estudio en traje de casa con el birrete en la cabeza, el cual tiene una larga borla que cae sobre la ancha frente.—Los que frecuentaban su trato saben que aquella borla era imagen del estado de su pensamiento, ya manteniéndose quieta é inmóvil, ya dando saltos, ya mostrándose extremadamente agitada, ó ya en fin lanzándose de un golpe atrás, especialmente cuando el que llevaba el birrete se proponía sondearnos de cabeza á pies y fijarse en quien le hablaba con ojo penetrante.

—¡Oh! adiós, Persano.—Aquí enfrente de mí, sentaos.

¡Bravo! ¡bravo! ¡bravo!

A este exordio permanecí yo mudo bajo la impresión de tanta benevolencia; solamente que mi silencio y mirada de admiración decían bien: *el bravo es él ¡y cuánto! Nosotros no somos más que los fieles ejecutores de sus vastos designios. Helo aquí todo.*

Debió comprenderme, puesto que me alargó la mano.

Pero el continuar callando tendría algo de estúpido, por lo cual le dije:

—Le doy gracias por todo, Excelencia; y tanto mis subordinados (que en verdad se han portado bien en todos conceptos) como yo, nos alegramos, si hemos tenido la suerte de obrar según lo esperaba nuestro digno. Ministro.

—Ahora, Almirante, las recompensas ante todo.—Y cogiendo una pluma se pone á escribir lo que yo le dictara. Yo, sin vacilar, principio así:

—Conde Albini, promoción á Contralmirante y medalla de oro.—Y estaba esperando que escribiese aquello para nombrar á otros, cuando de golpe me interrumpe profiriendo algunas palabras corteses tocante á mí, á las cuales contesto rogándole que no se ocupe de mi persona. Pero él, escribiendo de su propio motivo y pronunciando en alto, respondió:—Almirante Persano, gran cruz de la orden militar de Saboya.

Albini, como ha dicho.

Galli de Mantica, medalla de oro: lo propondré más tarde para el ascenso á Contralmirante.

Ahora, dicte para los otros comandantes.

Obedezco y dicto:

—De Aste, medalla de oro;

Wright, medalla de plata;

Riccardi, oficial de la orden militar de Saboya;

Provana, ídem;

Clavesana, caballero de la orden militar de Saboya;

Del Carretto, oficial de la orden de San Mauricio;

De Viry, caballero de la orden de San Mauricio;

Camilo Lampo, medalla de plata;

Mayor Carrosio, ídem;

Capitán de tiradores, Rossi, ídem;

Costa, capitán mercante, mención honorífica.

Para los estados mayores de las varias naves esperaré, Excelencia, las propuestas de los respectivos comandantes, y lo mismo para las fuerzas inferiores.

—Está bien, Almirante. Someteré entretanto al Rey los nombramientos que desea.

Le dí gracias como mejor pude.

—Ahora, hablemos nosotros, Persano.

En Nápoles se afana el partido mazziniano, en torno del General Garibaldi, para empujarle á cometer imprudencias, que serían la ruina de Italia; por lo cual tengo necesidad de que estéis cerca de él, puesto que os estima y os escucha. Convénzale de que yo estoy resuelto á constituir la Italia, cuanto puede estarlo él, y que juntos lo haremos con Víctor Manuel por Rey: mas que para esto es menester que marchemos enteramente de acuerdo y no hagamos locuras. A Roma iremos, cuando sea tiempo de ir; ahora es demencia sólo el pensarlo. Dígale que la empresa de Venecia la llevaremos á cabo juntos; que á ésta es á la que debemos dirigir nuestros pensamientos, sin perdernos en utopias; que el querer ir á Roma es lo mismo que desear perder el fruto de cuanto se ha logrado hasta aquí. Es menester que se traslade cuanto antes allá; pues si no está allí, no me siento tranquilo.

—Me iré hoy mismo, Excelencia.

—Hoy no, pero dentro de pocos días sí.

—Bien. Disponga de mí como de cosa suya.

—Hoy quisiera que viniese á la Cámara: podría haber interpelaciones, y bueno sería que estuviese allí; aunque es verdad que con su promoción dejó de ser diputado, y es este un contratiempo que me disgusta.

—¿Cuál promoción, Excelencia?

—Su promoción á Vicealmirante.

—Pues yo no he tenido noticia alguna de ella.

—¿Nunca?

—Nunca, Excelencia.

—Verdaderamente no sabíamos explicarnos su silencio sobre este asunto, ni el firmarse siempre Contralmirante. Pero ¿cómo ha sido esto, si el anuncio de su promoción se lo hemos enviado cuando estaba en Nápoles todavía?

—¡Eh! Excelencia, son los acostumbrados manejos de las partes secundarias. Puede poner esto al lado de la acusación que se me hizo por no haber dado cuenta de la embestida del *Authión* en las aguas de Palermo, cuando había informado al punto de ella, como era mi deber, al comandante general de la marina, Conde Serra, mi jefe inmediato; y con la otra de haber yo rechazado por mi mero arbitrio los víveres llegados en el *Azcardoso* para la división, cuando no había rechazado sino una pequeñísima parte, que la comisión de reglamento, que debía recibirlos, encontró inadmisibles; y con aquella de quitar á la división la cuarta parte de la marinería, instruída ya del todo, para reemplazarla con reclutas en ayunas por completo de toda noción y espíritu militar; y esto cabalmente en el momento en que se esperaba una declaración de guerra de parte del Austria, ó cuando menos del gobierno borbónico, y cuando las naves de que la división se componía podía bien decirse que eran las únicas aptas para entrar en acción, no habiendo ninguna de reserva, si se exceptúa el *San Miguel* tan sólo, nave aún de vela; y la de no haberme repuesto nunca de carbón la división de combate, por más que haya insistido yo en pedirlo.... ¡Y aún no habrán acabado, Excelencia! El trueno gordo será, cuando acontezca que yo cometa una falta de veras, pues al fin soy criatura humana, y por tanto expuesta

á errar; pero esté V. E. persuadido de que será siempre involuntariamente y siempre con la intención de obrar bien: y puesto que la ocasión me viene á pelo, permítame que le ruegue lo mejor que puedo y sé, que me escuche siempre antes de condenarme.

Durante todo este discurso mío mirábame el Conde fijamente, absorto en profunda meditación y enteramente inmóvil; pero la borla de su birrete de tiempo en tiempo recibía algún pequeño estremecimiento aunque sin mover nada la cabeza.—En esta actitud permaneció algunos momentos todavía después de haber yo cesado de hablar; y después, como asaltado por súbita idea, dióle una sacudida á la campanilla que tenía sobre la mesa, y cogiendo una pluma y un plieguecillo de papel, escribió de un golpe cuatro renglones que había concluído antes de que entrasen á recibir sus órdenes.—*Al Presidente de la Cámara*, le dice á la persona que entra, al tiempo mismo de entregarle el billete. Y después vuelto á mí, exclamó:—No hay mal que por bien no venga, caro Almirante. Le he escrito á Lanza, que no anuncie vuestra promoción, puesto que no la habéis recibido; y así vendréis hoy á la Cámara: puede haber necesidad de dar algunas explicaciones y bueno es que estéis allí. Adiós por ahora. Le espero hoy con su hijo á comer á las seis.—Y entretanto, en señal de despedida, me alarga la mano, que yo llevo á mi corazón, estrechándola contra él fuertemente.

Entro en tales particulares, porque pintan al vivo al hombre que marchaba impávido á formar la Italia, superando toda contrariedad, y también porque mi diario no es solamente *político-militar*, sino también *privado*.

Al salir dirijo mis pasos á casa de Máximo de Azeglio, para subir á verle: son apenas las seis y media.—En las calles hay tal movimiento, que parece que nadie se haya acostado. Estos piemonteses son en verdad enemigos del sueño, y deben de levantarse de noche oscura para tenerlo todo arreglado á estas horas.

Azeglio estará todavía en cama, me digo á mí mismo; nos hemos separado tarde, después de media noche: sin embargo, probemos.

¡Todo menos estar en cama! Está ya á punto de preparar la paleta para pintar.

Le cuento toda mi conversación con Cavour, y no me interrumpe un instante; pero apenas he concluído exclama:

—Siempre te lo he dicho que te la jugarían; y lo que es peor, te la jugarán aún, y peor que nunca.

—¡Pero yo no le hago mal á nadie!

—Cabalmente por esto, porque no temen la revancha. Pero dejemos estas miserias: ¡este es el mundo, querido mío!

Le digo que llevo el relato oficial de la rendición de Ancona por lo que concierne á la marina real, que me le había puesto en el bolsillo para dárselo al Ministro aquella mañana misma, y después no se le había presentado porque no me le había pedido; y además, porque quisiera, le añadí, que tú le echases una mirada antes de copiarle en limpio.

—Oigámosle, pues, al momento. (Y dejó la paleta.) Lee.

Terminada la lectura, que escuchó atentamente, dice:

—Eh, está bien; pero pon los nombres de los comandantes de las naves; y cuando relatas las palabras de La Moricière, añade: *dignas de los altos sentimientos de un soldado francés*; esto hará buen efecto.

—Gracias, gracias y gracias. Figúrate que Cavour quiere que vaya hoy á la Cámara. Si tengo que hablar, no sé cómo me las compondré, yo que jamás he hablado en público. No pensemos en eso. Adiós, adiós.

Estoy contento de las palabras añadidas que me ha sugerido Azeglio. ¡Raro amigo, en verdad!

Me presento á S. A. R. el Príncipe de Saboya Carignano, que me recibe con especial dignación, dándome pruebas, como siempre, de exquisita benevolencia.

Paso al Ministerio de Marina, en donde veo al Marqués Serra Cassano, Secretario general, leal caballero, devoto á Cavour hasta los tuétanos.

Entretanto, llega la hora de encontrarme en la Cámara, y Serra me da prisa también. No imagino lo que de mí se quiere; pero me siento agitado sobremanera, suponiendo que habré de hablar.

Poco después del Mediodía, entro en el salón de sesiones

del Parlamento, y sin que yo lo esperara en modo alguno, soy recibido con una salva de estrepitosos aplausos: S. E. el Presidente del Consejo había sido el primero en darlos. Yo me inclino y doy gracias con la cabeza. Quisiera gritar *¡aplaudamos más bien á Cavour!* pero la voz me falta, siéntome confuso; en vez de hacer digna figura, hágola mezquinísima.

Tomo asiento en mi sitio, dándome golpes el corazón con redoblados latidos y nada contento de mí; pero ya estaba hecho y no había más que paciencia.

Muchos diputados conocidos míos, y otros también á quienes no tengo el honor de conocer personalmente, tienen la bondad de venir á estrecharme la mano. Agradezco de corazón esta cortesía. Y me es grato sobre toda ponderación el abrazo que viene á darme mi óptimo amigo el diputado profesor Silvestre Gherardi (1).

Después de unos momentos, un hujier de la Cámara se acerca á llamarme de parte de una persona que me esperaba en el corredor. Voy al momento. Y era la noble figura de Máximo de Azeglio, que me echa los brazos al cuello, vivamente conmovido, hasta el punto de llorar, por el consuelo de haberme visto poco há tan aplaudido.—¡Ah! Máximo mío, no he sabido proferir lo que pensaba en favor de Cavour.

(1) Me faltaría á mí mismo si dejara de manifestar que Gherardi ha sido amigo constante mío, y lo es más después de haberme herido la desgracia. Las pruebas de raro afecto que recibí de este hombre dignísimo y respetable son tales y tantas, que el recordarlas es uno de los mayores consuelos de mi vida atribulada. Las guardo en lo íntimo de mi corazón, y la gratitud y el cambio recíproco de los más sinceros afectos, me unen á él con lazos indisolubles.

Nuestra amistad es de antigua data; la contragimos del 49 al 50, época en la cual él se encontraba emigrado en Génova, contento de las estrecheces en que vivía por amor de Italia.

Entonces insistía él mucho conmigo para que me ocupara en pro de la oficialidad de la marina veneta, desterrada por la causa misma; lo cual hacía yo con vivo interés, no curando de las pequeñas envidias y rencores que por ello se levantaban en contra de mí. Tal vez no meditaban los más de los míos que lo que hacía yo era en favor de la causa italiana, nunca por falta de afecto á nuestra marina, á la que amaba como cosa propia y tenía en alta estima por las virtudes militares é intachable disciplina, de que dió siempre ejemplo, digno de imitación.

—¿Pero qué querías decir?

—Quería decir que se le aplaudiese á él y no á mí.

—Era buena idea, y hubiera producido buen efecto; pero yo me he gozado mil veces por el alto honor que te se otorgaba y no he pensado en nadie más que en tí.

Hombre digno, incomparable en verdad. ¡Oh! ¡cuán de grado habríame abrazado á sus rodillas! Pero no me lo ha concedido; que bien lo he intentado.

¡Día de grandes emociones fué éste para mí!

Vuelvo á entrar en la Cámara, y convencido por el giro que había tomado la discusión de que no se trataría de Ancona, cuando vi que el Presidente del Consejo se había retirado, me retiré yo también. Pero junto á la puerta de salida me encuentro con cierto Sr. Borghi, oficial en otro tiempo de nuestra marina, que dimitió voluntariamente por un *despique* (1), joven muy erudito, casado en Francia con una noble Srta. Amalia Gobert de Neufmoulin, mujer de elevados sentimientos. Me esperaba hacía rato por el afecto que me tenía, y me colma de frases sumamente corteses, que procuro cortarle lo más que puedo; pero me es imposible conseguir que no me acompañe, por más que le pido que no se incomode.

Apenas pongo el pie en la plaza de Carignano (y él ciertamente lo sabía) (2) cuando recibo una ovación del pueblo.

Pero aquellos aplausos iban á parar á nuestra valerosa marina; y yo conmovido, procuro por todos los medios sustraerme á ellos.

Por fin puedo, sin ser observado, dirigirme á mi alojamiento; y allí me esperaba un montón de tarjetas de visita, la mayor parte, de personas para mí desconocidas.

(1) Cuando se dió á luz mi *Diario*, el Sr. Borghi, comendador ahora y jefe de construcción naval en la real marina, me escribió que él había hecho dimisión del Real servicio por *perjuicio recibido*, no por *despique*. El sentido que yo le di á aquel vocablo, era el de *punto de honor*; pero dado que tiene también otro sentido enteramente distinto, convengo en que si yo hubiera dicho *por un perjuicio recibido* habría indicado mucho mejor el motivo de su dimisión.

(2) El comendador Borghi, al escribirme sobre la palabra *despique*, me manifestó también que él no sabía nada de la ovación.

A las seis me encuentro con mi hijo en casa del Conde de Cavour, y aún no había podido abrazar á mi mujer, porque habitaba con su hermana la Condesa de Cigala (1) en la Viña de la Reina, en un departamento destinado por exquisita cortesía del Rey al General Enrique de Cigala, ayudante de campo de S. M. y director general de las reales caballerizas. Iré allá esta noche sin falta, apenas salga de la comida. Así lo he hecho y ha sido para mí un momento feliz el de arrojarme en sus brazos, pues no es dable ser mejor de lo que ella es.

La noche la paso en familia, y jamás he experimentado mayor contento.

3. Por la mañana temprano entro en la ciudad.

Vuelvo á ver á Azeglio, al secretario general de la marina y á varios otros.

El relato oficial de las operaciones de la marina real en el ataque de Ancona está pronto. No falta más que presentarlo; y lo haré cuanto antes.

4. Tomo parte en la sesión de hoy de la Cámara.

5. Todo el día le paso en familia en la Viña de la Reina, en donde advierto que me busquen, si es menester.

6. Paso la mañana entera con Máximo de Azeglio, y guardo como un tesoro cuanto me dice sobre nuestras cosas.

Hacia las dos de la tarde, un hujier del Ministerio del Exterior me lleva un recado de S. E. el Conde de Cavour, diciéndome que me estaba esperando en su casa.—Corro allá, y al punto me introducen en su despacho.—Le encuentro escuchando atentamente cuanto le refiere un señor enviado de Nápoles por el cónsul Fasciotti.

—A tiempo llega, Persano; es menester que parta para Nápoles directamente.

—Estoy pronto, Excelencia, por el primer tren.

—Sí, vaya; pero antes tengo que hablarle.

El señor con quien estaba en íntima conferencia retírase á

(1) No puedo menos de expresar aquí hacia ella los más sinceros sentimientos de afecto y gratitud por la amistad verdadera que me demostró en momentos en que tales hechos cobran el mayor valor.

la cámara vecina á invitación del Ministro, y luego que nos quedamos solos comienza á decirme:—Las cosas no van como deben ir, Persano. Aquel Mazzini quiere ser la ruina de la empresa que estaba ya en tan buen camino; y lo peor es que el General Garibaldi le da oídos. Le fascinan con Roma, Niza, ¡y qué sé yo! Entretanto, estamos á punto de que el Austria se nos venga encima. No nos desconcertaremos por esto; pero no asustemos á la Europa con ideas republicanas y otros malos agujeros enteramente fuera de tiempo y lugar. Es menester que perdamos de nuestro derecho lo menos posible. Dígale francamente al General Garibaldi, que marchando por la senda proclamada por Mazzini, perderemos sin remedio la partida hoy ya vencida, si no es que sucede cosa peor. Persúadale de la importancia suma de no cometer imprudencias, y de caminar en perfecto acuerdo él y yo. Tiene influencia sobre él, y estoy seguro de que le escuchará; además, él es amigo de Bertani, otra cabeza á propósito para girar por nubes, y querer aquello que no se puede tener. Hable también con él en el mismo sentido. En suma, Persano, tengo plena confianza en V., y ya conoce las miras mías y mis intenciones: constituir la Italia, sin dejarnos dominar por la revolución. Trabaje para ello todo cuanto pueda y sepa, que es el camino único que puede conducirnos salvos al glorioso fin; de otro modo, no sé lo que sucederá.

Al llegar á Nápoles tome el mando de nuestras fuerzas de tierra y mar; ayude eficazmente al General Garibaldi, cuando á su juicio deba hacerse esto para sacarle adelante; y en otro caso, espere á que le sean pedidos los refuerzos, y entonces los dará sin vacilar y todos aquellos de que pueda disponer; y tenemos además el telégrafo para los casos imprevistos. Téngame al corriente de todo, día por día, hablándome francamente, como acostumbra á hacerlo. Parece que la resistencia en el Volturno se hace firme; no querría que le tocara al General alguna mala jornada; pero pronto estaremos nosotros á la espalda del enemigo para librarle de todo embrollo. Apenas esté en Nápoles, vea de ponerse en comunicación con el General Fanti, y siga sus indicaciones para los movimientos de las tropas que le llegarán de Mamfredonia.

Y que Dios le bendiga, Almirante, y hagamos la Italia.

A tales palabras dichas por el grande hombre con aquel acento que sale propiamente del corazón, respondí todo conmovido:

—Cuenta con seguridad, Excelencia, con mis fuerzas en lo que valgan, y no dude que jamás han de faltarle. Pero antes de separarnos, permítame una observación; me parece á mí que para poder inducir al General Garibaldi á no desviarse del camino justo, convendría ante todo procurar no hacerle sombra con las personas puestas al lado del Rey revestidas de cargos supremos. Farini, Excelencia, no es ciertamente acepto al General; antes creo que le odia. ¿No se le podría llamar al Ministerio, y reemplazarle con otro en el alto cargo que desempeña al lado de S. M.?

—Comprendo—respondió—á dónde se dirige su observación, pero ya conoce al Rey y sabe cuán fácil le es á quien le coja por el lado de la causa de Italia, ó le ponga ante los ojos algún generoso y atrevido proyecto, el ejercer sobre su ánimo grande influencia. Por donde si el General lograra ser escuchado del Rey y arrancarle alguna promesa intempestiva, ni él ni los suyos se guardarían de publicarlo á los cuatro vientos; y todo se habría perdido, Persano mío, y acaso hasta la dinastía sería arruinada. Farini conoce por completo la situación política de Europa y sabe hasta dónde podemos llegar; tiene gran capacidad; es firme, y lo que vale más, tiene influencia absoluta sobre él: no tenemos quien pueda reemplazarle en las circunstancias presentes.

—Entonces, venid vos, Excelencia.

—¿Cómo alejarme del Ministerio y de la Cámara en estos momentos?

—Es verdad, no se puede por nada del mundo; pero retire á lo menos á Fanti, y dé el cargo de jefe de Estado Mayor á Cialdini, que no tiene precedentes que le hagan chocar con el General.

—También en este caso, Persano, debo atenerme á los hechos; y Fanti demostró en la empresa de la Umbría que sabe para bien de la Nación poner dique á las precipitaciones de Garibaldi, y si queremos formar la Italia, es menes-

ter preverlo todo, estar prontos á todo y temerlo todo (1).

—No sé qué replicar, Excelencia; pero el hueso que pone entre mis manos es harto más duro que aquel que antes tuve en ellas.

—Pero bien valdrá también para esto.

—Tengo buena voluntad, Excelencia, nada más; pero me guiaré por ella y obedeceré: helo aquí todo.

Después de una pequeña pausa, durante la cual le encontré preocupado, frotándose las manos y tomando un aire alegre, dijo sin vacilar:

—Saldremos adelante, Persano. Ahora, buen viaje. Escribame luego que llegue á Nápoles, y dígame sin reserva lo que juzgue que deba hacerse. Marche con la *Garibaldi*, que está en Génova, en donde Piola que la manda hace lo que no debería hacer, manteniéndose además independiente en un todo de aquel mandó general. Llámele al deber; y si es menester, sepárele sin vacilar. Y entretanto, he aquí el decreto de su nombramiento para Vicealmirante. Adiós, Conde Persano;—y me abraza.

Salgo escapado, y tomando una carrocilla, le hago que me conduzca á la Viña de la Reina. Vuelvo á abrazar á mi mujer, y regreso al momento á la ciudad.

Me despido de S. A. R. el Príncipe de Carignano.

Paso, por último, por casa de Máximo de Azeglio, á quien hallo preocupado por la actitud amenazadora que toma el Austria.

—Napoleón está ahí para nuestra salvaguardia—dice;—*pero nos hemos engolfado en un tremendo matorral.* Compren-

(1) El que quiera conocer el quehacer inmenso que tenía entre manos el Conde de Cavour, para vencer las serias oposiciones diplomáticas que por todas partes le surgían contra el proseguimiento de nuestra unificación nacional, que lea los documentos públicos é inéditos de Nicomedes Bianchi, en su precioso libro intitulado *El Conde Camilo de Cavour*. Y verá cómo por amor de Italia y de nuestra independencia nacional, tenía obligación sagrada de ser sobremanera circunspecto en el manejo de nuestras cosas públicas y de no descuidar nada para impedir actos imprudentes, aunque generosos, que pudiesen no solamente embarazar todo adelanto, sino aun echar por tierra lo que habíamos conquistado.

do que, como me has dicho, nos hayamos visto arrastrados por los cabellos: mas con todó eso, ya lo sabes, habría yo preferido una política más abierta, aunque se encaminara al mismísimo objeto. Ahora, al punto en que estamos, no se puede ya retroceder, y el Gobierno tiene el apoyo de todas las fuerzas. Que Dios te depare buena suerte, caro amigo; adiós de corazón. Escribe, escribe y escribe. No te hagas tanto de desear.

Me separo de él con el corazón oprimido. Corro á mi alojamiento, hago mi equipaje, marchando de corrida á la estación. Llego con pocos minutos de retraso y me toca esperar al tren siguiente. No dejo, sin embargo, la estación: que aquí es en donde debo esperar. Aviso á S. E. el Ministro de la Marina del contratiempo ocurrido; y parto luego á mi destino con el último tren de la tarde.

7. Llego á Génova. El jefe de estación me dice que ayer vino en corporación á esperarme toda la oficialidad de la marina real; y en medio de la mucha gratitud que experimento por este acto delicado, me alegro, sin embargo, del contratiempo, que con retardar mi partida de Turín me ha hecho llegar sin ser esperado.

Lo primero voy á ver al comandante general de la marina, y para ahorrar tiempo, envío mi equipaje á bordo de la *Garibaldi*, advirtiéndole que hacia las diez de aquella mañana pondré el pie en dicha nave; y que enviasen por tanto una lancha para esperarme en el puente llamado *delle legna*.

El comandante general está furioso contra Piola, que ha faltado á la disciplina, declarándose independiente de sus órdenes; y me da una carta autógrafa del Conde de Cavour, que transcribo, dirigida al secretario general de la marina, Marqués de Serra Cassano, que éste le ha enviado para que se me entregara como autorización para quitarle el mando á aquel oficial superior.

Hela aquí: no tiene fecha.

«Caro Marqués:

Le envío la carta adjunta del comandante general. Comuníquela á Persano y concierten lo que deba hacerse. Si Piola no cede, que Persano le separe y destine otro oficial á mandar la fragata.

El vapor el *Eléctrico* ha llegado: que disponga de él Per- sano.

Suyo siempre, C. CAVOUR.»

Aunque yo no pueda aprobar el comportamiento de Piola en su polémica con el comandante general, pienso que su separación tal cual por éste se me indica, sería excesivo castigo y le produciría gran disgusto al General Garibaldi; cosa que debe evitarse á toda costa, si se quiere marchar de acuerdo con él; por lo cual, replico al referido comandante que dejándose, por decirlo así, á mi arbitrio aquella separación, me abstendré de darle curso, puesto que enarbolándose esta mañana misma mi bandera de mando sobre la *Garibaldi*, Piola venía á encontrarse, si no de nombre, de hecho separado en verdad.

El comandante general se muestra satisfecho de esta solución.

Le informo después de que, según las órdenes de S. E. el Ministro de la Marina, dejaré cuanto antes el puerto de Génova con dirección á Nápoles. *

Telegrafío á S. E. el Conde de Cavour la razón por que no había creído oportuno quitar el mando á Piola, y responde aprobándolo.

8. Se completan los víveres y el carbón.

9. Estando la *Garibaldi* pronta para la marcha, me des- pido formalmente del comandante general y dejo á las seis de la tarde las aguas de Génova con rumbo á Nápoles.

10. Por la mañana llego al golfo de Nápoles y hago echar anclas en la pequeña rada.

La división naval puesta á mi mando, que ahora toma el nombre de escuadra, no está aún reunida.

A las ocho de la mañana los buques de guerra nacionales y extranjeros saludan mi nueva bandera de mando.—Se responde.

Encuentro en el mando de la marina la orden del día dada por S. M. á la armada, fecha en Ancona á 4 de octubre de 1860.

Permítaseme reproducirla para gloria de la marina militar italiana:

«*¡Soldados de la marina!*

Habéis merecido bien de mí y de la patria.

Vuestras hazañas bajo los muros de Ancona son dignas de los herederos de las glorias de Pisa, de Venecia y de Génova.

¡Soldados!

La nación os mira con orgullo, vuestro Rey os da las gracias. Son grandes los destinos de la marina italiana.

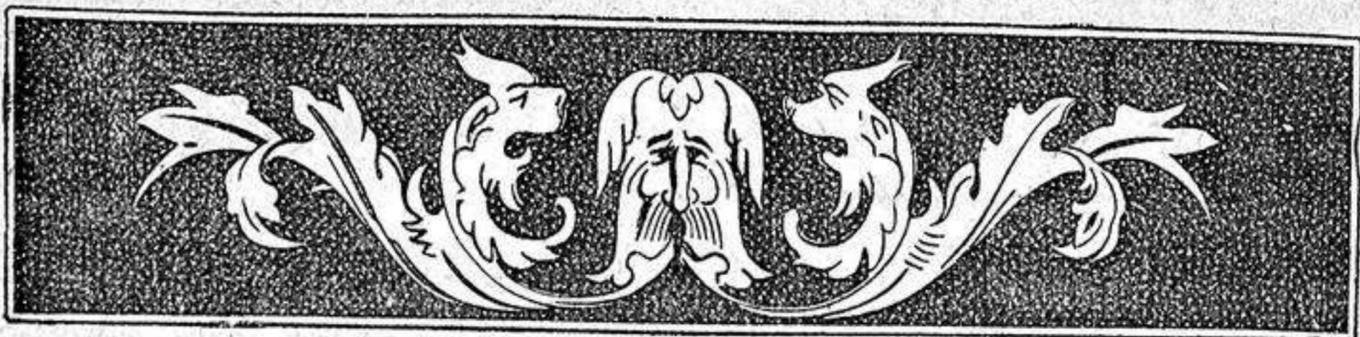
VÍCTOR MANUEL.»

Con estas lisonjeras palabras del Rey, que son honor impercedero para la marina italiana, pongo término á la tercera parte de mi diario.

CARLOS M.^a PERIER.

(Se continuará.)





UNA PUBLICACION NOTABLE

El Libro de descripción de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones, escrito y dibujado por Francisco Pacheco; reproducido por la fototipia y publicado por D. José María Asensio.

I.

ENTRE las varias partes que constituyen la ciencia de la Historia, suele ser considerada la biografía como una de las de menor importancia, y sin embargo, es evidente que el conocimiento de la vida de los santos y de los sabios, de los artistas y de los guerreros, es medio efficacísimo de educar el espíritu, mostrando como en ocasiones la acción individual ejerce notable influencia en la civilización de los pueblos. Aparte de esto, los admiradores de los varones famosos sienten irresistibles deseos de conocer las particularidades de su vida, para comparar sus *dichos con sus hechos*; aunque alguna vez de esta comparación haya resultado la triste enseñanza de que pueden reunirse en una misma persona un pensamiento de oro y un corazón de cieno.

El ilustrado poseedor del libro cuyo examen ha de servir de asunto al presente artículo, el inteligente cervantista sevillano D. José María Asensio, ha observado que: «Todos cuantos han tratado de escribir la historia de alguno de los

ilustres hijos de nuestra nación española, han recordado y repetido involuntariamente los conceptos del docto P. Juan de Mariana, porque expresan con grande exactitud las dificultades que se tocan en toda investigación biográfica. España se ha cuidado más de producir hombres ilustres, que de narrar sus hechos.... Cierto es, en verdad. En España más abundan las hazañas que sus historiadores, como decía el sabio jesuita.»

Así como el individuo humano suele transformar sus defectos ó sus vicios en virtudes por medio de sencillos cambios de nombre, tales como llamar dignidad á la soberbia, y humildad á la bajeza; economía á la avaricia, y liberalidad al despilfarro; prudencia al miedo, y valentía á la insensata temeridad; así también ciertos escritores que quieren alardear de patriotismo, pretenden deducir de las palabras del P. Mariana que *vale más ser Aquiles, que el cantor de Aquiles*; esto es, que vale más realizar hazañas, que conservar la memoria de ellas en históricos relatos; y tal afirmación es verdadera; pero también es cierto que el pueblo que lleva á cabo grandes empresas, que conserva su recuerdo en las páginas de su historia, y que consagra á sus hijos ilustres tributo de justas alabanzas en obras biográficas y en poemas heroicos, *ese pueblo es á la vez Aquiles y el cantor de Aquiles*; la fuerza que hace, y el pensamiento que inmortaliza, en la ciencia, con la verdad que guía la pluma del historiador, y en el arte, con la belleza que inspira la mente del poeta.

II.

Las consideraciones que anteceden sirven para indicar los aplausos que en España debían tributarse á *El libro de descripción de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones*, escrito y dibujado por Francisco Pacheco, reproducido por la foto-tipia, y publicado por D. José María Asensio, libro cuya curiosísima historia relataremos aquí con toda la brevedad que nos sea posible.

En los comienzos del siglo XVII, era la casa del pintor Francisco Pacheco, al decir de D. Antonio Palomino, cárcel dorada del arte, academia y escuela de los mayores ingenios de Sevilla. «Reuníanse en ella, según nos cuenta el Sr. Asensio, una tertulia artística y literaria á un tiempo, á la que concurrían con frecuencia los más insignes oradores sagrados de aquellos días y los poetas de mayor estro y más alegre inspiración. Alguna vez aparecieron en ella Lope de Vega ó Cervantes, Pablo de Céspedes ó Vicente Espinel; pero por lo común formaban la reunión los hijos más ilustres de Sevilla.

»Allí se debatían en amigable controversia los más delicados puntos del arte; allí se consultaban las obras preparadas para salir al público. Tal vez en pos de algún párrafo de severa prosa del P. Valderrama, se escuchó en aquella artística sociedad la primera lectura de *Rinconete y Cortadillo*, ó de alguno de los *Descansos* del escudero Marcos de Obregón; tras de una oda de Fernando de Herrera, se leerían allí algunos picarescos *refranes glosados* por el maestro Mallara, ó alguna zumbona letrilla de Baltasar del Alcázar ó de don Juan de Salinas y Castro.

»Francisco Pacheco, al ver llegar á su reunión tantos varones notables, tuvo la feliz idea de irlos retratando, y la delicada atención de añadir á cada imagen un resumen ó elogio, en el cual daba noticias de la vida y de las obras del personaje. De este pensamiento, que comenzó á poner en ejecución siendo todavía muy joven, y que prosiguió por más de cincuenta años, dejó noticia bastante clara y circunstanciada en su libro del *Arte de la pintura*. Habla en él doctamente de las cualidades de los retratos, cita célebres artistas y valientes cuadros, y añade: «Haré memoria de los míos, de lápiz negro y rojo (si es permitido), tomando por principal intento entresacar de todos hasta ciento, eminentes en todas facultades; hurtando para esto el tiempo que otros dan á recreaciones; peleando por vencer las dificultades de luces y de perfiles, como entretenimiento libre de obligación; bien pasaran de ciento y setenta los hechos hasta aquí, atreviéndome á hacer algunos de mujeres. De su calidad podrán hablar otros cuando desaparezcan estas vanas sombras.»

III.

Hemos visto cómo se formó la colección de retratos dibujados por Francisco Pacheco, y ahora nos toca explicar cómo se deshizo esta colección y la parte que de ella se conserva, gracias á la diligencia y al amor á nuestras glorias patrias del Sr. D. José María Asensio.

A la muerte de Pacheco, *El Libro de descripción de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones*, no estaba concluído. El historiador de Sevilla, D. Diego Ortiz de Zúñiga, dice lo que sigue: «Francisco Pacheco, pintor excelente en el dibujo y docto en buenas letras..... iba formando un libro de retratos de personas notables de Sevilla, con elogios y breves compendios de sus vidas, de que he visto y tenido algunos. Perdióse á su muerte, dividiéndose en varios aficionados.»

De los ciento setenta retratos que en el año 1649 tenía pintados Pacheco, según nos dice él mismo en su *Arte de la pintura*, publicado en dicho año, se han salvado, ó para mejor decir, el Sr. Asensio ha conseguido librar de la destructora ley del tiempo, nada menos que *sesenta y tres retratos*, reproduciendo los dibujos por medio de la foto-cromo-tipia, formando con estas reproducciones y los elogios escritos por Pacheco, un volumen ameno por las poesías que en él aparecen de los mejores ingenios del siglo XVII, instructivo por las nuevas noticias biográficas que en sus páginas se hallan, y de atractiva curiosidad por presentar retratos de varones famosos que hasta el presente eran de todo punto desconocidos.

La historia de la adquisición del fragmento del libro de los retratos de Pacheco, por el Sr. Asensio, es por extremo interesante; pero su relato apartaría la atención de nuestros lectores del fin que nos proponemos realizar en estos apuntes críticos; y además, en una de las cartas que escribía en la *Revista Británica* Mr. Antonio de Latour, contó las sin-

gulares peripecias que pusieron en grave riesgo la conservación del manuscrito y retratos que hoy publica el Sr. Asensio, y los medios y combinaciones, casi nos atreveríamos á calificar de diplomáticas, que hubo necesidad de emplear para que llegasen á manos de su actual poseedor, y como este interesante relato de Mr. Latour ha de formar parte de la obra del Sr. Asensio, que servirá de introducción al libro de Pacheco, no nos parece conveniente tratar aquí de lo que en la indicada obra ha de constituir el asunto de mayor importancia crítico-bibliográfica de cuantos en sus páginas se diluciden.

IV.

Acabamos de indicarlo, pero bueno será decirlo con toda claridad. El Sr. Asensio está publicando una exacta reproducción del *Libro de descripción de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones*; y consagrará otro volumen á historiar la vida de Francisco Pacheco, dando noticia de sus escritos y relatando muy al pormenor el nacimiento y formación de dicho libro, su casi total desaparición durante largos años, y las singulares circunstancias, cuyo feliz desenlace ha sido causa de que los estudiosos puedan disfrutar un considerable fragmento de la obra pictórica y literaria del insigne Pacheco, que era á la vez pintor y poeta, con sus puntas y ribetes de teólogo y humanista.

Entre los sesenta y tres retratos que constituyen la primera parte de la publicación del Sr. Asensio, eran desconocidos los de los poetas Baltasar del Alcázar y Gutierre de Cetina, los de los pintores Luis de Vargas y Pedro Campaña, y el del panegirista de D. Alonso de Ercilla, Cristóbal Mosquera de Figueroa. También era desconocido el retrato que ahora publica el Sr. Asensio de un fundidor de artillería llamado Francisco Ballesteros, contemporáneo de Pacheco, que fué el primero que fabricó cañones cargados por la culata; invención que más de cien años después había de reproducir el Conde

de Casa-Sarria y el ilustre marino D. Juan Ruiz de Apodaca, Conde del Venadito, y que sólo ha llegado á adoptarse cuando los extranjeros han puesto en práctica una idea que nació en España, y que los españoles desecharon con irreflexiva precipitación.

Los dos Luises, el autor de *La Perfecta casada* y el de *La Guía de pecadores*, el divino Fernando de Herrera, el gran escritor D. Francisco de Quevedo, el sabio Benito Arias Montano, el genealogista Gonzalo Argote de Molina, el maestro Juan de Malara, el pintor y poeta Pablo de Céspedes, el Rey D. Felipe II, el docto caballero Pedro Mexía... basta la relación de estos nombres para que se comprenda el que el libro donde se hallan los retratos de tan célebres varones, y los elogios de ellos, escritos por un contemporáneo suyo, es una joya artística y un documento histórico de grandísima autoridad.

Describiendo este libro, dice Mr. Antonio de Latour que contiene cincuenta y seis retratos y cuarenta y cuatro noticias biográficas escritas de puño y letra de Pacheco, con una perfección tal, que nos recuerda los grandes calígrafos del siglo XVII. «Es una obra—dice Mr. Latour—admirablemente *pintada*, ya se considere bajo el punto de vista literario, ya bajo el punto de vista artístico... Son los retratos bustos de unas ocho pulgadas de altura, de los que corresponden dos á la cabeza; cada uno está encerrado en un cuadro delineado y enriquecido con adornos dibujados á la pluma, habiendo cuidado Pacheco de que estos adornos fueran alegóricos al talento ó al carácter del personaje retratado. Los de los poetas, en particular, ostentan una corona de laurel. Encima de cada retrato se lee un versículo de la Escritura, que viene á ser un resumen de la vida del modelo, y frecuentemente un juicio acerca del mismo. Las figuras están dibujadas á dos lápices, rojo y negro, con una delicadeza que se acerca á la miniatura, y con una vivacidad tal de expresión, que, apesar del tiempo transcurrido, conservan todas ellas los rasgos del genio que las animó. Aquellos ojos hablan todavía después de los dos siglos que han pasado; y de los labios de Quevedo, por ejemplo, se espera oír sus agudos epi-

gramas ó sus mordaces sátiras. Diríase que Fr. Luis de Granada va á leernos alguna página de sus inmortales obras; y que la profunda mirada de Fr. Luis de León se anima inspirada con los primeros versos de su magnífica oda:

Qué descansada vida
 La del que huye el mundanal ruído,
 Y sigue la escondida
 Senda por donde han ido
 Los pocos sabios que en el mundo han sido.

V.

No desvirtuemos las atinadas apreciaciones de Mr. de Lattour con inútiles, cuando no perjudiciales comentarios. Lo dicho basta para señalar el mérito, como obra de arte, y la importancia como documento histórico del libro de retratos del pintor y biógrafo Francisco Pacheco.

Un docto jesuita, el P. Antonio Codorniu, en su obra *Indice de la filosofía moral*, exclama: «¿Y qué es la Historia sino el abonado testigo de los tiempos, la clara luz de la verdad, la vida dulce de la memoria y la experimentada maestra de la vida? ¿Qué es la Historia, sino un severo fiscal de los vicios y elocuente panegirista de las virtudes? ¿Qué es la Historia, sino fama póstuma de los hombres ilustres, y padrón infame de los ruines? Demás de esto, ¿qué gusto más racional, que sin moverse de la silla tener presente el mundo que ya pasó? Todas las fortunas, prósperas y contrarias; todos los lances rodados, arduos y sutiles; la felicidad no esperada y la tragedia no temida, y en una palabra, retroceder, sin haber nacido antes, hasta el principio del mundo, y correrle todo, como si desde entonces hubieras vivido hasta ahora.»

Si el P. Codorniu discurre acertadamente en el pasaje de su *Indice de filosofía moral*, que de copiar acabamos, evidente es el servicio que prestan á la cultura humana los escritores

que consagran su inteligencia al estudio de la Historia. Y esto es así, porque el conocimiento reflexivo de la Historia es el medio más seguro para saber lo que *será*, sabiendo lo que ya *ha sido*. Parece que la Historia es conocimiento de lo pasado, cuando realmente puede y debe ser adivinación de lo por venir.

Y si en general es útil el estudio de la Historia, eslo aún en mayor grado el estudio de la historia de las ciencias y de las letras. La historia de las ciencias presenta el reflejo de los progresos de la civilización universal. La historia de las letras, la historia de la literatura, de la poesía, como quiera decirse, es claro espejo donde se retratan las virtudes, los vicios, las pasiones, en suma, todos los sentimientos que agitan los corazones de los seres humanos. Y sin embargo, como observaba el erudito D. Cayetano Alberto de la Barrera, en nuestra patria la historia de la literatura, y lo mismo puede decirse de la historia de la ciencia, está casi desconocida; bien es verdad, que hasta hace poco tiempo, no sólo en España, sino en toda Europa, la Historia se reducía la mayor parte de las veces á la relación de batallas, tratados de paz, cambios de legislación política, en suma, á todo lo que toca á la vida externa de los pueblos, pero describiendo las batallas sin conocimientos militares; hablando de los tratados de paz y cambios de legislación sin criterio jurídico, y así en los demás asuntos.

Hoy la Historia, despojándose de su antiguo carácter, que tanto la asemejaba á las obras dramáticas ó novelescas, investiga pacientemente las menudencias, para poder llegar á conclusiones fundadas en la ley que rige la sucesión de los hechos humanos. Así, y hora ya de volver á tratar del libro de Pacheco, puede decirse con entera verdad, que el señor Asensio es merecedor de singular aplauso por haber puesto al alcance de los estudiosos, una notable colección de biografías y retratos de españoles ilustres, que sin su inteligente y patriótica iniciativa, acaso hubiera desaparecido para siempre, ó cuando menos, es lo probable que hubiera salido de España para enriquecer los estantes de alguna biblioteca extranjera.

VI.

Nos acercamos al fin de este escrito; pero antes de darlo por terminado, debemos indicar, siquiera sea someramente, la importancia y el mérito de la vida de Francisco Pacheco, que ha de servir de introducción á *El Libro de los retratos*. Esta obra del Sr. Asensio es ya conocida del público, pues hace algunos años que la dió á la estampa, formando con ella un volumen que se intitula: *Francisco Pacheco y sus obras artísticas y literarias*. Leyendo este libro, y ya hemos citado de él varios pasajes en el curso del presente artículo; leyendo este libro se forma cabal idea del carácter y de la inteligencia del maestro y suegro del gran Velázquez.

En vano dijo la sátira mordaz contemplando un Cristo pintado por el autor de *El Libro de los retratos*:

¿Quién os puso así, Señor,
Tan descarnado y tan seco?
Vos me diréis que el amor,
Y yo digo que Pacheco.

«De su calidad, la de sus retratos, podrán hablar otros cuando desaparezcan estas vanas sombras.» Así contestó Pacheco á sus apasionados censores, según hace notar el señor Asensio. Y aún cabe añadir, que si una ilustre casa de Sevilla ostentaba en sus blasones un lema que decía: *Non descendemos de Reyes, sino los Reyes de nos*, el autor del Cristo descarnado y seco, pudo decir: *No soy un genio pictórico, pero lo es un discípulo mío*; porque en realidad de verdad, siempre la gloria de D. Diego Velázquez eternizará el nombre de su maestro Francisco Pacheco.

Quevedo, el ilustre polígrafo; Quevedo, que no pecaba de

adulador, dice en su composición poética, *En alabanza de la pintura de algunos pintores españoles*:

Por ti, honor de Sevilla,
El docto, el erudito, el virtuoso
Pacheco, con el lápiz ingenioso
Guarda aquellos varones
Que honraron las naciones,
Sin que la semejanza
A los colores deba su alabanza,
Que del carbón y plomo parecida
Reciben semejanza y alma y vida.

D. Francisco de Medrano, en un soneto dedicado á elogi-
ar el retrato de un ilustre sevillano, pintado por Pacheco,
dice así:

Este breve retrato los mayores
Dos varones que al mundo dió Sevilla,
Nos ofrece á los ojos; maravilla
Ambos, y emulación de los mejores.

Resumiendo: escritor didáctico en su libro *Arte de la pintura*; polemista teológico en dos opúsculos de que luego trataremos; poeta lírico y biógrafo, el pintor Pacheco demostró en la variedad de sus escritos que su ingenio pasaba fácilmente desde la ligereza del epigrama á la reposada controversia de las opiniones teológicas; y desde el entusiasmo de la poesía, á la severa exposición de la preceptiva del arte pictórico.

VII.

Consagraremos algunas breves consideraciones á los dos opúsculos antes mencionados, por la singularidad del caso

que en ellos se presenta, de un pintor escribiendo sobre materias teológicas.

El primero de los dichos opúsculos es una defensa de la declaración de Santa Teresa de Jesús como compatrona de España, contestando al *Memorial* en que D. Francisco de Quevedo impugnaba esta declaración; y el segundo es un diálogo entre un *Tomista* y un *Congregado*, en que éste último procura demostrar la verdad de la creencia en la Inmaculada Concepción de la Virgen Madre de Jesucristo. El señor Asensio ha insertado estos opúsculos entre los apéndices de su vida de Pacheco, y ciertamente que en ello se ve reflejado claramente el espíritu de su autor, espíritu más creyente que filosófico, y más dado á investigaciones eruditas que á reflexiva meditación. Así vemos que la entonces ardua controversia acerca del hoy definido dogma de la Inmaculada Concepción, la resuelve Pacheco con cuatro versos de Fr. Damián de Vegas, que dicen:

Desáteme el más agudo
Este argumento preciso:
¿Ó pudo Dios y no quiso,
Ó quiso Dios y no pudo?

Esto es; siendo evidente que convenía á la gloria de Jesús que la Virgen María estuviese libre del pecado original; si así no hubiera sucedido, ó Dios podía y no quiso hacerlo, ó Dios quiso y no pudo hacerlo; y ambos términos del dilema resultan absurdos. Lo malo es, que este mismo dilema es el que planteaba un sofista griego diciendo, que el mal existía, ó porque Dios no podía evitarlo, ó porque Dios no quería evitarlo, cuyas dos conclusiones también resultan absurdas. Decididamente las agudezas del ingenio poético no sirven para resolver cuestiones de teología dogmática.

Para concluir este artículo con algo que sea más entretenido que los juicios literarios y disquisiciones bibliográficas que hasta ahora han ocupado nuestra atención, copiaremos aquí el cuento epigramático con que Pacheco termina el primero de los opúsculos antes citados. Dice así:

Era en la sazón dichosa,
Cuando ajena de alegría,
A su Esposo y Rey hacía
Honras la Sagrada Esposa.

Y andando en su movimiento
Un loco encontró un lanzón,
Y al punto le dió afición
De guardar el monumento.

Puesto en su ejercicio pío,
Vido acercarse á rezar
A un honrado del lugar,
Pero en fama de judío.

Con su aprensivo recelo
Enarboló la cruel
Asta, con que dió con él
Más que aturdido en el suelo.

Y al pueblo que lo cercó,
Para vengar esta injuria,
Daba voces con gran furia:
—«¿Hemos de guardar ó no?»

Fabio amigo, la razón
Siga su camino quieto,
Que nunca el celo indiscreto
Alcanza reformación.

A juzgar por este cuento, su autor no parece muy aficionado á los procedimientos de fuerza, como medios oportunos para conseguir la reforma de las costumbres; y de aquí podría deducirse que la Inquisición..... pero recordamos en este momento aquel antiguo proverbio que dice: «Con el Rey y la Inquisición, chitón;» y ponemos fin á nuestra tarea, felicitando á D. José María Asensio por su erudita biografía de Pacheco, y por su notable reproducción de *El Libro de descripción de los verdaderos retratos de ilustres y memorables varones*, porque así en aquella biografía, como en esta reproducción, se hallan datos de singular valer para la historia de la pintura y de las letras españolas. Triste es decirlo; pero en verdad que los trabajos históricos del Sr. Asensio aún no

han sido estimados en todo lo que merecen. Sin duda el biógrafo de Pacheco no pertenece á ninguna sociedad de elogios mutuos, falta grave de la que debe enmendarse..... no, mérito que le honra aún mucho más que su constante laboriosidad, y la innegable importancia de sus producciones literarias.

LUIS VIDART.

Madrid, 20 de Junio de 1884.





LA ODA

ESBOZO HISTÓRICO-CRÍTICO.

CONTINUACIÓN (1)



REPARACIÓN también para el *Canto Secular* se ha supuesto la oda *A la Lira* «*Poscimus, si quid...*» (XXXII, lib. I.)

Lira sonora, con quien pude un día
de ameno prado en la quietud contento
al fresco viento, reposar tranquilo
plácidas horas...

Ven á mis manos, y en cadentes ritmos
haz que mi canto se remonte al cielo,
y acá en el suelo que inmortales sean
haz mis acordes.

(Traducción de J. JOSÉ MICHEO.)

Esta invocación *A la Lira* no parece, por la gracia juguetona y la elegante sencillez que exhibe en sus períodos sáficos, introducción adecuada del himno pindárico de la fiesta secular. Si está escrito en el metro vulgarizado por Horacio en Roma y expresa el vivo deseo de que su lira, aquí tan ligera

(1) Véase la pág. 470 del tomo L.

y retozona, llegue á inmortalizar sus acordes, aquella fácil coincidencia y esta noble aspiración lo mismo se pueden relacionar con aquel himno á Apolo que con cualquier otro canto menos solemne. Todo poeta, que se cree verdaderamente inspirado, espera los honores de la inmortalidad. Y no es el canto secular, con ser excelente, el laurel más brillante de la corona de Horacio; aunque la magnificencia y publicidad del acto en que la oda religiosa del venusino había de cantarse, le obligasen y comprometiesen á hacer alarde pomposo de su lirismo.

El origen de la fiesta secular se remonta á la primera época de Roma. Cuenta Valerio Máximo que un labrador sabino, llamado Valesio, viendo á sus hijos moribundos al rigor de la peste que afligía la comarca, lloró y pidió á sus dioses lares que él solo recibiese todos los males que hubieran de caer sobre su familia. Una voz misteriosa le aconsejó bajar con sus hijos enfermos á un lugar de las orillas del Tíber, llamado Terento, donde el agua calentada sobre el altar de Pluton y Proserpina debía restituir la apetecida salud. El afligido padre, haciendo lo que le aconsejaba la voz del numen, tuvo la dicha de abrazar á sus hijos libres de la terrible enfermedad. El sabino demostró su agradecimiento con suntuosas fiestas y sacrificios.

A la mitad del siglo III de la fundación de Roma, asolado el país por los estragos de la peste, P. Valerio Públicola hizo sacrificios, y renovó antiguas preces en el altar de los mismos dioses infernales, y tornó la salud pública á derramar sus favores. Sesenta años después se renovaron las ceremonias religiosas y se añadieron las prevenidas en los libros sibilinos. Andando los tiempos, la fiesta se celebraba cada ciento ó ciento diez años, que era la duración variable del siglo. Estos centenarios eran las fiestas seculares, celebradas con extraordinaria magnificencia.

No faltan comentadores de Horacio que les señalan diversos orígenes; pero todos convienen en que fueron instituídas para aplacar la ira de los dioses infernales, y se repetían periódicamente, verificándose también al temerse ó sobrevenir una gran calamidad.

El *Carmen seculare*, de Horacio, fué escrito por encargo especial de Augusto para las fiestas que se celebraron el 737 de Roma, siendo cónsules C. Furnio y C. Junio Silano.

Es este un himno, en todo el rigor de la palabra. Se cantó, y en alabanza de los dioses. Lleno de gravedad majestuosa, pierde en movimiento lírico lo que gana en enfática solemnidad. La forma coreada de que necesariamente se reviste, como por disposición de la sibila, le realza y presta la majestad de la religión, que le convierte en algo sublime de su liturgia.

Agudos críticos y gramáticos hallan incorrecciones en sus versos. Indudablemente, Horacio puso su esmero en un himno destinado á cantarse en público y en circunstancias solemnes. Esos lunares métricos, ¿serán tales lunares, ó no serán más que exigencias ineludibles del canto? Conocemos mal, ó, mejor dicho, no conocemos la verdadera pronunciación de los latinos; trabajamos por saborear las recónditas armonías de sus versos; ¿y hemos de estar ciertos de señalar en el canto secular de Horacio tan extrañas irregularidades?

Una hermosa traducción (M. M. Pelayo) en robustos sáficos es el mejor análisis de este himno:

—¡Oh siempre honrados y honorandos, Febo,
y tú, Diana, que en los bosques reinas,
lumbres del cielo, en estos sacros días
gratos oidnos!

Hoy que, al mandato sibilino, ensalzan
vírgenes castas y selectos niños,
á las deidades que los siete montes
miran propicias.

¡Sol que conduces en fulgente carro,
vario y el mismo, sin cesar, el día,
nada mayor que la romana gloria
miren tus ojos!

¡A las matronas en el parto agudo,
Ilítia diestra, con amor protege,
el nombre ya de *Genital* prefieras,
ya el de Lucina!

Su prole aumenta, y el decreto afirma
que á la doncella y al varón enlaza,
y haz que germine de la ley fecunda
nueva progenie.

Para que tornen, fenecido el siglo,
alegres juegos y festivos cantos,
por veces tres en la callada noche,
tres en el día.

Vosotras, Parcas, que en feliz augurio
nunciáis al mundo los estables hados,
juntad propicias á los ya adquiridos
bienes mayores.

Rica la tierra de ganado y frutos
á Céres orne de preñada espiga;
nutran las crías transparentes aguas,
auras suaves.

Piadosa atiende á los orantes niños;
esconde, Apolo, en el carcaj la flecha;
de las doncellas el clamor escucha,
reina bicorne.

Si es obra vuestra la potente Roma,
si por vosotros se salvó el Troyano,
para fundar en la ribera etrusca
nuevas ciudades:

si entre las ruinas del Ilión ardido,
sobreviviendo á la asolada patria,
de nueva gloria señalara Enías
libre camino:

al dócil joven conceded virtudes,
dad al anciano plácido sosiego,
gloria y honor á la romana gente,
prole y riquezas.

Y el que cien bueyes os inmola blancos,
caro de Anquises y de Venus nieto,
clemente rija y poderoso el mundo,
antes domado.

En mar y tierra su poder extiende;
el Medo tiembla á la segur albana,

y paz el indio domeñado pide,
paz el scita.

Que fe y honor y castidad retornan,
y la virtud que de la tierra huyera,
y la abundancia que del cuerno opimo
bienes derrama.

Si Febo augur, el de sonante aljaba,
gloria y amor de las Camenas mueve,
el que con arte saludable cura
larga dolencia,
mira propicio el palatino alcázar,
dilata el linde del poder romano,
y en nuevos lustros la inmortal acrezca
gloria latina.

Oiga los ruegos de varones quince
la casta Diosa que en Algido mora,
y de los niños á los cantos preste
fácil oído.

Esto esperamos que el Saturnio otorgue;
esto confirmen los celestes dioses:
tornad á casa los que ya entonasteis
himno sagrado.

XXVII.

PEÁN Y DITIRAMBO.

Estas odas son religiosas en su origen y profanas en su crecimiento. Como los poetas griegos, nacen en el altar y se desarrollan en la plaza.

Géneros fenecidos, pertenecen á la historia literaria, razón que nos manda hacer de ellos cuenta en un esbozo crítico-histórico de la oda. Los muertos viven en la memoria de las gentes.

El Peán.

Fué primeramente un himno en honor y gloria de Apolo. ¡Ié Peán! ¡Ié Peán! ¡Ié, ié Peán! era un grito de júbilo que se repetía con frecuencia en tales himnos.

Peán es Febo, dios de la luz y de la vida, dios que cura ó alivia con sus alegres y fecundos resplandores á la naturaleza. Calímaco opone el *peán* al *jay*, Lino!, canto de dolor, elegía de los primeros tiempos de la poética Grecia. El *lino* ó *elino* lamentaba la desaparición de la primavera, la rabia del Can celeste, la ardiente furia de Sirio, que marchitaba las hierbas, agostaba las flores y secaba las fuentes. Lino, hijo de Apolo y de una Musa; Lino, pastor de la Argólida, hecho pedazos por unos perros salvajes; Lino, poeta primitivo, rival de Hércules en la lira, muerto á sus manos en el verdor de sus años juveniles; es, por todos esos conceptos, míticos ó históricos, la estación de las flores herida mortalmente por los rayos abrasadores del estío.

El Peán, por el contrario, representa la estación del amor y de las rosas, el período del año en que á la luz suave de Apolo se derriten las escarchas de la umbría, abren las flores sus capullos embalsamados, los arroyos desatan sus grillos de hielo, y los pájaros cantan sus odas de amor.

Así *Peán* es el himno de Apolo.

Este carácter religioso del canto apolíneo aparece en tiempos muy anteriores á Homero. Pronto se emancipa de la tradición mitológica, ostentando fisonomía profana, que no se parece á la de Febo. En los poemas del cisne de Esmirna, llámase *peán* todo canto de alegría, de expansión, de triunfo. Cuando Aquiles se alza vencedor de Héctor, lanza á los aires un jubiloso *peán*. El guerrero convida á sus valientes camaradas á celebrar con él aquel triunfo:—«Grande, grandísima gloria es la nuestra—les dice;—hemos derrotado y muerto al divino Héctor, aquel héroe que los troyanos invocaban en su ciudad, con plegarias como si fuera un dios.»

La significación de *peán* se amplió de tal manera, que llegó

á expresar un himno ó canto de guerra. Según el dramaturgo Esquilo, los griegos entonaban en Salamina un peán antes de reñir la batalla.

Alemán, de Sardes, en Lidia, ciudadano de Esparta á fines del siglo VII antes de J. C., inventor de partenias (cantos corales de doncellas), compuso varios peanes.

Tínico de Calcis, celebrado por el filósofo Platón en uno de sus diálogos, fué autor de un peán, cantado en toda la Grecia, y apellidado por sus primores «un hallazgo de las musas;» calificación del mismo poeta, que era dorio, y en lenguaje dórico lo escribió, á juzgar por tres palabras que restan de su famoso peán, admirado también por Esquilo.

Peanes verdaderamente religiosos, cantos á Apolo compuso Simónides, poeta natural de Iulis (isla de Ceos, 560-466 antes de J. C.), lírico encomiador de las jornadas de Maratón, Salamina y las Termópilas.

No es posible citar los ilustres nombres de todos los autores de peanes: solo añadiremos uno famosísimo, el del príncipe de los líricos helenos, el de Píndaro, cuyos peanes no han resistido, como sus odas de triunfo, á las inclemencias de los tiempos.

Ditirambo.

Así se llamó un himno en honor y gloria de Baco (Dionisios).

Etimológicamente, viene de una palabra siriaca, que indica la circunstancia de haber nacido Baco *dos veces*, una del vientre de su madre y otra del muslo de su padre, según los mitólogos; aunque otros etimologistas buscan el origen de ditirambo en dos vocablos griegos, que significan *dos triunfos*, por los muchos que obtuvo aquel dios.

Todos los himnos de esta clase se han extraviado. Conocemos su índole y naturaleza por referencias de algunos autores, y por las poesías hechas á imitación de las ditirámicas.

Dicen que Baco, después de haber subyugado á la India,

regresó á Grecia acompañado de los sátiros que ebrios le celebraban, cantando himnos compuestos de rimas varias y de ideas mal unidas, como fruto desordenado de la embriaguez. Los poetas imitaron estos cantos dionisiacos, y se apellidaron ditirambos, tanto las canciones religiosas encomiásticas del dios, como las odas inconexas y llenas de extravagantes imágenes y metros caprichosos y desiguales.

En las bacanales ó fiestas consagradas á Baco, sus sacerdotisas las bacantes coronadas de pámpanos y yedra, gritaban «¡evohé! ¡evohé!» frase sagrada, necesaria en los ditirambos.

El origen mitológico de tal exclamación está en la lucha de los gigantes enemigos del cielo. Refiere la Mitología, al contar la descomunal batalla, que Júpiter, para animar á su hijo Baco contra aquellos atrevidos escaladores, le decía «¡ei vie! ¡ei vie!»—valor, hijo mío,—y de ahí se originó el ¡evohé! que en las fiestas báquicas iban gritando las bacantes, frase equivalente á la latina ¡euge fili!

Ocioso es advertir que la poesía unida al canto en las fiestas báquicas, debió naturalmente enlazarse con la danza, expresión muscular y artística de todo género de entusiasmo.

Oigamos la definición de un notable preceptista. No se trata de Aristóteles, que en el exordio de su Poética promete hablar de la poesía ditirámbica, y luego no dice una sílaba, sin duda porque la explicaría en los fragmentos extraviados de su famoso libro. Se trata de un comentador español de Aristóteles, esto es, del autor de *Philosophia antigua poética*, discreta interpretación de la doctrina literaria del Estagirita.

Este escritor del siglo XVI, después de dividir las fábulas ó poemas en cuatro especies, épica, trágica, cómica y ditirámbica, define la última «poema breve á do juntamente se canta, tañe y danza, como se dice de David delante del arca.» Le compara al poema «sucio y deshonesto que dicen *zarabanda*,» en el cual hay canto, música y baile. Añade que la ditirámbica usa de lenguaje, música y *tripudio* (baile y canto).

Como se ve, una poesía fogosa, que al son de instrumentos musicales se canta en movible círculo de alegres bailarines, inspirados por el licor divino de que Baco es popular in-

ventor ó patrono universal, era el ditirambo de España en el siglo del Pinciano.

Volviendo á Grecia, recordaremos que Laso de Hermiona, maestro de Píndaro, fué el que introdujo, según algunos autores, la poesía ditirámica en Atenas. Otros le hacen inventor del género, opinión insostenible, pues ya existía el himno báquico.

El verdadero reformador del canto en honor de Baco fué Arión, gran tocador de lira, lesbense de Metimna, contemporáneo de Safo y amigo de Periandro, rey ó tirano de Corinto. Merced al talento de Arión, el primitivo himno, serie de ¡evohé! repetidos por borrachos, que bailaban desenfrenadamente, se convirtió en un coro vivo y alegre, acomodado á las leyes de la música. Trágico, según afirma Suidas, ó impetuoso dentro de las armonías del arte, el ditirambo de Arión se vulgarizó en Corinto y floreció con gloria para la hermosa ciudad, recordada en las odas olímpicas por el buey triunfal y el himno de Baco. Los coristas del ditirambo no fueron ya una turba de bebedores que gritaban descompasados: asidos de las manos, daban vueltas al altar del sacrificio y cantaban bailando las alabanzas de su dios. Un maestro de coros *cíclicos* (circulares) les enseñaba el canto ditirámico.

Simónides, fecundo poeta lírico, compuso ditirambos, algunos de los cuales se salieron de la esfera religiosa de las alabanzas á Baco ó de la narración poética de sus aventuras. *Memnon* se nominaba uno de estos himnos.

En las letras latinas nos sale al encuentro el nombre de un español famosísimo. Séneca, en su *Edipo*, después del acto II, tiene un ditirambo, cual es el coro que empieza:

Effusam redímite comam...

Usando de la lengua del Lacio, un poeta moderno cantó la victoria lograda sobre los turcos en 1716, en una poesía ditirámica:

Surge; Phaebe, pone curas,
sume plectra, funde laetum
ore carmen, usitatis
parce modis agítare cantus, etc.

El poeta Delille censuró en un ditirambo los actos irreligiosos de la primera revolución francesa, que confundió la libertad con el descreimiento.

La antigua Roma, que tanto imitó á Grecia, no tomó de ella la poesía ditirámbica, á lo menos con sus incongruencias y extravíos. Horacio, que pulsó una por una todas las cuerdas de la lira, fué autor de ditirambos; pero el vate del *ne quid nimis*, modelo de sobriedad y de armonía, no podía abandonarse á los ímpetus orgiásticos de la inspiración ditirámbica, desordenada de suyo.

La oda XIX, libro II, de Horacio, se apellida ditirambo. Al principio de él, sin duda acordándose el poeta del carácter libre de estas composiciones, se abandona á un entusiasmo impetuoso, como el de las sacerdotisas de Baco en sus fiestas, cantando (por boca de Alberto Lista):

Vi á Baco, sí (generación futura,
tú lo creerás), que en ásperas guaridas
cánticos á las ninfas enseñaba;
por la densa espesura
sus orejas erguidas
el caprípede sátiro mostraba.
¡Evoeh! Aún tiemblo del pavor reciente;
mas temblando palpita complacido
mi corazón, que el dios ha subyugado.
Piedad, Baco potente,
piedad; ya estoy rendido;
temible, ¡oh, tú! del grave tirso armado.

Temiendo la cólera del dios si rompe el velo de sus misterios sagrados, canta los beneficios y combates gloriosos del que soltó la fuente del vino, anudó de víboras inofensivas los cabellos de las bistónides, derribó al temible Reco cuando los terrígenas escalaban el Olimpo y en la roca del Tártaro amansó al Cervero, que besó con boca trilingüe la planta del dios.

Es la oda *Quó me, Bacche, rapis...* (XXV del III), dedicada á Baco, un ditirambo hecho, probablemente, para celebrar

la apoteosis de Augusto, verificada en 725. Responde á la fisonomía especial del ditirambo, que es la inconexión en las ideas y la exaltación del entusiasmo poético.

¿Á do lleno me llevas,
¡oh, Baco! de tu espíritu divino?
¿Á qué bosques, qué cuevas
me arrastra el entusiasmo repentino?
¿Do sonará el acento
con que hoy á César ensalzar presumo,
al claro firmamento
y de los dioses al congreso sumo?

No vuelve á nombrar á Augusto; anuncia que cantará hazañas insólitas; recuerda las rocas salvajes que agrada á los bacantes contemplar atónitas; promete á Baco, numen de las náyades, no decir nada pequeño, y concluye diciéndole que su afán es seguir al dios ceñido de pámpanos.

Este ditirambo es más ardiente y sinuoso que el anterior. Rápidas transiciones, ó sea el desorden lírico en grado superlativo, exageración de las figuras retóricas, variedad pintoresca de metros, extravagante originalidad caracterizan la poesía ditirámbica, que nunca peca de corta, á juzgar por los ensayos modernos que sobre la norma indicada se han hecho por muy diferentes poetas.

Francesco Redi (nació en Arezzo en febrero de 1626 y murió en Pisa en marzo de 1698), poeta que los italianos tienen por estilista elegante y donoso y hablista fácil y puro, es autor del famoso ditirambo *Bacco in Toscana*.

Pasa de novecientos versos. Habla de la *villa imperiale* (granja, caserío), construída extramuros de Florencia por la archiduquesa María Magdalena de Austria, gran duquesa de Toscana. Este palacio, sito en el campo, entre jardines y viñas, ofrece á Redi ocasión para lucir su habilidad rítmica y su fervor poético, amén de sus aficiones báquicas, pues canta las vides de Artimino, de lo mejor de Toscana; el *vino di Lecore*, poco apartado de Florencia; los preciosos *di Petraja e di Castello*, hijos de vides llevadas de España; el sabroso *Moscadello*...

Del leggiadretto
del si divino
Moscadelleto
di Montalcino...

el *Pisciarello* di Bracciano, vino de este ducado, semejante al *Pisciancio* florentino; el *Asprino*, ácido, de Aversa, cerca de Capua...

. la pampinosa vigna
che lieta alligna in Posilippo e in Ischia...

.....
Io di Pescia il *Buriano*,
il *Trebbiano*, il *Colombano*...

el licor de los alquimistas, dotado de maravillosas cualidades,

egli é il vero oro potabile
che mandar suole in esilio
ogni male irrimediabile...

los vinos de *Barbarossa*, *Malvagia* y otros notables, y hasta la sidra y el café y el chocolate. El ditirambo cita á Baco en la introducción:

Dell'indico oriente
domator glorioso, il dio del vino...

y después, al repetir el grito de las bacantes:

Viva Bacco, il nostro ré:
evoé,
evoé...

en lo demás, nada tiene de religioso, ni aun gentílicamente, este variado ditirambo de un poeta aficionado siempre á enlazar lo poético con lo científico. Francisco Redi era muy docto en historia natural, especialmente en la de los insectos; pero alternaba los escritos de esta índole con *canzoni* de

tanta donosura como elegancia. Suyo es también, ya que se trata de ditirambos, uno llamado Arianna enferma. Esta enfermedad resulta del exceso de la bebida, apesar de lo cual pide más vino, gritando:

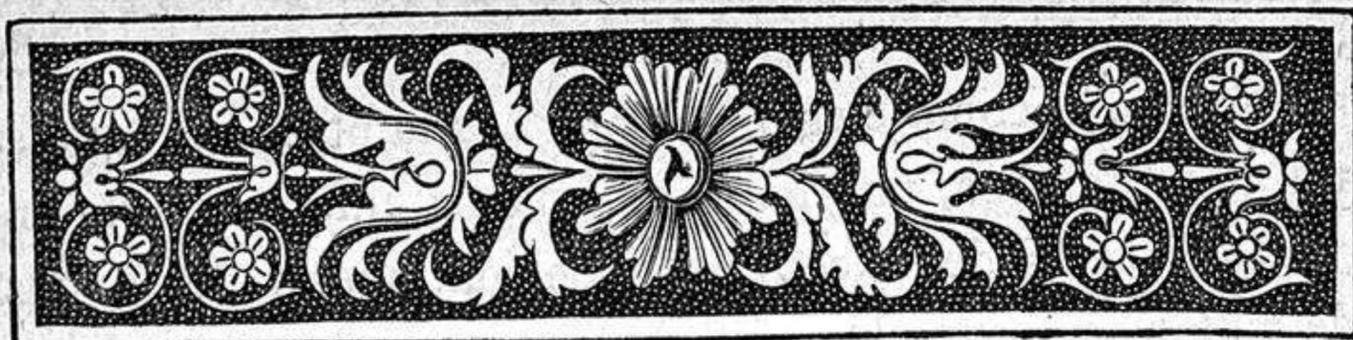
Damigelle troppo ingrata,
á servirmi destinate,
perché il beber mi negate?
Su portate pel mio bere
tutte quante le gelate
acque d'Arno, acque del Tevere,
su portate al labbro asciutto
ogni flutto
che dal Nilo, e che dal Gange
mormorando al mar si frange.

.....

MIGUEL GUTIÉRREZ.

(Se continuará.)





VARIEDADES



UEVA TEORÍA VOLCÁNICA.—Las cuestiones á que dieron lugar las catástrofes producidas en la isla de Ischia y estrecho de la Sonda han contribuído á que aparezca en el campo de la geología una nueva explicación de los fenómenos volcánicos.

Es un hecho bien establecido ya que los temblores de tierra y los volcanes son manifestaciones distintas de una sola y única causa: la tensión que adquiere el agua procedente de la superficie del globo, cuando se pone en contacto con las masas incandescentes del interior. Y así se explica la gran abundancia de vapor de agua en las emanaciones volcánicas, y la especie de antagonismo que hay entre las erupciones y las agitaciones del suelo; las primeras, por lo común, ponen término á las segundas, como al abrirse una válvula de seguridad se detiene la trepidación de la caldera de vapor.

Apesar de todo, se presentan muchas dificultades contra dicha explicación, las cuales se resumen en esta pregunta: ¿Cómo puede penetrar en las regiones incandescentes el agua motriz de los fenómenos á que nos referimos?

Ya no es dado admitir las filtraciones al través de las hendiduras ó grietas de mayor ó menor tamaño de que en otro tiempo se habló; Gay-Lussac insistió sobre la incompatibilidad de esta hipótesis con el fenómeno mismo que mediante

ella quería explicarse. Si es posible que la presión interna determine las erupciones, con mayor motivo opondrá un obstáculo insuperable á toda filtración centrípeta.

Durante algún tiempo, se creyó resuelto el problema, atribuyendo á la atracción capilar poder bastante para que el agua penetre por simple porosidad hasta los laboratorios subterráneos. El autor mismo de esta teoría, bien difícil, por cierto, de justificar, parece haberla abandonado, ocupándose ahora en idear disposiciones de grietas que pudieran producir, por un mecanismo análogo al del inyector Giffard, el resultado apetecido. Pero la complicación de aquellas disposiciones es tal, que resultan inaceptables para dar cuenta de un hecho tan frecuente y normal en la fisiología terrestre.

Quedaba, por consiguiente, en pie la dificultad, hasta que se hicieron las observaciones que vamos á reseñar. Consiste esencialmente la nueva teoría en considerar que el agua de alimentación de los volcanes y temblores de tierra es el líquido que, habiendo impregnado anteriormente rocas más ó menos profundas, penetra con ellas, merced á su caída hacia las regiones inferiores, en las zonas de incandescencia y desagregación.

La penetración del agua en los poros de todas las rocas, aun en aquellas cuyos elementos minerales son anhidros, aun en las de estructura más compacta, como el granito y los pórfiros, se conoce desde mucho tiempo hace. Delesse ha dosificado con exactitud la cantidad de agua de cantera de las principales masas minerales, resultando de sus estudios que la masa líquida retenida por simple adherencia representa un volumen considerable comparado con el de los Océanos.

Por otra parte, engruesando sin cesar la corteza terrestre, aunque con gran lentitud, á causa del enfriamiento espontáneo de nuestro globo, nueva agua es atraída continuamente por las rocas que van alcanzando unas tras otras la temperatura compatible con esta hidratación. De suerte que, teóricamente, es lícito considerar la corteza terrestre como constituida por dos envolventes pétreas concéntricas, la más exterior provista de su agua de cantera, en tanto que la otra está todavía demasiado caliente para que no permanezca ab-

solutamente seca. Debajo están las regiones en que las rocas no se hallan en estado sólido.

Sentado esto, basta suponer que, á consecuencia de los innumerables estremecimientos que alavean de continuo la delgadísima película sólida sobre que vivimos, se producen hendiduras que separan un *casco* subterráneo, que abarca, además de las rocas anhidras, masas penetradas por el agua, para que, trasportada ésta así súbitamente á la zona de evaporación y aun de desasociación, desprenda de repente inmensidad de vapores capaces de los más gigantescos efectos mecánicos.

Fácilmente puede imaginarse cuánta energía no desenvolverá en un instante un kilómetro cúbico de roca impregnada de agua que de pronto se eleve al rojo; pero, ¿qué es un kilómetro cúbico con relación al volumen de la tierra?

La mayor originalidad de este modo de ver, expuesto en la Academia de Ciencias de París por Mr. E. Meunier, se debe á que explica la entrada del agua en los laboratorios infragráníticos, sin que las tensiones de gas puedan oponerle el menor obstáculo. Aquí, por primera vez sin duda, conviértese el sólido en vehículo del líquido, al que arrastra por la acción combinada de la porosidad y pesantez.

Por lo demás, aumenta dicho autor el interés de su trabajo, demostrando cómo se acuerda la nueva teoría con las más recientes sobre la estructura de la corteza terrestre, y deduce de aquélla una explicación racional de la distribución litoral de las regiones de temblores de tierra y de volcanes.

Mr. Faye, el ilustre astrónomo francés, insistió sobre el grueso necesariamente desigual de la corteza terrestre, según los puntos en que se la considera. Mientras que en un sitio continental, París, por ejemplo, es tal el aumento de temperatura con la profundidad, que á diez kilómetros por bajo de la superficie marcaría el pirómetro 330° , esto es, el calor rojo, á 10 kilómetros por bajo de la superficie del Pacífico, el termómetro apenas marcaría cero.

Hay, pues, necesariamente bajo los mares engruesamientos de la corteza sólida que corresponden al poder refrigerante del agua. Desde luego, una misma zona esférica conside-

rada con un radio dado por cima del centro del globo, puede contener en todos sus puntos porciones de temperatura compatible con las en que las rocas están impregnadas de su agua de cantera y con otras en que dominan las condiciones de desasociación. Desde luego, bastan las hendiduras horizontales para que los efluvios caloríficos rodeen súbitamente á bloques en parte cargados de agua, capaces de efectos mecánicos importantísimos.

Se ve, finalmente, que las regiones más á propósito para esos agrietamientos deben hallarse en el litoral de los mares, allí donde se enlazan las porciones de la corteza que corresponden á los continentes con las porciones gruesas y submarinas. Y todavía será más aceptable la explicación, haciendo intervenir el gran hecho del desplazamiento progresivo de los mares, que no puede realizarse sin determinar un desplazamiento correspondiente de las temperaturas subterráneas. Al levantarse las zonas submarinas hidratadas, dan origen á los progresos laterales de la alta temperatura subcontinental, y las desiguales diluciones que resultan producen como primer efecto la abertura de las grietas.

*
* *

DEPÓSITO DE ELECTRICIDAD.—Afánanse los electricistas por resolver el difícil problema del alumbrado doméstico con luz eléctrica. Se trata de suministrar á las casas la electricidad, tomándola de un depósito suficientemente rico. Unos, ateniéndose á la manera como se distribuyen el gas y el agua por las habitaciones, trabajan en la creación de estaciones centrales y establecimiento de cañerías eléctricas que radien en todos sentidos. Otros confían en que la pila ha de proporcionarles el modo más aceptable para la producción de electricidad.

Las pilas actualmente en uso solo convienen á las experiencias de laboratorio; sin embargo, el descubrimiento de reacciones químicas nuevas ó de productos de fácil regeneración, puede prestar grandes servicios al alumbrado eléctrico,

respondiendo á las exigencias de numerosos casos particulares.

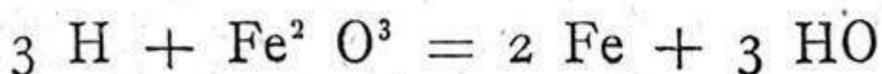
El nuevo modo de producir electricidad de que ahora hablaremos, convendría á todas las clases sociales, pudiéndose instalar lo mismo en las habitaciones suntuosas que en las humildes y permitiendo que cada particular se procure directamente la corriente necesaria para las necesidades del alumbrado, fuerza motriz, etc. El principio de la pila es muy original; consiste en el aprovechamiento de las materias que contienen las letrinas.

Con efecto, en las alcantarillas existen multitud de productos: las aguas sucias son muy ricas en diversas sales, y desde luego no hay por qué maravillarse de que pueda encontrarse allí un origen de electricidad. El hidrógeno sulfurado, gaseoso y en disolución, abunda en aquéllas, y lejos de utilizarlo, se toman las mayores precauciones, porque menos de un medio por 100 de este gas basta para que el aire sea irrespirable.

Sábese que el hidrógeno sulfurado es muy poco estable, descomponiéndose en presencia de gran número de cuerpos, para volverse á combinar según las condiciones en que se le coloca. Una de las más conocidas de estas reacciones ha sugerido á Mr. Bremond la idea de que su existencia en las letrinas pudiera servir para la generación de una corriente eléctrica. En presencia del hierro se descompone el ácido sulfhídrico, produciéndose la reacción siguiente:



El hidrógeno libre se desprende; pero si se le coloca en presencia de un cuerpo oxidante, tal como el sesquióxido de hierro, por ejemplo, se combina inmediatamente con el oxígeno del óxido, según indica la siguiente fórmula:



Resulta de aquí que si se disponen las cosas de suerte que ambas reacciones se produzcan simultáneamente, por decirlo así, se originará una corriente eléctrica. Para recoger esta

corriente construye Bremond su pila del modo que sigue: en un vaso poroso de cualquier forma coloca un cilindro de carbón que rodea con una mezcla íntima de sesquióxido de hierro y carbón reducido á polvo; lo pone todo en una como envolvente de alambre de hierro, y partiendo las corrientes del carbón interior, por una parte, y de la armadura exterior de hierro, por la otra, sumerge el elemento así constituido en la letrina. Evidentemente, si se cierra el circuito, indica la teoría que debe haber producción de electricidad. Siendo esto así, pueden agruparse en tensión ó en cantidad un número considerable de elementos, constituidos de manera que se obtenga una corriente capaz de alimentar directamente las lámparas, ó, por lo menos, de cargar los acumuladores.

Importa que esta idea, exacta en teoría, sea sometida al criterio del método experimental. De ser realizable el proyecto, tendríase un manantial inagotable de electricidad; no solamente se utilizaría la descomposición del hidrógeno sulfurado como agente de luz y aun de fuerza, sino que, por añadidura, desaparecerían los inconvenientes que su presencia ocasiona mediante la acción de la pila, que constituiría un sistema desinfectante.

R. ÁLVAREZ SEREIX.





SATANELLA

POR

G.-I. WHYTE MELVILLE

CONTINUACIÓN (I)

CAPÍTULO XII.

SOBRA UNA.



PESAR de ser el General antiguo militar, manifestó en el almuerzo ser un táctico de poquísima habilidad. La Srta. Douglas se había atrincherado en una admirable posición defensiva, apoyándose por una parte en Norah Macormac, y por otra en un ángulo de la mesa; pero su torpe adorador vino á colocarse enfrente, no dejó de fijar los ojos en ella, le ofrecía cuanto podía alcanzar y se exhibió tontamente prodigándole todas las atenciones á que las mujeres dan más importancia de lo que dicen. El General, al tomar parte en un juego en el que arriesgaba mucho, había perdido la cabeza, como casi siempre sucede.

Si no hubiese estado tan enamorado, se habría acordado del precepto que aconseja hacerse valer, ocupándose de sus

(1) Véase la pág. 345 de este tomo.

demás vecinas, y entonces Blanca Douglas hubiera tal vez apreciado más su mérito, viendo que gustaba á las de su sexo, puesto que el General podía aún llamar la atención de las mujeres é inspirarles interés, si se tomaba el trabajo de ello, y más de una burlona no hubiera deseado tener en las próximas comidas á otro caballero más que á aquel hermoso veterano, envejecido en los nobles trabajos de la guerra y puesto en ridículo por aquella gran joven de ojos negros.

La primera comida se prolonga ordinariamente en el campo hasta muy adelantado el día.

Los jackeens, cuyas costumbres eran bastante activas, se presentaron temprano á almorzar, pero los jóvenes de Londres llegaron mucho más tarde, y aun parecía que estaban orgullosos por haberse levantado y vestido un poco antes de las doce.

Norah murmuró al oído de Blanca que no le gustaban los dandíes y que éstos la pagaban en la misma moneda.

La Srta. Douglas acogió aquella afirmación con una sonrisa incrédula.

—¿Y quiénes son los que os gustan, querida?—preguntó ésta.

—Los militares—repuso Norah muy animada.—Los de caballería..... son tan apuestos; pero no basta que un hombre vista uniforme para que me guste.

—¿Qué exigís entonces?—siguió preguntando su vecina con una sonrisa.

—En primer lugar, me gusta que un hombre monte bien, naturalmente—replicó con alegría la joven,—y luego, que tenga un carácter agradable, buen corazón y arrostre la mala fortuna con la sonrisa en los labios.

—Es que os fijáis en alguno en particular—dijo Blanca.

—Es cierto—respondió con cierta osadía la joven, aunque sonrojándose.—Pienso en uno á quien quisiera que mis hermanos se pareciesen, y á quien quisiera parecerme yo misma. Nada le preocupa jamás ni le turba, y por más difíciles que sean las circunstancias en que se encuentre, sabe lo que ha de hacer, y lo hace..... Es hermoso, valiente y tiene buen corazón.

Había alzado la voz, arrebatada por el interés profundo que parecía inspirarle su ideal; algunos de los convidados habían levantado la vista para mirarla, y el General la escuchaba sonriendo.

—Es admirable—repuso la Srta. Douglas,—ese paladín, ese héroe, y por remate tan apuesto caballero; tengo impaciencia por conocerle.

—¿Es verdad?—dijo la joven irlandesa.—Pues bien, ya lo veréis, querida. Mañana se presentará en las carreras, y apuesto á que vendrá á la tribuna de las señoras; si lo deseáis, yo misma os lo presentaré.

—¿Es irlandés?—preguntó Blanca, á quien divertía el candor de la joven.

—¡Irlandés!—exclamó Norah.—¿Habéis oído decir que Walters sea un nombre irlandés? Los que le conocen más íntimamente, le llaman Bellorita, pero mamá quiere que cuando yo hable de él, le llame siempre el capitán Walters.

El golpe era enteramente inesperado; pero Blanca sabía que los ojos del General estaban fijos en ella, y no pestañeó, notándose sólo una ligera impresión en su rostro, seguida de una palidez que duró un segundo. Sostuvo luego serena la mirada de su adorador, que prosiguió diciendo:

—Walters no es todavía capitán, Srta. Macormac; lo será solamente en la próxima promoción. Le conozco muy bien, pero es la primera vez que oigo juzgarle de una manera tan lisongera. Eso vale el tener en su favor á una joven tan encantadora. Le creíamos hasta ahora un hablador bastante humorístico y, hagámosle justicia, un buen jinete; pero, francamente..... no tiene mucho seso. Aquí está la señorita Douglas, que le ve más amenudo que yo, y puede decirnos lo que piensa de nuestro amigo.

—Pienso que es un compañero muy agradable, tan inteligente como el primero y un buen muchacho en toda la extensión de la palabra—replicó Blanca lanzando á Saint-Josephs un verdadero reto.—Esto es lo que pienso, General, añadiendo que estaré siempre dispuesta á levantar la voz en favor de mis amigos, contradiciendo á los que se atreven á maltratarlos.

El General quiso responder, pero la palabra espiró en sus labios. Norah daba palmadas, y la Sra. Lushington dirigió entonces una tierna y animosa ojeada al desconcertado veterano.

Sin embargo, Lady Macormac, después de haber mirado rápidamente á sus comensales desde el gigantesco servicio de thé que tenía delante, juzgó que era ya tiempo de terminar la sesión, y se levantó de la mesa. Todos los convidados imitaron su ejemplo, dirigiéndose á la puerta que abría Saint-Josephs. Pero en vano esperó éste una mirada de la señorita Douglas, que pasó por delante de él sin levantar la cabeza, alta la frente y con enfado. Se consoló pensando que si el tiempo seguía bueno, le propondría un paseo y harían las paces antes de la hora del *lunch*.

El sol, cuyos rayos, levantando los vapores acumulados encima del parque, descubrían á trechos ramilletes de árboles ó trozos de césped, semejantes á los islotes de un lago, y hacían brillar, como una cinta de oro fundido, el ancho río de pedregoso cauce que corría serpenteando por el valle; el sol, digo, habría favorecido los proyectos del General, si su aparición, en la que fundaba sus esperanzas de paseo, no hubiese tenido por efecto hacer que el dueño de la casa propusiera á sus huéspedes cien proyectos de diversiones destinadas á matar horas en aquella estación de veda.

—El tiempo se aclara—exclamó alegremente el viejo gentilhomme.—Es lo que llamamos un hermoso cielo en Irlanda; y ¿por qué no? en todo caso es un tiempo magnífico para tirar á los pichones, y si alguno quiere echar un anzuelo al río, estoy seguro que ha de sacar un pez de diez libras en un santiamén.

—También lo afirmo—dijo un tal Mr. Murphy, á quien sus íntimos llamaban Mick, y que parecía tener empeño en ser siempre y en todo del mismo parecer que el propietario de aquellas fincas.—Los he visto á millares cuando pasaba ayer á caballo por las orillas del agua.

Dos *gentlemen*, decididos pescadores de caña, fueron de parecer de partir al instante.

—Hay un potro de Lord George, que quisiera viérais, Ge-

neral—repuso Macormac, deseando proporcionar á cada uno la distracción más conveniente.—Lo educamos para cazar en la estación próxima, y nunca he visto en Kildare un saltador más arrojado. ¿Veis esa valla que separa al jardín del parque? Pues no tenía todavía dos años cuando habiéndose escapado un día del prado, la saltó como si hubiese sido un ciervo. Es un lindo salto, General; son veinticinco pies con el foso; podéis enteraros vos mismo.

—¡Treinta pies! ¡No hay ni uno menos!—repitió Murphy.—Lo saltó de un brinco, sin que ninguno de sus cascos aplastase siquiera la hierbecita del césped.

Pero el General no parecía muy deseoso de admirar un caballo tan notable, y se excusó, alegando que no se sentía con muchas ganas de andar, y que tenía que escribir unas cartas.

—El correo ha salido hace más de una hora—dijo el noble dueño de la casa.—Tal vez os convendría montar un poco á caballo..... Sí; esto debe gustaros. ¡Vamos á ver, Mick! Los galgos de Súllivan deben estar en la perrera, y si los muchachos pudieran hacer levantar un ciervo en el parque, ya tendríamos arreglada una caza para vos, mi General.

—Apostaría á que los perros acecharían antes de veinte minutos—declaró Mick;—ordenádmelo, y corro á la cuadra á disponer que Larry ensille todos los caballos capaces de tenerse en pie.

—El General podría montar á *Whiteboy*—añadió el amo;—Norah tiene su caballo; yo probaría al joven *Orville*, y vos, Mick, podríais tomar el potro. Así estará pronto todo arreglado para la improvisada cacería.

Era fácil adivinar, por la cara que puso Murphy, que hubiera preferido un caballo de más edad, un caballo más cumplido para la caza, pero no pensó en oponer objeción alguna y se disponía ya á dejar el cuarto apresuradamente para dar las órdenes necesarias, cuando Saint-Josephs le detuvo.

—Vais á encontrarme muy pesado—dijo;—pero el hecho es que voy haciéndome viejo y tengo reuma, sintiéndome hoy en estado de sostenerme difícilmente en la silla. Permitted, pues, que no estorbe los proyectos de nadie. Voy á

despachar mi correspondencia en la biblioteca, y tal vez luego dé una vuelta por el jardín con las señoras.

Mick se mordió los labios con cierta sonrisa burlona, y hasta moduló un silbido significativo que no pudo, sin embargo, llegar á oídos de su interlocutor. Convencido, por los corteses modales del General, de que éste era lo que se llama un verdadero *gentleman*, le parecía imposible que pudiese resistir á las seducciones de un tiro de pichón, á una partida de pesca en un río abundantísimo, y sobre todo, á una caza improvisada, á menos de tener en proyecto otra distracción más noble; pero al oír que el viejo militar hablaba de dar un paseo por el jardín con las señoras, Murphy creía aquello un acto incomprensible; pero no viendo ninguna señal de descontento en el rostro del dueño de la casa, sintió que debía ponerse de acuerdo con él, segun era su costumbre.

—Nada podéis hacer mejor, General—dijo con tono de aprobación;—no hay en toda Irlanda un jardín más hermoso que el de Macormac, y todas las señoras estarán orgullosas de dar con vos una vuelta, teniendo un caballero tan apuesto. ¡Que se lo agradezca el diablo!

El General se encontró, pues, libre, y entró con aire triunfante en el salón, donde encontró á Lady Mary sola y ocupada en coser un vestido de franela para una pobre. Creyó ella que Saint-Josephs buscaba el *Times*, y se lo indicó en la mesa de escribir.

—Pues qué, Lady Mary—dijo aquél buscador de caza femenina,—¿os quedáis aquí abandonada de todos para trabajar sola, como una hada benéfica, en una obra caritativa?

—Para coser unas faldas, querréis decir, General—replicó sencillamente la señora levantando el vestido,—que tengo que tener concluídas este mediodía. Hubiera podido hacer que Norah me ayudase..... porque mi niña trabaja muy de prisa pero ha salido con la Srta. Douglas para enseñarle la cascada, y dudo que estén de vuelta mucho antes del *lunch*, aunque mi hija es una andarina como hay pocas, y su compañera anda tan derecha como una flecha y tan graciosa como un gamo.

Las cartas que el General tenía que escribir resultaron

entonces de capital importancia, y se excusó con mucha cortesía, dejando á la señora en su trabajo y dirigiéndose á la biblioteca. Sin embargo, no permaneció allí dos minutos, y habiendo pasado al vestíbulo por una puerta ladera, tomó su sombrero y salió al parque con la vaga esperanza de encontrar á alguien que le indicase el camino de la cascada.

En aquel instante las dos jóvenes se encontraban á más de dos millas irlandesas de la casa solariega, y andaban en dirección opuesta á la que había tomado el General. Norah conocía un camino de atajo por entre los bosques, y las dos seguían á buen paso, respirando con regocijo el aire de la primavera, alegres con la vista de los sitios pintorescos que se les presentaban, llenas de animación por la fresca armonía de sus propias voces, jugando á lo largo del sendero, charlando, riendo y hasta bromeando, como si hubiesen sido amigas desde su infancia.

Su conversación no había tardado naturalmente en recaer sobre las carreras de Punchestown. Para Norah Macormac las carreras constituían el suceso más importante del año, porque en aquellos dos días, por desgracia tan lluviosos á veces, estrenaba sus guantes más frescos, se ponía su sombrero más nuevo, y reservaba sus miradas y sonrisas más seductoras. Al gusto que á todo el mundo proporciona el espectáculo de las proezas de un buen caballo, se añadía en ella el placer, tan natural en su sexo, de exhibir en público su linda persona con todos sus atractivos y encantos. Así declaró á su compañera, que antes renunciaría á una excursión á París, que á sus queridas carreras, prefiriendo las delicias de esos dos días á un mes de caza, y aun á veinte bailes por lo menos.

La Srta. Douglas contaba también encontrar allí sus más vivas emociones. Se olvidaba ya de la travesía del canal y de sus sufrimientos; su presencia en un país nuevo para ella, la vista de aquellos sitios salvajes, la atmósfera de cordialidad y de buen humor que la rodeaban, y sobre todo, el deseo de volver á ver á Bellorita, excitaban su imaginación á un grado inconcebible. Sus mejillas estaban abrasadas; sus ojos centelleaban; su lengua parecía desatarse; no era ya la mis-

ma, y en nada se parecía á aquella mujer reservada y orgullosa que tenía la costumbre de pasearse á caballo entre Prince's Gate é Hyde Park Corner, sin que apenas encontrara algo digno de arrancarle un suspiro, ó merecedor de una de sus sonrisas.

—Todo el mundo va á las carreras en Irlanda, y aun los ausentes—dijo Norah riendo.—No podéis imaginaros hasta qué punto es divertida esa reunión de coches de todas clases, desde las seis carrozas de cuatro caballos del Lugarteniente, hasta el char-à-bancs del Sr. Murphy, en el que se amontonan él, su mujer y sus nueve hijos. No se vé nunca la Sra. Murphy con su marido en otra parte; pero mañana se presentará en toda su gloria. Nos gusta estar allí temprano, porque es entretenido ver la gente que llega, y es bueno coger un buen sitio en la tribuna.

—¿Se ve bien desde la tribuna de señoras?—preguntó Blanca con viveza.—Tengo algún interés en una de las carreras. Soy muy aficionada. No es precisamente que haga yo correr un caballo, es que tiene que correr cierta yegua llamada *Satanella* y muy de veras quisiera que ganase.

Norah dió un brinco como una cierva.

—¡*Satanella!*—repitió.—¡Pero si es Bellorita el que la monta! ¿Ganará, querida? ¡Oh! Si no gana ó si no llega una de las primeras, seré capaz de llorar á lágrima viva, y no he de volver á pedir que me lleven jamás á las carreras.

Se sonrojó, bajó la voz, y su acción y su acento probaban que aquel voto era sincero.

En cuanto á la Srta. Douglas, sin admitir que tuviese una razón seria para darse por ofendida, experimentó la sensación de aquel que siente la mano de un ladrón escurrirse en su propio bolsillo.

—De ninguna manera dudo que la yegua alcanzará lo que merece—dijo gravemente la Srta. Douglas.—El es un jinete muy entendido.

—Sí, el jinete y la yegua son ambos verdaderamente preciosos—exclamó involuntariamente Norah.—¡Y decir que es tan amigo vuestro y yo no lo sabía! Algunas veces no puedo comprenderle—añadió pensativa;—hay ocasiones en

que dice todo su pensamiento y en otros momentos se encierra del todo dentro de sí mismo. Os sorprenderá, estoy segura, el que no haya yo visto todavía la yegua de que tanto se habla.

—La he montado muchas veces—observó la Srta. Douglas con una frialdad más marcada.—Por lo demás, casi es más mía que suya, y sólo después de haber obtenido mi permiso la hace correr.

—¿La habéis montado?—replicó Norah algo desconcertada.—Y ¿se pasea él muchas veces á caballo con vos en Londres... de arriba abajo del Parque, como se dice? Me gustaría galopar en aquel sitio donde nunca se sale de una calle de árboles.

Blanca tuvo que confesar que aquellos paseos, aunque á menudo propuestos, no se verificaban sino de vez en cuando, confesión que de ninguna manera parecía discomodar á Norah.

—Cuando está aquí—dijo—y no hay caza dispuesta, tambien galopamos juntos por el campo, él y yo, ni más ni menos que si persiguiésemos á un zorro y tuviésemos una trailla delante de nosotros. Él es el que me ha enseñado la manera de tener mis riendas, y, gracias á sus lecciones, puedo montar á *Orville*, el caballo de papá. No es probable que olvide nunca lo que me ha enseñado... Pero ya estamos en la cascada. Apartémonos de esta roca, pues de lo contrario no nos quedaría ni un hilo seco en nuestro traje antes de cinco minutos.

Apesar de la viva contrariedad que la apartaba de su compañera, la Srta. Douglas tuvo el buen acuerdo de seguir el consejo, y saltó con ligereza abajo de la roca llana y ancha, sobre la que se había lanzado para ver más allá de la cascada.

Era un golpe de vista ciertamente admirable. Hinchado por las lluvias de la primavera y los varios arroyos que bajaban de las colinas inmediatas, una masa de agua considerable se precipitaba mugiendo desde una altura de cincuenta pies por encima de una peña saliente, escarpada y desnuda, á un depósito que no tenía menos de diez pies de profundi-

dad. Desde allí se escapaba hirviendo en torbellinos y formando una llanura de espuma hasta rodear al cauce, poco profundo, y perderse en una garganta estrecha y sombría coronada de plantíos que ya florecían y empezaban á verdecer con las primeras sonrisas de la primavera.

—Estamos todos muy orgullosos con el *Dabble* en este país —continuó Norah después de haber separado á su compañera de la nube de polvo líquido que se levantaba bajo la acción de los rayos solares y tomaba todos los variados matices del arco iris.—No hay río más lleno de peces en esta parte del *Shannon*, y donde hay pescado hay pescadores. Mirad; el capitán Walters mató uno que pesaba nueve libras y media, allá abajo en aquel recodo, cerca de aquel tronco de árbol. Lo habría perdido si yo no me hubiese apresurado, con el pequeño Thady Brallaghan, á ir á buscar un harpón; yo hice caer el animal en la arena junto á aquellas rocas.

Aquello era demasiado. Blanca estaba muy alegre al principio de aquella expedición, llena de vida y de esperanza; todo la encantaba, el aire libre, el movimiento y la belleza de aquellos sitios; pero á cada palabra que salía de los labios de la joven irlandesa, el paisaje era más confuso á sus ojos, el cielo más oscuro, y hasta el césped que pisaba menos blando. Aquel cambio repentino no pudo pasar desapercibido para Norah; pero ésta lo atribuyó al cansancio, lamentándose por haber llevado á una débil joven de Londres á una excursión superior á sus fuerzas..... y previendo también el descontento de su madre, la buena Lady Mary, que no dejaría de considerar tanta ligereza como una infracción á las leyes de la hospitalidad.

—Veo que estáis ciertamente cansada—dijo á Blanca, ofreciéndose á llevar su sombrilla, que á lo sumo podría pesar una libra;—siento haberos hecho dar una carrera tan larga no teniendo las costumbres de nosotras que vivimos en medio de las montañas.

Pero Blanca se agarró á su sombrilla, negando que estuviese cansada.

—No he dado nunca un paseo tan agradable. ¡Qué lugar más encantador, y qué magnífica cascada! No creía que pu-

diese encontrar nada tan soberbio en Irlanda. Bien puede recorrerse un camino dos veces más largo para ver lo que he visto. ¡Cansada! ¡Oh! No lo creáis, y hasta creo que soy tan buena andarina como vos, Norah.

Momentos había en que la Srta. Douglas creía merecer su apodo; y ahora era, en efecto, *Satanella* hasta las uñas.

Estaba ya servido el *lunch*, cuando las dos jóvenes regresaron á la casa. Varios huéspedes faltaban todavía, pero Saint-Josephs se encontraba entre los presentes. El General no tenía muy buen humor, siendo la causa de ello un paseo solitario que había dado por sitios desconocidos, sin llegar al resultado que se prometía. Se colocó en la mesa, muy apartado de la Srta. Douglas, con calculado intento, y los criados se disponían ya á quitar el cubierto, cuando aún no había tratado él de mirarla siquiera. Qué vería luego en una ojeada furtiva y de qué manera dedujo que su presencia era ahora más agradable que en el primer almuerzo, es uno de los misterios que no queremos explicar. Lo cierto es, que no se separó ya de la Srta. Douglas en toda la tarde.

El General era fiel á su bandera, y sólo raras veces se dejaba arrastrar á algún acto ligero de rebelión. Cuando volvía á la obediencia, era para sujetarse más que nunca á la autoridad contra la que había dirigido una débil tentativa de insubordinado.

CAPÍTULO XIII.

PUNCHESTOWN.

—Os digo que yo la he criado y que conozco el menor de sus pelos, puesto que la tuve en mi casa hasta la edad de tres años. ¿No queréis entrar á tomar un vaso de ponche, señor Súllivan?

La invitación fué aceptada, y el personaje que la había formulado, es decir, el primitivo dueño de *Satanella*, vestido con su traje de fiesta, sin faltar un chaleco horrible y un som-

brero desmesuradamente grande, introdujo á su camarada en una barraca ó tienda de tela, llena de gente, azotada en el exterior por la lluvia y cuyo interior estaba saturado del vapor desprendido de la ropa húmeda y del ponche con whisky en ebullición.

Súllivan era uno de esos personajes que no se encuentran nunca más que en los sitios donde se puede ganar dinero. Los que son poco inteligentes en tales asuntos hubieran podido tomarle por un administrador tronado, un relojero ambulante ó un maestro de escuela en situación precaria; pero los inteligentes encontraban algo en su modo de atar la corbata y de llevar el sombrero, que descubría incontestablemente á un tratante en caballos. Y era seguramente un hombre capaz de dar toda clase de datos sobre cualquier noble animal, detallando su genealogía, diciendo su precio, dando á conocer sus defectos, enumerando sus proezas y comprándolo por encargo mucho más barato de lo que cualquiera pudiera hacerlo. Mientras que su compañero saboreaba su ponche con delicia, Súllivan vaciaba el vaso con tanta indiferencia como si no hubiese contenido más que agua clara.

—Hay otros animales tan buenos como vuestra yegua, criados en el Roscommon, Dionisio—observó aquél digno personaje;—y no hay duda que los mejores caballos del mundo son los que nos vienen hoy de Kildare. Pero hablemos en voz baja. ¡El viejo Sir Giles apostó ayer noche, en Dublín, 400 libras al contado por *Shaneen*! Yo mismo lo oí.

—¿Por *Shaneen*?—respondió el otro después de haber sorbido un trago de *punch*.—No niego que es un lindo caballito y un saltador elegante, pero no podrá nunca figurar en una carrera como ésta. Vuestro Sir Giles le verá ganar cuando un cuákero llegue á ver el cielo... Mathías hubiera hecho muy bien en aceptar la apuesta de 400 libras.

—Mathías sabe muy bien lo que se hace—dijo Súllivan,—porque este muchacho ha montado caballos durante más de treinta años en Curragh. Tal vez piense que *Shaneen* es capaz de pasar por encima del vientre del inglés ó al menos de llegar el segundo.

—Y ¿dónde dejáis á la yegua negra?—preguntó el antiguo

propietario de *Satanella*.—Me admiro de oíros hablar así; no es un animal como ella, y sobre todo montada por el capitán, capaz de llegar á la cola en la carrera.

—En mi opinión, la carrera tendrá principalmente lugar entre tres concurrentes—continuó el personaje competente con tono convencido y bajando la voz.—En primer lugar está vuestra yegua, Dionisio, la que vendísteis al capitán; luego *Leprauchan*, el bayo oscuro que llega de Limerick, y finalmente, el gran inglés que se llama *Saint Feorge* y que corrió en Kilkenny. Pero, atended á lo que os digo. Si éste pasa el primero la doble banqueta, será tan difícil alcanzarle como coger una pulga en una manta vieja; y ¿por qué, si llegan á encontrarse juntos, no ha de ganar el pequeño *Shaneen*, llegando antes que los otros?

Dionisio tenía el aspecto desconcertado. Este razonamiento quebrantaba su fe en el éxito de su favorita. Tragó de un sorbo lo que quedaba del ponche, echó su sombrero atrás y se rascó la cabeza.

—Tendría más esperanza—dijo después de un momento de reflexión—si el capitán no hubiese tenido la humorada de cambiar su nombre. ¿Qué idea tuvo de no querer llamar á la yegua *Molly Bawn*, sino *Satanella*? Despachaos ahora, señor Súllivan; otro traguito de ponche y vámonos, que hemos de ver cómo los ensillan.

Y un instante después salían de la tienda, cambiando muchos saludos con sus numerosos conocidos. Penetraron en el recinto y fueron á colocarse cerca de la gran tribuna, en un sitio desde donde podía verse perfectamente la llegada y descubrirse un panorama que para un sportsman no tenía igual en ninguna parte del mundo.

La lluvia había cesado, y montones de blancas nubes revoloteaban por el cielo impelidas por un viento suave del Oeste, y proyectaban su móvil sombra en una vasta extensión que se prolongaba hasta el horizonte, ofreciendo á las miradas una sucesión de praderas, sólo interrumpidas por algunos plantíos esparcidos, matas de maleza ó el cauce de un torrente poco profundo que bajaba de las próximas alturas que iban descubriéndose á medida que la niebla se iba disi-

pando. En todo el trecho que abarcaba la vista, el paisaje estaba surcado por fuertes líneas irregulares que escondían aquellas formidables vallas de la naturaleza de que era fácil darse cuenta examinando los obstáculos que cortaban el hipódromo del *steeple-chase*. Estos obstáculos tenían una altura que exigía por parte de los concurrentes llamados á vencerlos mucho vigor y ánimo, y la anchura de los fosos exigía la repetición del esfuerzo, con cuyo auxilio un buen corredor irlandés triunfa tan felizmente de una dificultad como salta un galgo una pequeña barrera. Un caballo muy valiente podía en efecto traspasar de una vez los dos ó tres primeros obstáculos, pero entonces no le permitían continuar sus músculos cansados sin cambiar de pie, como suele decirse, en la cresta del declive, lo que le exponía á una caída cierta en el caso de encontrarse un foso á ambos lados. No era una friolera el saltar unos treinta obstáculos parecidos sin contar todavía con un arroyo bastante ancho y una gran pared de piedra, galopar durante cuatro millas irlandesas antes de llegar á la tribuna del jurado, y entablar una lucha de velocidad con los mejores corredores de *steeple-chase* de la Gran Bretaña. Así, pues, bien puede decirse que un vencedor en las carreras de Punchestown ganaba noblemente sus laureles..., laureles entre los que, como en la corona de muchos héroes pedestres, figuraba el trébol abundantemente mezclado.

(Continuará.)





CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR.



A política sigue en calma.

Atraviesa el tranquilo período de gestación, después del que esperamos que dé á luz, á la corta ó á la larga, con mayor ó menor esfuerzo, á una nueva minerva armada de punta en blanco y distinguida de antemano por el nombre de izquierda liberal.

Entretanto, á falta de otros pasatiempos, parece que no encuentran las oposiciones mejor recurso que el de escribir caprichosas novelas, tarea literaria de relativo mérito, y sin más inconveniente que la desilusión que en el lector causa siempre la idea de ser las supuestas historias vano invento de la fantasía.

Porque es cierto que el público, amigo en general de realidades, y más aquél que á los asuntos políticos tiene ciertas aficiones, fué siempre poco propenso á dejarse impresionar por obras de la imaginación, sobre todo, cuando la trama y sus episodios y peripecias no están conducidos por un poderoso genio de inventiva.

La novela—y permítase esta digresión, sólo tolerable cuando realmente hay calma y carece de asuntos de novedad

una crónica,—la novela pudiera también alcanzar los honores de poderoso medio de propaganda; pero solo en el caso de ser verosímil, y no tienen por cierto esta gran cualidad la fábula de Zarauz, la de las conspiraciones ocultas y tenebrosas en víspera de sorprender al Gobierno constituido, ni la de las disidencias trascendentales y odios implacables en el seno del Gabinete.

La trama está poco estudiada, la exposición lánguida y el asunto trivial y gastado.



Los padres de la futura izquierda pronuncian, entretanto, discursos que no carecen de importancia. En las pintorescas playas de Galicia, en la hermosa Pontevedra celebráronse juegos florales á la antigua, y como los celebra modernamente Barcelona. Con tan plausible motivo, se dió un banquete á los Sres. Balaguer y Montero Ríos. Y como no hay banquete sin discursos, en Pontevedra hubieron también de pronunciar los suyos los dos hombres políticos ya mencionados.

En medio de las brillantes frases se hicieron declaraciones que pueden considerarse de interés por referirse á la doctrina y línea de conducta que ha de seguir la futura izquierda con las demás agrupaciones liberales. Será, pues, conveniente y oportuno fijarnos en el verdadero estado del partido en vías de formarse.

«Permitidme, señores—dijo el Sr. Montero Ríos, tomando la palabra,—que cuando estoy ya á la mitad de mi vida; que cuando la nieve del tiempo ha venido á destruir las flores de mi juventud, brinde por las damas de Pontevedra, por vuestras madres, por vuestras esposas y vuestras hijas, por las que nos han enseñado y enseñarán á nuestros hijos á practicar sus deberes en nombre de Dios.»

Después de esta poética invocación á los dioses mayores y menores, hecha con cabal conocimiento del medio en que

el orador se encontraba y sobre todo de los sentimientos íntimos de las bellas de Pontevedra, dijo que la izquierda vivía y representaba la causa vencida pidiendo á la causa vencedora una transacción en aras de la paz y condiciones de vida; hizo en breves palabras la correspondiente apología de la revolución de setiembre, añadiendo:

«La izquierda nació levantando la bandera de setiembre, bandera arriada por hombres liberales, merced á causas que yo respeto.

»La izquierda creía de buena fe que al amparo del Duque de la Torre, caudillo de aquella revolución, los soldados que la habían defendido se colocarían todos á su lado; pero este pensamiento, lo confieso, fracasó en virtud de compromisos especiales que yo también respeto.»

Declara que la izquierda no trajo principios nuevos, y sí sólo los que en 1875 constituían la bandera del partido de Sagasta; reconoce en el partido constitucional condiciones de Gobierno, y prosigue:

«A mi juicio existen tres criterios y escuelas distintas, representadas por los partidos conservador, constitucional y demócrata. El primero con sus definiciones concretas sobre los poderes públicos, y el segundo que no acepta el principio generador de la izquierda.

»Así, pues, mientras tanto el partido constitucional no acepte este principio ó nosotros no aceptemos los suyos, lo que pido á Dios no suceda, habrá tres criterios y tres partidos. Esto no obsta para que podamos y debamos ayudarnos hasta el momento en que ellos terminen de recorrer su camino y de realizar su programa: desde este momento nosotros seguiremos solos.»

Y después de excitar á la paz y á la concordia, sin aludir por supuesto á los príncipes cristianos, y después de dar también una estocada á fondo á los que pudieran imaginar que la izquierda es «un partido de siervos dispuestos á ser instrumentos de los apetitos de personalidad alguna,» termina con las siguientes palabras, por cierto más patrióticas y políticamente correctas que muchas otras salidas de los moldes del fusionismo:

«Si las condiciones de la política y las corrientes de la opinión pública—dijo—exigiesen que el partido constitucional se encargase del Gobierno, yo sería su más poderoso auxiliar mientras facilitase la propaganda y realización de nuestras ideas; pero si la opinión pública exigiese que la izquierda se encargase del Gobierno, lícito es pedir que aquel partido y sus hombres nos ayuden á nosotros, porque si no podemos ser hermanos, podremos ser amigos.

»La izquierda cifra su dogma en el Código del 69, y está dispuesta á transigir por lo que respecta al procedimiento que ha de emplearse para que dicho Código vuelva á ser la Constitución del Estado.

»No queremos la libertad como un favor, porque la libertad entendida así, degrada; queremos la libertad como un derecho, cuya única garantía debe ser la ley. Por eso queremos que los derechos se designen en el Código constitucional.

»Aspiramos, no para humillar al trono, sino para glorificarlo, á que la base del trono sea el voto nacional; aspiramos á que se reconozca que todos los poderes públicos emanan de la nación, porque fuera de ella nada existe en el orden político, como nada existe en el orden religioso entre Dios y el hombre, sin la intervención de los ministros de la Iglesia; queremos que nuestras reformas tengan estabilidad constitucional, y en esto nos diferenciamos del partido constitucional, el cual quiere los mismos principios que nosotros, pero incluidos en leyes orgánicas. Esta diferencia no es ya cuestión de procedimiento, sino de esencia; por eso no es posible transigir, y por eso la izquierda es un partido que tiene que cumplir una altísima misión.

»Señores: el poder es de la unidad y de la fuerza; por eso yo, que soy casi un retirado de la vida política, os aconsejo que viváis unidos, que profeséis el culto de las ideas, contentándose hoy con parte, si no se puede conseguir el todo, pero sin renunciar en lo futuro á la completa realización del todo. Y creed que el porvenir es de la democracia.»

Hacemos gracia á nuestros lectores de los obligados plácemes, esperadas felicitaciones y consiguientes aplausos.

Nos falta consignar, sin embargo, por ser dato importan-

te, que el banquete se celebró y los discursos se pronunciaron en el teatro de Pontevedra, que allí se llama también coliseo.

*
* *

Llegó después el turno al verbo de la izquierda, enviado y representante del gran pontífice. A poco de empezar, olvidóse el Sr. Balaguer de que era poeta y cantor obligado de las grandes tradiciones de la Edad Media; prescindió entonces de los recuerdos que suscitan las ensangrentadas barras de Wifredo y la roja cruz de San Jorge, y, descendiendo á los prosaicos campos de las actuales luchas de la vida, se explicó en estos términos:

«Mucho se ha hablado en la prensa, no sé por qué ni para qué, de las divisiones de la izquierda; tampoco sé con qué fines se ha propalado el rumor de que la izquierda está muerta, y de que la izquierda está dividida; por eso pregunto: ¿Qué motivos tiene la prensa para hablar así y para proclamar nuestras divisiones? Yo afirmo que la izquierda está donde estaba, y que mantiene su programa de siempre.

»Y la prueba de esto no se hará esperar, porque dentro de breves días el Sr. Duque de la Torre dirigirá una circular al país, en la cual quedará demostrada nuestra unión y afirmados nuestros principios.

»La izquierda vivirá porque tiene razón de ser, y tiene razón de ser porque obedece á una necesidad política, que si á esto no respondiese sería, no un partido, sino una de tantas aspiraciones de personas ó de grupos, y tiene además razón de ser porque viene á llenar un vacío, ese vacío que dejaron de llenar, por causas que yo respeto, los hombres que, habiendo enarbolado la bandera de 1869, abandonaron esa bandera, obligándonos así á muchos á separarnos de ellos, y obligando también al ilustre Duque de la Torre á desplegar aquella bandera, símbolo de la libertad.

»La izquierda quiere que el Estado y sus instituciones se consoliden sobre la base del derecho moderno, que es donde la democracia informa todos sus ideales.

»La izquierda quiere que las bases del Código de 1869 informen la Constitución del país, y quiere dar á todos los poderes públicos los derechos y prerrogativas que les correspondan.

»Después de estas afirmaciones, yo pregunto á las personas imparciales si hay algún partido que represente este credo de la izquierda.

»No, hasta el punto de que si se retirase el Sr. Duque de la Torre, si se retirase el Sr. Montero Ríos y nos retirásemos todos, el partido viviría, y viviría fuese quien fuese el que levantase la bandera.

»Señores, y amigos míos, ¿qué más he de deciros después del discurso doctrinal del Sr. Montero Ríos? Sólo repetiré con él, que hoy existen tres partidos: el conservador, que combatiremos con lealtad, respetando á sus hombres y á su jefe el Sr. Cánovas, cuya probidad y talento admito, pero cuya política considero peligrosa y próxima á ser sustituida, porque lo que viene prematuramente, prematuramente se va.

»El partido constitucional tiene aspiraciones de libertad, pero creo que va equivocado, porque hoy por hoy, representa una especie de unión liberal, y sostiene ideas que se diferencian de las nuestras, como demostró en su magistral discurso el Sr. Montero Ríos.

»Queda la izquierda, este partido que viene á concluir con las asonadas, motines y revoluciones; que viene con la bandera de la paz á pedir su intervención en el Gobierno del país y á traer fuerzas democráticas á la monarquía.

»Todos nosotros tenemos la misma idea, ó sea que los principios del Código de 1869 informen la Constitución del Estado.

»No es, por tanto, cierto que busquemos fórmula alguna para demostrar que estamos unidos; la circular convocando á los comités para la asamblea del mes de octubre con objeto de nombrar la junta directiva del partido será la mejor prueba de ello.

.....

»Que todos los derechos y libertades del Código de 1869 formen parte de la Constitución del país y que á los poderes

públicos se les dé la organización y el fundamento que les da aquel Código.»

Nada de castillos feudales, nada de caladas ojivas, enamoradas damas ni galantes trovadores.

La política y las luchas modernas de los partidos tienen crudezas capaces de convertir la poesía en prosa, y en banquetes de la izquierda los juegos florales.

*
* *

Tal es la campaña abierta por el sabio profesor de derecho canónico y el conocido poeta del Monserrat, campaña de propaganda que se proponen seguir por diversas provincias otros entusiastas apóstoles del izquierdismo, entre ellos Becerra y López Domínguez.

Hay, sin embargo, suspicaces que se empeñan, al hablar de estas cuestiones, en buscar antagonismos entre los propagandistas, recordando que en un principio se propuso el General López Domínguez recorrer, no sólo Andalucía, sino Aragón y Cataluña, y que sólo visitará ahora las poblaciones andaluzas. Pero si no se aprecian de la misma manera las cuestiones que preocupan á la izquierda, y si hay diversidad de criterio entre sus prohombres, siempre resultará que, vaya ó no á Cataluña y hable antes ó después del Sr. Balaguer el General, la contradicción ó la conformidad tendrá que evidenciarse forzosamente.

Existe un punto más negro, una nubecilla más oscura en los horizontes del fusionismo. Ese punto y esa nubecilla arrancan quizás de asperezas personales.

El dogma confesado en Pontevedra, con soberanía nacional, sufragio universal y demás principios radicales del Código de 1869, nos parece á los profanos una simple y exacta reproducción de la fórmula votada en la última reunión que celebraron los izquierdistas en la sala de presupuestos del Congreso, reunión á la cual concurrió también el Sr. Martos, que hoy se presenta como germen de disidencias.

Ciertas actitudes resultan inexplicables. No es posible que

el elocuente jurisconsulto á quien se achacan siempre veleidades de carácter y arranques de independencia, quiera, como el Sr. Sagasta, ser á toda costa otro pontífice de una nueva iglesia.

La lógica de los hechos y las conveniencias del organismo político, dan nacimiento á los partidos serios. Jamás las pretensiones á la jefatura.

Esperemos á que el partido liberal dinástico nos diga su última palabra.

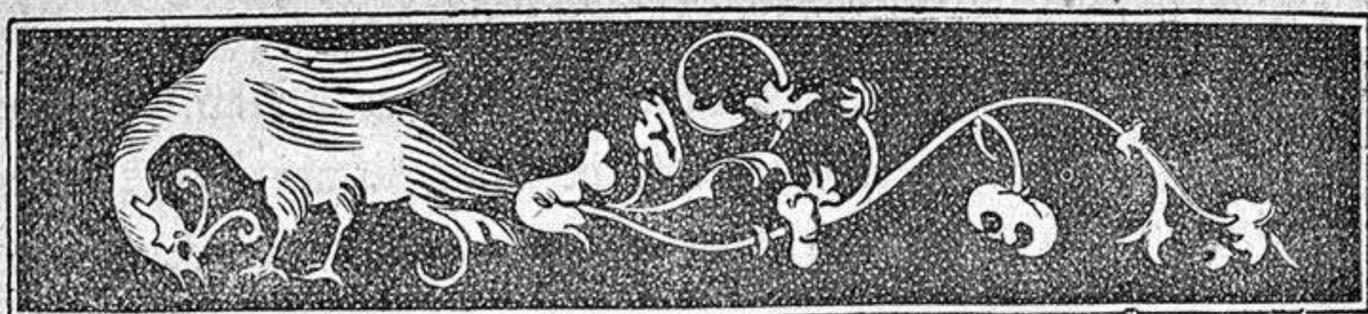
*
* *

El natural cansancio que al fin produce el disertar sobre cuestiones imaginarias, dió por felizmente terminada la discusión acerca de los asuntos que, como el de los cementerios y el de Italia, sólo consiguieron ser tratados apasionadamente por las oposiciones sistemáticas, en gracia de la carencia absoluta de materia que dé á las armas del adversario y á la crítica fundamentos más reales.

La unidad de miras del Gobierno seguirá aún poniéndose en duda; ciertas idas y venidas podrán tergiversarse, ya que no puede hablarse de otra cosa; se inventarán tal vez nuevas cábalas y suposiciones; pero el país prescindirá de comentarios, manteniendo su confianza á quien deba, con más aficiones á los hechos que á las palabras.

Entretanto, el Sr. Romero Robledo reformará los organismos políticos y administrativos del país; el Ministro de la Guerra estudiará el servicio militar obligatorio, que no han sabido implantar los liberales; se harán reformas en Ultramar; se prepararán mejoras en Fomento y otros ramos, contestando á los pronósticos de fracasos y disturbios el creciente entusiasmo de las provincias por su joven Monarca y las instituciones.

A.



REVISTA EXTRANJERA

DISUELTO el ruidosísimo Congreso de Versalles á satisfacción del Gabinete Ferry, la Cámara de los Diputados consagró dos frías sesiones de despedida al examen de los asuntos de China. El día de la Asunción, memorable para los partidarios del Imperio, se votó la proposición presentada por los Sres. Sadi-Carnot y Proust, expresando la confianza de la Cámara «en la firmeza con que el Gobierno sabrá hacer respetar el tratado de Tien-Tsin.» Verdad es que hubo necesidad de dos escrutinios, por no reunirse en el primero el número de votos reglamentarios en una cuestión en que tan profundamente interesados estaban el patriotismo y los intereses de Francia.

Así principió la última quincena de agosto, que concluye con las hostilidades de la escuadra francesa en los mares de China.

Decididamente el partido de la guerra ha triunfado en Pekín en los consejos de la Emperatriz de China. La ruptura es un hecho. El Gobierno chino se ha negado á pagar los millones que se le exigían, y el pabellón francés ha desaparecido de la legación republicana en Pekín, coincidiendo con aquel acto el inmediato bombardeo de Fu-Tchu. Sin embargo, los representantes de las potencias extranjeras acreditados en China han recibido una nota oficial del Gobierno francés,

diciendo que Francia no quiere más que vengar las muertes de Bac-Le, y que no se trata de una guerra, sino de «repre-salias,» que en la intención del Sr. Ferry no envuelven más que hostilidades limitadas, y en manera alguna suponen lo que de ordinario se llama guerra.

Tales distingos no pueden menos de llamar la atención y serán preciosísimos datos para la historia del derecho internacional moderno.

Sea lo que fuere, resultan desmentidas las afirmaciones tan repetidamente hechas en la tribuna por el Presidente del Gabinete francés, según las cuales los asiáticos de la Indochina no intentaban en manera alguna hacer frente á los soldados franceses. «Nunca la paz es allí más inminente—decía hace muy pocos días Mr. Ferry,—como cuando la guerra parece más próxima.» Estas palabras suponen cuando menos una imprevisión capaz de inspirar serias inquietudes.

Si algunos han ponderado el valor militar de los chinos, otros quieren en cambio convencernos á toda costa de que no constituyen más que un pueblo sin carácter y fácil de reducir á la primera demostración guerrera. No es prudente dar crédito á ninguno de los que tanto exageran.

Desde luego observamos que en las noticias recientemente recibidas acerca de las operaciones contra Fu-Tchu, se nos menciona la toma de una flota china de que hasta ahora no se había hablado, y no se dan todavía pormenores de los resultados producidos por el tiro de los buques acorazados contra el arsenal, cuyo bombardeo ha debido ser el principal objetivo del Almirante Courbet.

Dícese, sí, que el combate ha sido largo y encarnizado, echando así por tierra las ilusiones de los optimistas. Se habla de navíos franceses averiados ó destruídos y de que la lucha ofrecerá dificultades tanto mayores cuanto los acorazados no pueden pasar la barra, el Almirante no puede servirse más que de cruceros, y la resistencia es terrible y más desastrosa todavía por lo inesperada.

Noticias que parecen certeras, añaden que Fu-Tchu, situado en la orilla septentrional del río Min, cuyo cauce está erizado de obstáculos naturales, tiene su arsenal y sus docks,

defendidos por fuertes y extensos trabajos construídos bajo la dirección de ingenieros europeos, con cañones Krupp de grueso calibre.

*
* *

Después de los telegramas que anunciaban á Europa el disparo de la metralla francesa contra un puerto del Celeste Imperio, parecía natural que el conflicto saliese de una vez del terreno de las argucias, oscuridades y artificios en que, al parecer, se placían en encerrarlo aquellos dos Gobiernos, el uno con el designio sin duda de ganar tiempo para prepararse á la lucha, y el otro con la esperanza de indemnizarse de los gastos que le producen sus ruinosos planes coloniales y su caprichosa expedición al Tong-King. Vemos, pues, con extrañeza, que el Gobierno francés trata aun de mantenerse en el mismo período indefinible, prolongando la situación en que desde el principio le vimos colocado, poco franca y mal caracterizada. Y es que el Gabinete presidido por el señor Ferry tiene que cumplir una formalidad antes de proseguir la guerra, formalidad que teme y á la que está obligado si no quiere violar abiertamente el pacto fundamental que rige hoy los destinos de su país y el juego de las instituciones republicanas. Según los términos de la ley constitucional que prescribe en Francia las relaciones de los poderes públicos, el Gobierno francés está obligado á convocar el Parlamento. El art. 9.º de esta ley dice de una manera terminante: «El Presidente de la República no puede declarar la guerra sin el previo asentimiento de ambas Cámaras.» El deber del Gobierno francés no admite dudas en esta parte.

Cierto es que al Gabinete no ha de serle agradable. Había prometido volver á presentarse ante los representantes de la nación como mensajero de buenas nuevas, y tiene, por el contrario, que llamarlos durante las vacaciones para anunciar el triste desenlace de su política y diplomacia, erigiendo en jueces de la situación á los diputados. El derecho de la guerra pertenece, pues, á la nación, y si hasta aquí ha podido

burlarlo, no puede ya desconocerlo, sin cometer un atentado contra las prerrogativas del Parlamento.

Sin embargo, el periódico *Le Temps*, en el que suele encontrarse la expresión del pensamiento y de los deseos del Presidente del Gabinete francés, en forma de sencillas notas ó despachos procedentes de Londres, Berlín ó Viena, nos dice que bajo el punto de vista estrictamente diplomático, las relaciones entre Francia y el Celeste Imperio han entrado en una fase que se califica de «estado de represalias.» Y según declaran los amigos del Sr. Ferry, la fórmula «estado de represalias» tiene por objeto tranquilizar á los negociantes extranjeros acerca de las consecuencias, bajo el punto de vista mercantil é internacional, de la ruptura entre Francia y el Imperio chino.

El estado de guerra, propiamente dicho, la proclamación oficial de las hostilidades, según explican los órganos oficiales, supone el derecho de visita á los buques mercantes de todos los países, la captura de las mercancías sospechosas y el bloqueo de los puertos enemigos, mientras que el estado de represalias deja á los buques neutrales al abrigo de medidas vejatorias y coercitivas.

La fórmula es en alto grado ingeniosa y tiene este distinguo la ventaja de permitir al Gobierno francés la pretensión de no haberse extralimitado de los poderes que le confirió la famosa orden del día votada por 176 diputados que se sentaron el 15 de agosto en los escaños del palacio Borbón.

No se declara la guerra, pero hablan las ametralladoras y los cañones.

*
* *

Supóngase que una dócil mayoría admita las distinciones entre el estado de guerra y el estado de represalias; supóngase que sofismas poco sólidos consignan el asentimiento de Francia, que es muy dueña de disponer de su sangre y de su dinero. ¿Pueden las operaciones de los beligerantes ser indiferentes á las potencias neutrales?

Las potencias neutrales tienen el indiscutible derecho de

saber si dos naciones, con las cuales comercian, están en estado de guerra ó de paz, porque de esta solución depende que se coloquen en situación muy diferente.

Se sabe, por ejemplo, que Alemania ha construído varios buques de guerra para China. Hace poco que se anunciaba que dos embarcaciones, salidas de los talleres de Wilhelmsafen, estaban á punto de entregarse. El derecho internacional prohibiría la entrega si Francia estuviese en guerra con China. Por otra parte, si la escuadra francesa de evolución en el Atlántico ó en el Mediterráneo las aprehendiese al pasar, sin previa y positiva declaración de guerra, cometería un acto calificado de piratería, dando á los alemanes obligados á indemnizar á China motivo para reclamaciones muy justas.

También han dicho los periódicos de Londres, que algunos buenos negociantes ingleses, que apesar de sus filantrópicos sentimientos, nunca pierden ripio cuando se trata de embolsar libras esterlinas, han enviado desde Liverpool varios cargamentos de armas y dinamita á los puertos chinos. Si hay guerra, es claro que el Almirante Courbet tiene el derecho de visitar los buques, confiscar armas de guerra y materias explosivas; mientras que si la guerra no existe, nadie puede impedir que las municiones lleguen intactas y en perfecto estado á sus destinatarios.

Lord Gladstone y el Canciller Bismarck, según ya confiesan en París los periódicos independientes, pueden obligar á que de una vez se declare de una manera oficial y sin tergiversaciones si existe ó no el estado de paz ó de guerra.

En ciertos casos, y fuera del Parlamento, á nada bueno conducen los distingos de que puede fácilmente burlarse la diplomacia, poco dispuesta á una absoluta aquiescencia, cuando obra bajo las inspiraciones de los poderosos y respetables Gabinetes de Berlín y de Londres.

*
* *

Se dice y se repite: «Es sobrado ancho el campo que ofrece el Imperio chino para que ni Inglaterra, ni Alemania, ni

los Estados Unidos se decidan á oponer á Francia una hostilidad armada en defensa de sus intereses. Podrán sobrevenir reclamaciones y complicaciones diplomáticas, si en el curso de la campaña ocurre alguno de esos incidentes casi inevitables en todas las guerras contra pueblos bárbaros. Pero desde luego puede asegurarse que el litigio no pasará de la diplomacia á las armas, y que todo quedará reducido á la protesta natural é inevitable de quien se ve arrebatarse parte de una presa que se había habituado á considerar como patrimonio exclusivo.»

Y se añade: «Es bárbara, impropia de nuestra civilización, abonada sólo á rencores irreconciliables de raza y al estéril derramamiento de sangre, la guerra entre las naciones europeas. Pero la guerra contra países bárbaros, que sistemáticamente combaten cuanto tiende á hacer entrar en la circulación fuerzas, elementos y poblaciones de la importancia de las de China, no sólo es lícita, sino digna de alabanza.»

Este es otro distinguo tan capcioso como el de que antes hablábamos, si se considera que autoriza desde luego todos los crímenes internacionales, todas las invasiones y todas las concupiscencias delirantes. ¿Quién precisó nunca los siempre relativos límites de la barbarie? ¿Qué significa realmente la guerra de Francia contra China?

Hay necesidad, ante todo, de entendernos acerca de la palabra civilización. Decía Voltaire: «Si queréis que discutamos, definid primero los términos.» ¿No fué un abuso de la palabra y una verdadera é hipócrita profanación la de Inglaterra, cuando pretendió civilizar á los desgraciados chinos, imponiéndoles la obligación de dejarse envenenar por medio del opio? ¿Qué empeño es este de querer hacer felices á las gentes á cañonazos y apesar suyo? Por mucho que se discorra, es difícil convencer á nadie de que el desprendimiento, y no el egoísmo, es el que prepara y explota las terribles luchas armadas, sin más razón que los elásticos intereses del comercio y de la cultura, alegados por el más fuerte.

Habla Francia, sin poderes de nadie, en nombre de la civilización europea. ¿Por qué no han de hablar los asiáticos en nombre de la suya? ¿Será por las diferencias de raza y de

temperamento, que no pueden borrar los siglos? Cada cual obedece á su providencial destino, y mientras Francia vive sin rumbo en sus perpetuas agitaciones, China se place en una inmovilidad que forma singular contraste, pero de la que ignoramos pueda violentamente arrancarla nadie con derecho.

Por otra parte, esa inmovilidad manifiesta no es un hecho de decadencia ni el resultado de indolencia natural; es un acto de voluntad reflexiva. Ningún pueblo fué nunca más activo ni laborioso.

Cuenta ya la historia del mundo que naciones muy cultas han llevado á pueblos semi-salvajes una civilización completa, que casi nunca les ha hecho más felices; pero la situación es ahora muy diferente. Los chinos pueden responder á los europeos:

«Conocemos todo lo que decís, y lo conocimos antes que vosotros. Teníamos la brújula, la imprenta y la pólvora de cañón cuando vosotros, ingleses y franceses, no estábais mucho más civilizados que las tribus africanas; pero, después de reflexionado maduramente, tuvimos á bien no abusar de tales inventos, como abusáis ahora vosotros.»

Con los beneficios de la paz y con el comercio y trato con los demás pueblos, es como podrá entrar el Celeste Imperio en el concierto general que se desea.

Un coronel chino, Tcheng-ki-Tong, publicó hace poco tiempo en París un libro, chispeante de ingenio, poniendo de relieve la sinrazón de la lucha preparada contra China. En este libro queda demostrado que los triunfos pacíficos son los más seguros y duraderos. Los misioneros que más ascendiente han tenido en China, son los jusuitas.

El coronel Tcheng-ki-Tong reproduce, apropósito de este dato, un trabajo de Mr. de la Vernède, que demuestra el fundamento de las simpatías de que por mucho tiempo ha tenido la Compañía de Jesús en el Celeste Imperio. «Acogidos con benevolencia por el Emperador—dice;—pensionados por el Tesoro, cautivan á todas las clases sociales por sus irresistibles procederes. No tuvieron más que hablar para convencer; porque no denigraban, como se hace ahora, el

admirable culto de los antepasados, el culto que existió en la antigua Roma. Respetaban á Confucio y se guardaban de ofender las añejas convicciones, en las que descansa el edificio político del Imperio. Pero pronto los dominicos y los franciscanos, rivales del poder de los jesuitas en el extremo Oriente, destruyeron su magnífica influencia, haciéndolos expulsar en 1773 por una bula del Papa Clemente XIV. Los lazaristas los sustituyeron, con menos métodos. Carecieron de tacto para deprimir y condenar las costumbres morales de la nación, sus preocupaciones y creencias; y así como los jesuitas hubieran sido excelentes auxiliares para la política y el comercio europeos, dominando en toda la China y preparando poco á poco aquel gran pueblo á cambiar sus riquezas con los pueblos de Occidente, los lazaristas lo comprometieron todo.»

Los jesuitas, entre los que la virtud no carece nunca de cortesía y la santidad es risueña y amable, conocían, en efecto, el medio más eficaz de conquistar la China, influyendo en las altas capas sociales, en los letrados y mandarines.

También se ocupa Tcheng-Ki-Tong, no sin cierta maliciosa sátira, de la organización democrática de Francia, que supone incomparablemente inferior á la del Celeste Imperio, donde todo se concede al mérito. Sabido es que la vida del funcionario chino no es más que un perpetuo examen, desde la prueba que sufre ante el Gobernador en la capital de provincia, hasta la de los candidatos académicos en presencia del Emperador mismo. Los grados que pudiéramos llamar de doctor, licenciado y bachiller, que sólo tienen entre nosotros un valor muy restringido, corresponden allí á otras funciones del Estado, á otras tantas clases distintas. «Todos los individuos, escribe dicho elegante autor, son admitidos á los concursos públicos que otorgan los grados. Este derecho es en sí mismo más precioso que todos los que se inscribieron en el famoso código, enfáticamente llamado de los principios *inmortales* ó de los derechos del hombre. En ninguna parte del mundo existe un principio más democrático, y es extraño que no se haya pensado en adoptarlo en las comarcas occidentales, donde los inmortales principios no han po-

dido asegurar todavía el mejor Gobierno ni un Estado social menos imperfecto.»

Es claro que dista muchísimo, apesar de lo dicho por el coronel Tcheng-Ki-Tong, la brillante civilización nuestra de la cultura estacionaria que en China impera; pero no deja de ser singular la época nuestra en que representantes del Celeste Imperio pretenden convencernos de su superioridad con extremado buen gusto, rica expresión literaria y exquisita finura.



Raro es que los generosos impulsos de mejorar el mundo muevan á los conquistadores.

El Celeste Imperio reúne circunstancias tentadoras. Su variado clima, que comprende desde los calores de la zona tórrida á los fríos tropicales, y su feracísimo suelo permiten todos los más preciados productos. La agricultura ha sido allí llevada á la última perfección. Sus inmensos valles están cruzados de ríos y canales; las elevadas montañas ofrecen riquezas grandiosas al arboricultor y al minero; toda la variadísima fauna, la exótica y maravillosa flora, las producciones naturales y las del trabajo y de la industria tienen un aspecto casi fantástico. No es extraño que Europa, inspirada por los afanes de su insaciable y vigoroso genio, pero empobrecida y caduca, sueñe con remozarse en soñadas orgías de inagotable riqueza y de esplendorosa vida, en aquel Imperio de 137.500 miriámetros cuadrados de tierra con 400 millones de habitantes, que apenas contribuyen con 500 millones de francos á las cargas del Estado.

Pero, descendiendo al terreno estricto de las actualidades, ¿cómo mirará hoy Europa la guerra franco-china?

Es un hecho de notoriedad pública la tirantez de relaciones entre Francia é Inglaterra, tirantez aún mayor desde el fracaso de la conferencia para el arreglo de la deuda egipcia. Si la expedición del Tong-King y los rozamientos inevitables con China han tomado el carácter agudo en que se encuen-

tran; débese en gran parte á los alientos que la hostilidad china ha cobrado en Lóndres. Es difícil suponer en Inglaterra neutralidad moral entre los dos pueblos enemigos.

Ya el *Times* ha publicado en sus columnas las cifras representativas del comercio británico con el celeste Imperio. Lo exportado de China para la Gran Bretaña se eleva á 55 millones de duros, casi la tercera parte del presupuesto de España; lo llevado de Inglaterra á China asciende á 35 millones. Estos intereses se encuentran, según nos dice aquel periódico, en la proporción de 20 á 1 respecto de los de Francia. ¿Podemos creer que la guerra de China no sea asunto interesantísimo para Inglaterra?

Quien examine imparcialmente la historia de la Gran Bretaña, desde los tiempos de la destrucción de nuestra armada invencible, verá que esa nación puede ser parcialmente vencida, como lo eran los soldados de Roma, pero que el triunfo final es siempre suyo. Hay en la raza sajona una energía y una vitalidad admirables, contando además ahora con recursos inmensos.

La actitud de Alemania es más compleja, pero no equívoca. Al día siguiente del fracaso de la conferencia de Lóndres, Bismarck proyectó, impensadamente, un Congreso que habrá de reunirse en Berlín, tal vez en el momento en que las flotas y los soldados franceses luchan encarnizadamente en el Tong-King ó en los mares de China. Alemania tiene también allí relaciones comerciales que, sin llegar á tener la importancia de las inglesas, son infinitamente superiores á las de Francia. En el mismo caso se encuentran los Estados Unidos, que sufrirían, de una manera considerable, las más serias perturbaciones económicas.

Rusia, por otra parte, mantiene relaciones incesantes y lucrativas con sus vecinos, y en su política en Europa domina además la necesidad de mantener cordiales relaciones con Alemania para los fines dinásticos y sociales que persigue. Austria é Italia están igualmente ligadas por las consideraciones de su conocida política en el continente.

Podrá no haber hostilidad declarada, pero es muy posible que la aventura que ahora empieza, decida de la suerte de la

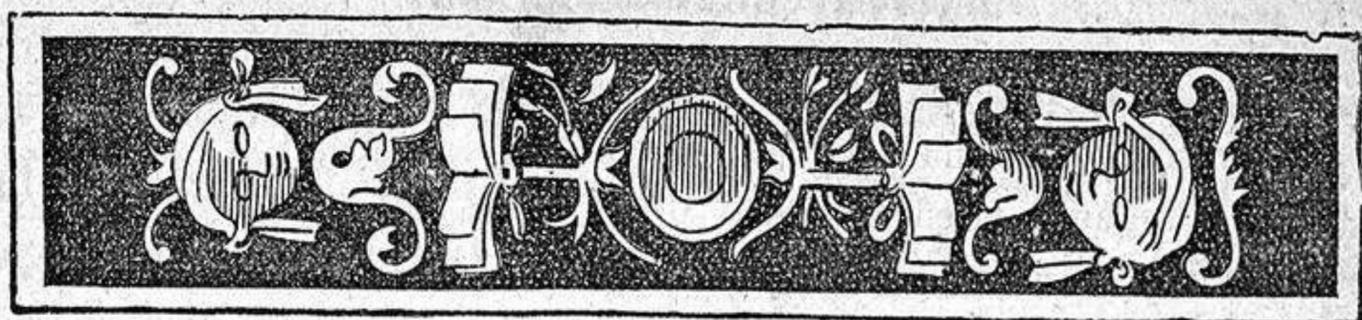
República, empeñada en comprometer la paz de Europa.

Hay quien sueña en un gran guerra marítima; pero esta guerra daría indudablemente de nuevo la hegemonia de los mares á Inglaterra.

España no tiene interés directo, ó lo tiene muy limitado, en el éxito ó fracaso de las cuestiones que, con las armas, se ventilan en el extremo Oriente. Sin embargo, nunca podrá serle del todo indiferente lo que suceda, pues, como muchas veces se ha dicho, las hegemonias jamás fueron buenas para los débiles, ni en los mares, ni en los continentes tampoco.

S.





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

Muñoz y Peña (D. Pedro).—*Elementos de Retórica y Poética, ó Literatura preceptiva. Obra adaptada para servir de texto á los alumnos de segunda enseñanza.*—Imprenta de Rodríguez, Valladolid.—6 pesetas.

Dedicado el autor de este libro á la enseñanza de la juventud, ha podido observar por sí mismo las dificultades que surgen en la práctica al acomodar las explicaciones del profesor á un texto extraño, siquiera éste sea inmejorable, y ésta es la razón en que principalmente se ha fundado para dar á la estampa la presente obra.

«Porque no hay duda—dice el señor Muñoz,—en primer término, que el profesor no puede encontrar un texto tan exactamente acomodado al concepto que él tenga de toda la asignatura en general, y de cada uno de sus tratados en particular, que pueda pasar sin hacer en él alteración algu-

na. Esto, como á primera vista se nota, es completamente imposible, y el profesor se ve entonces en la dura alternativa, ó de aceptar como bueno lo que á él interiormente no le parece, ó á restablecer con una explicación distinta la verdad de lo que él cree erróneo ó defectuoso. En el primer caso, el profesor tiene que sufrir intelectualmente y hasta hacer traición á sus propias convicciones; en el segundo, queriendo restablecer lo que juzga verdadero, ó subsanar lo defectuoso, no consigue otra cosa, en la mayor parte de los casos, que extravíar la inteligencia de los alumnos, que, poco acostumbrados aún á reflexionar por sí propios, encuentran en esto mayor confusión, y decidiéndose por lo que el libro les dice, hacen caso omiso de la explicación del catedrático, la cual sufre las consecuencias de la inestabilidad de la palabra hablada.

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

»Por esta razón, las explicaciones del profesor, sobre todo en los primeros años de la segunda enseñanza, deben revestir una sobriedad grande, y no pueden ser otra cosa que ampliaciones de los asuntos que el texto trata, y cuidando hacerlas en la misma forma, orden y ocasión en que el autor los enlaza, porque en realidad de verdad, la enseñanza elemental de las ciencias y de las artes tiene su perfección y excelencia exclusivamente en el método de enseñarlas, y mal puede el profesor recoger resultados provechosos, si no tiene él para su enseñanza un método peculiar y propio.»

Expuestas las razones que han decidido al Sr. Muñoz á publicar su libro, veamos lo que dice con respecto al plan que se ha trazado para dar cima á su propósito.

«En primer lugar—añade,—hemos dividido la asignatura en lecciones, prefiriéndola á la división por capítulos, porque reviste así una forma más didáctica, pues sin perder nada de su integridad, las doctrinas se acomodan mejor á la lección diaria, y el alumno cada vez estudia un todo completo, que, sin embargo de estar relacionado con lo que inmediatamente antecede y sigue, puede conocerlo aislada y parcialmente, sin que el encadenamiento y organismo científico quede truncado ó suspenso, y siguiendo en esto á distinguidos preceptistas cuyas obras gozan de merecida fama en la república de las letras.

»Por lo que á las doctrinas toca, creemos haber expuesto aquellas que están más conformes con los adelantos modernos, dándoles á cada una el lugar y la importancia que los principios fundamentales de la *Estética*, de la *Filología* y de la *Literatura* les

señalan, procurando que sean las que, como más verdaderas y racionales, proclama con entusiasmo el progreso de las ciencias, especialmente el de éstas que antes hemos citado, que son las que fundan el arte que nos proponemos examinar. Como consecuencia de esto, hemos expuesto en las primeras lecciones los fundamentos de la belleza, como base de la obra literaria; tratado es éste importantísimo, como que es de donde arrancan los conocimientos de la obra artística, y donde quizá alguno nos tache el habernos ido algún tanto á la mano en la especulación puramente científica, sin embargo de haber procurado hacer, por medio de ejemplos sensibles y materiales, más claras é inteligibles las doctrinas estéticas, de suyo algo oscuras y metafísicas; pero no es posible tratarlas de otra manera, y se necesita desde luego acometer sin desmayo la no fácil empresa de quitar de la enseñanza tanto empirismo empalagoso y rutina rastrera, tratando los asuntos científicos con la severidad augusta de la ciencia y con la concisión propia de la inteligencia razonadora, é ir acostumbrando á los jóvenes, más á reflexionar que á recitar lecciones; más á que profundicen y se asimilen á la idea viva del libro que no á procurar retener tanto su letra muerta; en una palabra, á que empiecen á ser hombres que piensen, y no instrumentos de resonancia, que repiten sin tomar nada de lo que mandan á la memoria.

»Al tratar de la palabra como elemento de la obra literaria, también nos hemos extendido algo más de lo que la Retórica tradicional acostumbraba, porque creemos que deben darse á los jóvenes desde luego estos elementos necesarios para conocer la

importancia de este medio de expresión artística, y no aparezcan como peregrinos en estos conocimientos, que los adelantos lingüísticos modernos han hecho comunes; procurando, finalmente, relacionar los diversos tratados y partes de la asignatura, de manera que parezca un todo orgánico, no dejando nada suelto, sino formalmente relacionado y congruente, para que nada aparezca como inútil en nuestro estudio. En todo lo demás hemos seguido el método aceptado, si bien hemos creído que para dar un carácter más orgánico y sistemático á nuestra obra, debíamos exponer inmediatamente después del tratado ó sección de los preceptos generales y comunes á todas las obras literarias, llamado *Elocución* el estudio de las composiciones poéticas, tal como se acostumbra en los tratados de literatura, pues por algo se denomina el nuestro de *Literatura preceptiva*, dejando para después el estudio de las obras en prosa.

Al final, y como apéndice, dividido también en lecciones, hemos puesto la *Epístola á los Pisones*, llamada comúnmente *Arte Poética* de Horacio, porque consideramos este código inmortal del buen gusto como complemento necesario de toda educación artística. La hemos puesto sin notas, y sólo explicando al principio el contenido de cada lección, porque siendo nuestro propósito que los alumnos lo aprendan de memoria, lo traduzcan y lo comenten, no las necesita, porque al hacer la traducción y comentario en clase, pueden hacerse con más extensión que por escrito. Este ejercicio lo consideramos eminentemente provechoso; primero, para completar y perfeccionar el estudio de la lengua latina, y después

para conservar de una manera permanente los principales preceptos del arte literario y del buen gusto en general, saboreando de paso las bellezas que esta composición encierra, descubriendo á la vez algunos de los inagotables tesoros artísticos que contienen las literaturas clásicas griega y latina, ya que estos estudios tan amenos parece que se hallan ahora en decadencia en nuestra patria, precisamente cuando los pueblos todos y los sabios sin excepción se afanan por descubrir y saber hasta los más insignificantes detalles de todo lo que se relaciona con la gentil Grecia y soberana Roma. »

Conocido ya el autor y lo que se propone en la obra, nada tenemos que añadir á lo expuesto.

* * *

Arte de escribir, por el P. M. JOSÉ DE JESÚS MUÑOZ CAPILLA, agustiniano, con notas del P. Conrado Muiños Sáenz, de la misma orden.—Un tomo en 8.^o

No se entienda por su título que enseña el arte de escribir caligráficamente; á más alto resultado aspira. Pertenece á las obras destinadas á ilustrar el entendimiento, para expresar las ideas con claridad y belleza, como lo hizo Hermosilla en su *Arte de bien hablar*, y lo han pretendido otros varios con más ó menos fortuna. Sin duda el P. Muñoz es de los mejores; al menos tiene la ventaja de estar acorde con la indole de la literatura moderna en sus varias manifestaciones, sin preocupaciones de escuela. Si algo faltara á la obra, lo suplirían las notas del P. Conrado Muiños á cada uno de los cuatro libros en que está dividido el tomo.

* * *

Comisión para el estudio de las cuestiones que interesan á la mejora ó bienestar de las clases obreras, tanto agrícolas como industriales, y que afectan á las relaciones entre el capital y el trabajo.

Se ha publicado el *Cuestionario* que ha de servir de base á dicha Comisión para realizar sus trabajos. Las preguntas que contiene son difíciles de contestar. Se viene haciendo bajo diversas formas, desde que se conocen hombres organizados en sociedad, y dista mucho de haberse dicho la última palabra. Porque la idea de formar una estadística de los bienes y males de la clase obrera, sería tan fácil como inútil; el caso es encontrar el remedio á las múltiples penalidades que parecen inherentes á la humanidad. Si la Comisión le hallase, casi haría olvidar la antigua sentencia evangélica, *Siempre habrá pobres*

entre vosotros. Tenemos esperanza que si no le halla, al menos no ponga el asunto peor que estaba, según ha sucedido á muchos economistas de gabinete.

*
* *

El Quijote y el Telémaco: apuntes críticos.—Noticias biográficas del brigadier de ingenieros D. José Aparici y García.—D. Francisco Villamartín. Apuntamiento acerca de su vida y sus escritos.

Tres cuadernos separados, escritos por D. Luis Vidart, con la erudición y excelente criterio y lenguaje con que se le reconoce en la república de las letras.

Se venden, como las demás obras del mismo autor, en las principales librerías.

H.



ÍNDICE DEL TOMO LII

15 DE JULIO DE 1884.

	<u>Páginas.</u>
Emilio Ferrari, por D. Fernando Díez de Tejada.....	5
Trabajos de Ebermayer, por D. Rafael Álvarez Sereix.....	18
Del método experimental en la Psicología (continuación), por D. José Rodríguez Mourelo.....	31
Curiosidades naturales y carácter social de los Estados Unidos (continuación), por D. José Jordana y Morera.....	47
Diario privado político-militar del Almirante C. de Persano (continuación), por D. Carlos María Perier.....	65
El Timo, por D. Alfredo de Luis.....	82
Satanella (novela), por G.-I. Whyte Melville.....	93
Revista de teatros, por Ramiro.....	102
Crónica política, por U.....	109
Revista extranjera, por S.....	115
Boletín bibliográfico.....	124

30 DE JULIO DE 1884.

La mujer bajo el punto de vista económico, por D. Augusto Charro-Hidalgo.....	129
Sujeto de la historia (conclusión), por D. Ramón L. de Vicuña.....	141
Diario privado político-militar del Almirante C. de Persano (continuación), por D. Carlos María Perier.....	162
Un poeta artillero, por D. Agustín González Ruano.....	181
Trabajos de Ebermayer (conclusión), por D. Rafael Álvarez Sereix..	194
Curiosidades naturales y carácter social de los Estados Unidos (continuación), por D. José Jordana y Morera.....	203
Satanella (novela), por G.-I. Whyte Melville.....	216
Crónica política, por A.....	231
Revista extranjera, por S.....	240
Variedades, por D. Rafael Álvarez Sereix.....	249
Boletín bibliográfico.....	254

15 DE AGOSTO DE 1884.

Páginas.

Ratos perdidos, por D. Dionisio Chaulié.....	257
Curiosidades naturales y carácter social de los Estados Unidos (continuación), por D. José Jordana y Morera.....	279
¿Soldado ó hijo?... , por D. Javier Ugarte.....	289
Observaciones sobre el concepto del arte, por D. Ceferino Araujo Sánchez.....	296
Diario privado político-militar del Almirante C. de Persano (continuación), por D. Carlos María Perier.....	312
Bibliografía, por D. A. Rodríguez Villa.....	333
Satanella (novela), por G.-I. Whyte Melville.....	345
Crónica política, por A.....	354
Revista extranjera, por S.....	362
Variedades, por D. Rafael Álvarez Sereix.....	373
Boletín bibliográfico.....	378

30 DE AGOSTO DE 1884.

Anexión y guerra de Santo Domingo, por D. Javier Ugarte.....	385
Curiosidades naturales y carácter social de los Estados Unidos (continuación), por D. José Jordana y Morera.....	401
El mundo de lo maravilloso, por Zaravel.....	420
Diario privado político-militar del Almirante C. de Persano (continuación), por D. Carlos María Perier.....	425
Una publicación notable, por D. Luis Vidart.....	442
La oda, esbozo histórico-crítico (continuación), por D. Miguel Gutiérrez.....	455
Variedades, por D. Rafael Álvarez Sereix.....	468
Satanella (novela), por G.-I. Whyte Melville.....	474
Crónica política, por A.....	488
Revista extranjera, por S.....	496
Boletín bibliográfico.....	507